

Libros del Asteroide 

Ralf Rothmann
Luz de juventud
Traducción de Marina Bornas



Ralf Rothmann

Luz de juventud

Traducción de Marina Bornas

Libros del Asteroide 

Índice

Portada
Luz de juventud
Colofón

Primera edición, 2018
Título original: Junges Licht

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 2004.
All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin.

© de la traducción, Marina Bornas, 2018
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Tamás Katái

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-49-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut which is funded by the German Ministry of Foreign Affairs.



Here is the night,
The night has begun;
And here is your death
In the heart of your son.

L. Cohen

La mina estaba tranquila en aquel momento del día en que todavía no había nadie en el pozo ni en el último nivel. El hombre cerró la verja y corrió el cerrojo. Luego retrocedió un paso. Había más silencio que en las nubes. Abrió el armario del teléfono, descolgó el auricular y comunicó su número de placa, la galería y la hora de inicio del turno. Después de recibir la confirmación, colgó. Los cables de acero se movieron en silencio durante unos instantes; entonces se acercó la jaula de extracción. Las rejas vibraron y la lámpara que colgaba del techo de hojalata tembló e hizo saltar las moscas muertas en el interior de la fuente de cristal esmerilado. Pasada la guía inclinada, tras un tramo de unos cuantos metros, todos los ruidos se apagaron y el ascensor flotó casi en silencio hasta debajo de la bóveda de esquisto y marga. Justo después, desapareció. Del pozo solo salía un sonido que sonaba cada vez más débil.

Las luces de las galerías no se encendían hasta que empezaba el turno de mañana, unos veinte minutos después. El hombre se ajustó el cinturón, se enderezó el delantal de cuero y se palpó los bolsillos del pantalón. Cinta métrica, lápiz, libro de registro. Luego se abrochó la gruesa chaqueta de dril y encendió la linterna frontal del casco. Aguzó el oído. A lo lejos se oía algo que parecía el viento, el aire fresco del pozo de ventilación. Sacó una botella de la caja de herramientas, bebió un trago de té frío y bajó por la suave pendiente. Sus zapatos de clavos se agarraban con firmeza a la roca húmeda, y los cercanos pozos interiores le devolvían el eco de sus pasos y el ruido que hacía al golpear piedras o traviesas. Aquella resonancia lo envolvía y a veces tenía la sensación de caminar hacia sí mismo.

Detrás de una curva donde había una trailla abandonada empezaba una abrupta y empinada pendiente del veinticinco por ciento. Allí los raíles estaban empotrados en hormigón. Se sentó sobre el delantal de cuero y se deslizó cuesta abajo, frenando con los refuerzos metálicos del tacón. Abajo, el agua le llegaba a la altura de los tobillos, y a los pocos pasos ya le había entrado en los zapatos. Se acercó arrastrando los pies a las primeras mampostas del frente de arranque, sacó el pequeño martillo del bolsillo de la

vara de medir y golpeó las abrazaderas de metal hasta llegar a las marcas de tiza del día anterior. Todas tenían la tensión adecuada. Abrió el libro de registro, anotó algo y empezó a contar las mampostas, el trabajo realizado en el último turno. Enseguida se dio cuenta de que eran demasiado pocas, pero antes de tomar nota ya sabía por qué.

Encima de él, entre unas brechas de varios palmos de anchura, había un bloque de arenisca combado de cuatro metros de largo, y por una grieta caían finos hilillos de agua que, a la luz de la linterna, brillaban como cuentas. Al acercarse tropezó con algo que no debía estar allí, quizá un rollo de alambre. Se agachó para apartarlo. Era una de las pequeñas jaulas que muchos mineros traían a pesar de la prohibición; abollada, oxidada y naturalmente vacía. Una ratonera. La echó a un lado y entonces oyó el ruido, tenue pero tan claro que no dejaba lugar a dudas. Se volvió despacio. Los arañazos de las mampostas brillaban alumbrados por la linterna frontal. El polvo revoloteaba dentro del haz de luz. El bloque de arenisca que tenía encima, inclinado como un tejado, no se movía, la fisura no se había ensanchado. Pero, de repente, la filtración de agua se interrumpió y todo quedó en silencio durante uno o dos segundos. Y luego se reanudó como si nada.

Era el primer día de vacaciones, el suave despertar incrédulo bajo el sol que caía oblicuo sobre mi cama a través de los maceteros. Bostecé, me arrodillé en la almohada y corrí la cortina un poco, despacio, para no hacer ruido. Sophie aún dormía. Tenía el pulgar en la boca, y en el dedo meñique, ligeramente separado, se veía el brillo de la laca de uñas de mi madre.

Bajo los árboles frutales del jardín había algunos juguetes: un perrito de peluche, moldes de hojalata y muebles de la cocina de muñecas. El hacha estaba apoyada en la cerca. Tras el ruibarbo y los arbustos de grosellas, el camino de césped embarrado discurría rodeando los campos de avena y maíz. La cebada lanzaba destellos plateados cuando el viento la mecía, e incluso las amapolas que crecían en el margen de los campos se movían suavemente y sus pétalos se balanceaban adelante y atrás. Algunos pájaros asustadizos cruzaron volando la calle Fernewald, recién cubierta de gravilla, y desaparecieron tras

los silos y las cintas transportadoras que sobresalían del guijarral. En la punta del brazo de la excavadora reposaba un halcón.

En el jardín de los vecinos tampoco había nadie. El cajón de arena del pequeño Schulz estaba igual que la tarde anterior: era un laberinto de carreteras que cruzaban montañas y atravesaban túneles, transitado por los Matchbox —tantos como una caja de zapatos llena— que yo le había regalado. Solo me había quedado un pequeño coche antiguo, el Mercedes *flecha plateada*. En el jardín de los Breuer había ropa tendida. De las toallas, los sujetadores y las camisas tendidas boca abajo aún goteaba agua que despedía un brillo casi blanco, como gotas de luz fresca. Me puse el pantalón caqui y salí descalzo de la habitación.

A través de la puerta abierta del dormitorio de mis padres vi las camas hechas. En el cuarto de baño, que no tenía ventana —solo un pequeño tragaluz— no había nadie, o al menos no se veía luz por el vidrio ondulado de la parte superior de la puerta. Cuando giré el picaporte, sin embargo, noté una súbita resistencia. Mi madre carraspeó. Estaba colocando unos frasquitos en el estante de debajo del espejo. Fui a la sala de estar. La radio estaba encendida, la escala con los nombres de las ciudades brillaba en la penumbra de la estancia, pero la música apenas se oía. Junto al reposabrazos abombado del sofá donde mi padre apoyaba la cabeza cuando veía la televisión había una botella de cerveza vacía.

Las tablas del suelo, pintadas de color caoba, crujieron levemente. La cocina daba al jardín, igual que mi habitación, y la ventana estaba abierta. En la encimera había un cigarrillo encendido en un platito. Un fino hilo de humo blanco subía casi verticalmente hasta que se desmoronaba de repente y se convertía en una nube gris. La cafetera de flores rojas y moradas relucía bajo el sol en el fogón apagado de la cocina económica. Un platito sustituía la tapa, que se había roto tiempo atrás.

La puerta de cristal que comunicaba la cocina con la galería —que nosotros llamábamos «balcón»— también estaba abierta. Me asomé a la barandilla de cemento y miré abajo, al patio de los Gorny. Encima de la mesa había varias tazas grandes, una de ellas sin asa. Wolfgang dejó entre las tazas una bandeja con pan, miel y margarina. Tenía la misma edad que yo y hasta entonces habíamos sido compañeros de clase, pero él empezaría el instituto

después de las vacaciones. Me apoyé en la barandilla y presioné la lengua para hacer pasar la saliva a través de los espacios entre los dientes. El ruido le llamó la atención. Primero echó un vistazo al jardín y luego inclinó la cabeza para mirar arriba.

—¡No te atrevas! —Levantó un puño—. ¡Se lo diré a tu madre!

—No te asustes, tío. ¿Vendrás luego conmigo al club de animales?

Él negó con la cabeza y repartió las bandejas del desayuno, que estaban descantilladas.

—No volveré a jugar con vosotros. Me habéis engañado. Si pago mi cuota, quiero participar como todos.

—¿Por qué dices eso? Puedes participar.

—¡Y un cuerno! Y lo de la semana pasada, ¿qué? Asasteis la paloma y no me dejasteis probar ni un hueso.

—Si llegaste tarde...

—¡Fui puntual! El Gordo me prometió que me dejaría matarla. Pagué por ello.

—Venga, ¡olvídalo! —dije, sacando una pierna y balanceándola—. Aquel pajarraco sabía a neumático viejo. Se lo dimos al perro.

—Aun así, era mi botín. Me habéis timado. —Volvió a levantar la vista. Una línea recta le dividía el pelo en dos mitades, y tenía la cara pálida y afilada como una cuña—. ¡Eh! Ojalá te caigas del balcón.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Estás alucinando?

Wolfgang rodeó la mesa y dejó los cuchillos entre las bandejas, uno tras otro, como si fueran números en la superficie de un reloj.

—Esta es nuestra casa.

—¿Y qué? Me mearé en tu cabeza, inútil.

—Me gustaría verlo. —Desapareció en la cocina.

—¡No te lo crees ni tú!

Me incliné a un lado, tanto como fui capaz, apunté a su silla y solté un largo escupitajo que se estrelló contra el suelo, gris como el pan. En casa de los Gorny nunca había panecillos.

En la parte trasera de la estrecha galería, justo encima de una mesa con dos sillas, había una ventana. Bajé de la barandilla y presioné la nariz contra el cristal para intentar ver a través de la cortina. Pero no vi nada. La

habitación era parte de nuestra casa, pero tenía su propia puerta de entrada y un lavamanos. Algún día sería mía, pero por entonces estaba subarrendada. Fui a la cocina, abrí un paquete de cereales y los serví en un plato. Algunos copos cayeron al suelo. Los empujé rápidamente con el pie para esconderlos bajo los fogones y saqué una botella de leche de la nevera. Luego me senté en la mesa del balcón. Mientras desayunaba, fijé la vista más allá de los jardines y los campos hasta la calle Dorstener, que ya estaba llena de camiones. Al otro lado de las colinas, las cornejas volaban en torno a la torre de extracción, cuyas ruedas giraban en sentidos opuestos como las de los carruajes de Bonanza.

Mi madre entró en la cocina. Al principio no me vio; el balcón era estrecho y el tejado le daba sombra. Se quedó de pie frente a la encimera y apagó el cigarrillo. A continuación sacó otro de la cajetilla y lo encendió. Por entonces fumaba Chester. Yo odiaba el color amarillo del paquete. Pero ya no quería fumar Gold-Dollar; le parecía muy feo que las virutas de tabaco se le pegaran a los labios pintados, y tenía razón. Además, aquellos cigarrillos teñían los dedos. Llevaba una blusa blanca, la falda del traje gris y unos zapatos de tacón alto de color gris claro. Se asomó a la ventana con mirada soñadora mientras expulsaba el humo por la nariz.

Tras el campo de maíz se adivinaba un tramo de la calle de tierra que llevaba a Kleekamp. Solía estar vacía, pues casi nadie tenía coche. A veces iban los inquilinos de los pisos de alquiler social para aprender a montar en bicicleta. Eran portugueses y sicilianos, antiguos pescadores y campesinos reconvertidos en mineros, y la mayoría nunca se había sentado en un sillín. Cuando practicaban, inseguros y sufriendo numerosas caídas, los vecinos de la urbanización se burlaban de ellos desde los balcones, e incluso mi padre, que casi nunca sonreía, una tarde se echó a reír a carcajadas por uno que era especialmente torpe, hasta el punto de que a Sophie se le saltaron las lágrimas.

Mi madre se palpó el pelo cuidadosamente, como si revisara su imagen. El anterior fin de semana se había hecho la permanente de nuevo, y llevaba las uñas recién pintadas.

—Estoy aquí —dije en voz muy baja para no despertar a la persona que dormía tras la ventana. Ella asintió, pero siguió con la mirada perdida más allá de los campos. Llevaba el collar de coral.

—Ya lo sé. ¿Has desayunado? —Sin esperar mi respuesta, añadió—: Pues quítate el pantalón ahora mismo para que pueda lavarlo. Tienes uno limpio en el armario. Y esta mañana te quedarás con tu hermana, ¿entendido? Tengo que ir a la ciudad.

—¡Pero yo quería ir al club de animales!

—Ya irás más tarde. Estaré de vuelta sobre la una.

—¿Tan tarde...? Ya me he comprometido. ¡Estoy de vacaciones!

—Precisamente por eso. Ahora tienes tiempo de hacerme algún favor de vez en cuando. Tengo que ir al médico. Y punto. —Los pómulos le temblaban. Estaban surcados por unas finas venitas llamadas «venas de araña». Mi madre abrió el grifo, apagó el Chester que apenas había empezado bajo el chorro y lo tiró en la coquera. Luego salió de la cocina.

Me cambié el vendaje de la mano; ya no me dolía. Dos días antes, había sido castigado con la severidad habitual por no haber hecho los deberes: tuve que extender la mano y Dey, el maestro, levantó el brazo y me atizó los dedos con la regla. Era de madera y tenía el canto metálico. Siempre anunciaba cuántos azotes iba a darme antes de empezar, y añadía uno por cada gesto involuntario de retirada. El dolor era tan insoportable que ni siquiera los más estoicos podían contener las lágrimas.

Dey, al que llamábamos el Jorobado Dey, me había hecho salir a la pizarra para dictarme unos ejercicios. Otros se habían ofrecido voluntarios, pero él los había rechazado meneando la cabeza. «Primero, los que van flojos en cálculo.» Y mientras yo miraba fijamente los números y rascaba nervioso el envoltorio de papel de la tiza, los que ya habían dado con la solución del problema chasqueaban la lengua detrás de mí. Cuanto más se prolongaba mi desconcierto, más se impacientaban. Me encogí de hombros, cerré los ojos y me mordí los labios, pero Dey no me liberó de mi tormento. Esperó. Me sequé el sudor de las sienes con los dedos manchados de tiza y, al final, él suspiró su habitual: «No tienes remedio...» y me arrastró de la oreja por el aula. Abrió mi libro de texto y me señaló los ejercicios que tenía que resolver para la siguiente clase.

Pasé un buen rato sentado en la mesa de la sala de estar. «Calcula el ángulo central...» Dibujaba cenefas en el margen del cuaderno. «Divide la suma de las cifras por el cociente de...» Grababa dibujos en el lápiz con el pulgar. La madera olía a la imagen mental que tenía del Líbano, y yo galopaba en mi caballo árabe blanco a través de los bosques de cedros. «Si de una cantera se extraen a diario siete metros cúbicos de granito y la relación entre el peso específico de la roca y su precio por tonelada es tal que en seis días de trabajo...» Me incliné sobre la mesa, apoyé la cabeza en los brazos cruzados y me dormí.

Pero mi madre me despertó.

—¿Qué pasa aquí? ¿Ya has terminado?

Asentí, cerré el cuaderno de ejercicios y llevé la mochila a mi habitación. Me puse a hojear los cómics del Príncipe Valiente que tenía encima de la cama, buscando las viñetas donde salía el gigante Oron. Me gustaba mucho. Tenía un aspecto terrorífico, lleno de bultos y chichones. Pero era bueno, y no soportaba que la gente le tuviera miedo. Por eso se retiró a un lugar donde nadie quería vivir, una ciénaga o un cañaveral, y con el paso del tiempo se volvió tan hirsuto y gris como la paja reseca. Tenía madrigueras y refugios por todas partes, conocía todos los senderos transitables del letal pantano, se alimentaba de peces y setas y no necesitaba a nadie. Solo de vez en cuando, cada diez o quince años, cuando el cuchillo se le volvía romo, el Príncipe Valiente iba a verlo y le llevaba uno nuevo.

Mi madre estaba en el jardín con Sophie, tendiendo la colada. Entré en el cuarto de baño, cerré la puerta y oriné. Luego abrí el armario que había tras el espejo, por la puerta donde mi padre guardaba sus cosas: un vaso de plástico, un cepillo de dientes con el mango de madera y las cerdas gastadas y un frasco de loción para el afeitado Irish Moos. La maquinilla de afeitar estaba un poco oxidada, pero había un paquete de cuchillas nuevo. Saqué una, la extraje cuidadosamente del papel parafinado y me senté en el borde de la bañera.

Abajo oía a Sophie, sus alegres carcajadas —casi chillidos—, y luego la armónica del pequeño Schulz. Con una esquina de la cuchilla me hice un corte en la parte blanda del pulgar, muy superficial, pero me dolió. Cuando tenía la punta de la flecha de un enemigo clavada en la pierna, Oron también se había operado a sí mismo sin pestañear siquiera. Respiré cogiendo rápidas

bocanadas de aire con la boca muy abierta y seguí presionando la cuchilla contra la piel hasta que la hoja se hundió en la carne. El corte se tiñó de rojo. Medía unos cuatro centímetros de largo. La sangre aún no se derramaba por los bordes, así que apreté los dientes y presioné con más fuerza, milímetro a milímetro. Pero ya temblaba como un flan, se me escapaban los pedos y empecé a sudar a mares. Al final, tenía los dedos tan agarrotados que tuve que parar.

Me lavé la mano bajo el grifo y la examiné. Un feo rasguño, pero no llegaba a ser una herida. Fui a la cocina, cogí una cerilla de la caja y me froté el corte con la cabeza de azufre hasta que se me llenaron los ojos de lágrimas. Luego me vendé la mano, limpié el suelo del baño con papel higiénico y le dije a mi madre que me había caído. Por la noche, antes de dormirme, notaba un latido amortiguado bajo la venda.

Sin embargo, a la mañana siguiente no tenía fiebre. En el colegio, el Jorobado Dey corrió las cortinas. Un sol deslumbrante inundó el aula con su luz anaranjada. El maestro fue de mesa en mesa, corrigiendo los deberes y tomando notas de vez en cuando. Yo era el único que no había abierto el cuaderno. Godtschewski, mi compañero de pupitre, me dio un codazo, pero yo me resistía.

Ahora Dey tenía a Tszimanek en el punto de mira. Sacó la regla del bolsillo y se la apretó contra el pecho.

—Las matemáticas no son tan terribles. Incluso pueden ser divertidas. Porque no solo existen para calcular beneficios y pérdidas, también sirven para mejorar nuestra intuición lógica. —Se retorció el pelo de las sienes con el dedo—. ¿Te lo crees?

Tszimanek sonrió enseñando los dientes, y mi compañero me dio otro codazo y señaló el cuaderno.

—¿Qué haces? —susurró, y yo levanté la mano para enseñarle la venda.

—No podía escribir. —Levanté una esquina del esparadrapo—. Me hice daño.

Me quité el esparadrapo cuidadosamente. La parte blanda del pulgar estaba roja e hinchada, y en torno a la herida había una costra de sangre coagulada que la hacía parecer más ancha. Por los bordes se escapaba un poco

de pus. Mantuve los dedos ligeramente doblados, como si también tuviera los tendones inflamados.

Godtschewski abrió los ojos y llenó las mejillas de aire. Negó con la cabeza.

—Pero tú eres diestro, ¿no?

Él sonrió y yo también torcí la boca; pero por un momento se me cortó la respiración. Noté una súbita oleada de calor en la cara y luego me mareé y dejé de oír los siseos y cuchicheos de los demás, así como el susurro de las páginas de los libros. Me miré fijamente las manos como si no fueran mías. Ni por un segundo se me había ocurrido coger la cuchilla con la izquierda para cortarme la mano con la que escribía. Pegué el esparadrapo bajo el banco y miré alrededor. Dey estaba dos filas por detrás de mí.

Levanté la mano y chasquéé los dedos. Él levantó la cabeza. Su corbata estaba manchada de tiza y tenía pelos grises dentro de la nariz.

—¿Sí?

—¿Puedo salir un momento? —pregunté con voz temblorosa—. No me encuentro bien.

Rebuscó en el bolsillo delantero de la americana y sacó unas gafas sin montura. Sus ojos parecían lanzar chispas. Después de haberme observado detenidamente, echó una rápida ojeada a mi cuaderno.

—Puedes ir al baño. Pero te quiero de vuelta en dos minutos.

Los pasillos estaban desiertos y el ruido de mis pasos resonaba en la escalera como si estuviera muy por encima de mí. La madera pulida de la barandilla estaba demasiado fría al tacto. No quería cruzar el patio y que me viera toda la clase, así que corrí hacia la puerta bajo el tejado del gimnasio, a lo largo de la pared de ladrillos de vidrio esmerilado. Oía voces detrás de mí, los gritos y chillidos de unas niñas que jugaban al balón prisionero. De vez en cuando veía un chándal negro o un brazo, quizá una pierna, distorsionados como si estuvieran detrás de una capa de hielo transparente.

Me adentré en la arboleda situada en el margen de la urbanización, que había crecido no hacía mucho encima de una montaña de escombros y chatarra. Allí tampoco había nadie a aquella hora. En una hondonada entre saúcos gorgoteaba el arroyo, un riachuelo marrón rojizo que fluía por un lecho de cemento. Fui saltando de la orilla izquierda a la derecha, atento por si veía

ranas. Nubes de insectos bailaban bajo los haces de sol que se filtraban oblicuos a través del follaje. Más arriba, alguien había construido un molino de agua con un grueso corcho y partes de una caja de puros. La corriente lo hacía girar tan deprisa que generaba una pequeña nube de espuma blanca, con un fino arcoíris suspendido encima de ella como una bóveda.

Cuando llegué a la casa del árbol de la banda de Kleekamp, me detuve por un momento. No se oían ruidos ni voces. Por precaución tiré una piedra al tejado de cartón, pero no había señales de vida. La casa se erigía encima de dos robles no muy altos que habían crecido torcidos, entrelazándose uno con otro. Cuando lograbas subir a la rama inferior, podías utilizar las demás a modo de escalera. Delante de la entrada había una pequeña plataforma con una caja llena de arvejas resacas encima. Una manta de lana agujereada servía de cortina, y en ella colgaba un cartel de cartón que anunciaba: «Quien entre está muerto».

Dentro de la casa tenían incluso un ladrillo hueco que utilizaban como fogón y unos bancos alrededor con platos de plástico, tarros de mostaza reciclados y un ta-pacubos que servía de cenicero. En un rincón había un cubo colgado en la pared que contenía una sartén sin mango, un atizador y unas cuantas cucharas, y había velas —la mayoría casi consumidas— pegadas a las ramas serradas. El techo encima de ellas estaba tiznado de hollín. Rebusqué en la caja bajo la ventana, pero solo encontré algunas botellas de cerveza vacías y un número del *Sankt-PauliNachrichten* que ya había visto. Aun así, lo hojeé. Casi todas las mujeres tenían los pechos como la señora Latif, nuestra profesora de Historia del Arte, que a veces te rozaba con ellos al inclinarse para corregirte. La tinta me manchó las yemas de los dedos.

Me limpié los dedos en el pantalón y, de repente, oí un crujido y un susurro debajo de mí. A través de las grietas y los agujeros se veía suelo, pero no vi a nadie. Gateé hacia la entrada y descorrí la cortina un poco, solo el extremo inferior. Árboles y matorrales, una mariposa en un helecho. Telarañas plateadas. Aun así, tenía que haber alguien abajo. Las pequeñas ramas crujían como huesecitos bajo unos zapatos que no eran de niño; mucho menos de uno que jugara a indios y vaqueros. Un pájaro levantó el vuelo desde el césped hacia los alisos y soltó un grito enfadado.

Después hubo un repentino silencio y permanecí inmóvil, todavía a cuatro patas. El pulso me martilleaba los oídos. Al final, oí un murmullo y un repiqueteo que iba cambiando de tonalidad, como un chorro de agua que cayera sobre las hojas secas, el musgo mullido o la tierra dura. Enseguida me llegó el olor a pis recién hecho. Justo después, vi una mata de pelo rubia y oí el ruido de una cremallera de dientes pequeños.

El hombre se rascó la coronilla y miró hacia el terreno que había delante de los robles, hacia las montañas de escombros entre los que sobresalían los restos de un Isetta quemado. Llevaba una cartera de cuero vieja y arañada, y cuando se agachó vi que tenía los hombros de la chaqueta pelados. Cogió un trozo de baldosa azul del suelo y lo arrojó contra una lata de pepinos que había en mitad del claro. Estaba tan oxidada que la baldosa la atravesó limpiamente.

Lo más probable es que no estuviera mucho rato bajo el árbol, pero para mí fue una eternidad. Me costaba mucho respirar sin hacer ruido, pues tenía la nariz congestionada porque había llorado. La herida de la mano me palpitaba. Aunque me dolían las rodillas sobre aquellos duros tablones, permanecí inmóvil para no delatar mi presencia. Aun así, se oyó un crujido: una ráfaga de viento había movido el tejado de cartón. El hombre pareció sobresaltarse y miró alrededor. Y entonces, como si se le acabara de ocurrir que podía haber alguien encima de él, levantó la cabeza despacio, casi con cautela. Tenía la frente arrugada y las cejas arqueadas, y desde arriba parecía que las puntas de los zapatos le salieran de debajo del mentón. El cuello de su camisa de nailon estaba sucio.

Sabía que no podía verme en mi oscuro escondite. Yo mismo había creído en otras ocasiones que la casa del árbol estaba vacía y luego, apenas descorrías la cortina, te sorprendía una lluvia de disparos procedentes de los tubos, tirachinas o cerbatanas con que te atacaban. Supongo que me desconcertó ver sus rasgos boca abajo —la fina boca, la estrecha nariz y los ojos claros—; el caso es que no lo reconocí hasta que me gritó un: «¡Baja de ahí!», en voz baja pero áspera. Entonces supe que se trataba del señor Gorny, nuestro casero.

No dije nada, apenas respiraba. No podía verme. Y era poco probable que se colgara de las ramas inferiores del roble, demasiado delgadas para

soportar el peso de un adulto. Así pues, me quedé quieto, sin mover la cabeza ni un milímetro para poder seguir espiándolo a través de la ranura de los tablones. Podría haberme preguntado por qué estaba en el brezal a aquellas horas en lugar de estar en la mina, pero no se me pasó por la cabeza porque tenía demasiado miedo de que alguien me preguntara por qué no estaba en el colegio. Se sorbió los mocos y dio un paso al lado. Yo también moví la cabeza hasta la siguiente ranura.

Tenía la nariz ligeramente torcida a la izquierda y los ojos muy juntos, cosa que mi madre no podía soportar. Los ojos así son un síntoma de estupidez, decía siempre cuando teníamos alguna discusión con él; como unos días atrás, cuando le prohibió a mi padre que montara un palomar en el tejado. Además, siempre tenía la boca deformada, como si se sorbiera la parte interna de los labios para hacerlos pasar a través de los dientes. Era el gesto que tenía ahora, mientras examinaba cada agujero y grieta del suelo. Al mismo tiempo, tenía una mano en el bolsillo del pantalón y la movía como si buscara algo. Oí el tintineo de monedas o llaves. Finalmente, escupió una minúscula gota de saliva en el suelo y se fue cruzando el claro. No parecía tener ninguna prisa. Cuando su cabeza hubo desaparecido tras las colinas y montañas de escombros cubiertos de maleza, conté en voz baja hasta veinte. Entonces bajé del árbol. La mancha de pis en la corteza parecía la sombra de una lápida. Me desa-broché el pantalón corto y meé por encima de la mancha, fuera del borde.

Detrás del brezal había un parque infantil. Me senté en uno de los columpios, pero las piernas me habían crecido demasiado y me frenaban en cuanto las doblaba para tomar impulso. Fui al quiosco y recogí las colillas que había delante de los peldaños. En la parada del autobús hice lo mismo. Después doblé hacia el estrecho sendero que separaba la urbanización de los campos. El césped me rozaba las pantorrillas, las hojas de las amapolas estaban frías. Me senté en una agavilladora oxidada que había en el camino y desmigajé el tabaco encima de un trozo de papel de periódico. Al enrollarlo obtuve un cigarrillo grueso y demasiado poco compacto. Le di una calada.

Daban las doce cuando tomé el camino de vuelta a casa, siempre bordeando los jardines. Por las ventanas abiertas de las cocinas oía el tintineo de platos y cubiertos. En casa de los Kalde olía a salsa Maggi; en la de los Urban, a cebolla. Conseguí llegar a nuestra puerta sin haberme encontrado con

ningún compañero de clase. Por alguna razón, los peldaños me parecieron más altos que de costumbre. La puerta estaba abierta. Mi madre estaba frente a la encimera, vertiendo la pasta hervida en una cazuela. No me saludó cuando le dije «hola» en un murmullo, casi un susurro. La única respuesta que obtuve fue:

—¡Lávate las manos!

Apenas levantó la vista de lo que estaba haciendo. Yo asentí, pero no me moví. Mi saliva tenía un sabor raro, como podrido. Me rasqué alrededor de la costra de la herida, que me había empezado a picar de repente. Los vasos del armario tintinearón ligeramente cuando un coche —probablemente un camión— pasó por la calle. Mi mochila estaba en el sofá y el cuaderno de matemáticas, dentro del frutero. Mi madre miró alrededor. Con el dorso de la mano apartó un mechón oscuro que pendía ante sus ojos.

—¿No me has oído?

Quise cerrar la puerta del baño con llave, pero ella la había quitado. Bebí un sorbo de agua del grifo y me senté en el inodoro con diarrea, aunque fue poca cosa. Tampoco hizo tanto ruido como me habría gustado. Luego tiré de la cadena y me lavé los dedos. Tardé más de lo habitual porque la pastilla de jabón, vieja y un poco agrietada, apenas hacía espuma. Me aclaré las manos y volví a lavármelas. Mientras alargaba la mano hacia la toalla, contemplé mi cara reflejada en el espejo. Estaba pálido, casi tanto como mi hermana el año anterior, después de la operación. Abrí el armario para sacar la lima y me limpié las uñas. Pero no había pasado del primer pulgar cuando mi madre abrió la puerta, apretando la manilla con tal brusquedad que pareció que le había dado un puñetazo.

Inclinó ligeramente la cabeza. Sus cejas, dos arcos pintados, estaban a punto de juntarse en el nacimiento de la nariz. Salí al pasillo esquivándola y oí que volvía a meter en el pestillo la llave, que llevaba escondida en el delantal. En la sala de estar, subí el volumen de la radio. Por un momento me pareció que los pasos de mi madre se alejaban, pero volvió a aparecer súbitamente detrás de mí y me empujó a través del umbral hacia la cocina, que olía a salsa de tomate dulce y perejil recién picado.

—¿Por qué te has escapado del colegio?

Buscó en el cajón y sacó una cuchara de madera. Los músculos de la boca me flaquearon y apenas podía articular palabra. Aun así, ella me había entendido.

—¿Y qué? ¿Por qué no debería pegarte tu maestro? Es lo que te mereces si no haces los deberes. A nosotros nos hacían lo mismo.

Se volvió y apagó el cigarrillo que humeaba en el cenicero. Tenía la mirada fija, enajenada, como si no me viera. Me agarró por la nuca y me rodeó la garganta con una mano que parecía una abrazadera.

Aunque acababa de orinar, al primer azote se me escapó un poco de pis que goteó en el suelo. Me golpeó hasta quedarse sin fuerzas, como de costumbre. Y en aquella ocasión tampoco la ablandaron mis gritos, que se convertían en chillidos con cada nuevo azote.

—¡No, por favor! ¡Mamá, no!

Ella me pegaba cada vez más deprisa, como cuando sacudía las alfombras, y de vez en cuando también me daba en el muslo desnudo. Cuando la cuchara de madera se rompió, siguió con la mano. No paró hasta que sonó el timbre, muy brevemente, y la señora Gorny la llamó a través de la rendija de la puerta abierta para pedirle una taza de harina. Entonces me soltó, empujó con el pie las dos mitades de la cuchara rota para esconderlas bajo la cocina y se volvió.

—Faltaría más, mi querida Trude, un momento. ¡Pasa, por favor!

Se refrescó el brazo bajo el agua y yo me levanté y fui a la sala de estar para apagar la radio.

En el plato había algunas avispas bebiendo de una gota de leche derramada. Apoyé los pies en la barandilla de cemento del balcón y levanté la vista. Un avión arrastraba una pancarta a través del cielo despejado. Era propaganda de la cerveza Wicküler. Oí a los hijos de los Gorny peleándose en la terraza por lo de siempre: las salchichas o la miel. Los Gorny no comían nada más. Y para acompañarlas, pan negro y café aguado, todas las mañanas y todas las noches. La señora Gorny, que era austriaca y estaba muy gorda, les quitó la salchicha a sus hijos, una pieza entera enroscada, la cortó en varios pedazos y la sirvió en las bandejas del desayuno. Entonces volvió la paz.

A pesar de que su casa era de propiedad, los Gorny vivían más estrechos que nosotros. En una habitación del mismo tamaño que la que yo compartía con Sophie dormían sus cuatro hijos, dos chicas y dos chicos. Además, a diferencia de nosotros, en la sala de estar no tenían sillones, sofás y una estantería de pared, sino solo dos mesas y un banco esquinero más propio de una cocina. El asiento era una tapa que se podía levantar, y dentro guardaban mantas y juegos: el parchís, el Mikado y el Monopoly. En una esquina, detrás del televisor, tenían el acordeón que el señor Gorny tocaba los domingos por la tarde o cuando celebraban algún cumpleaños. En aquellas ocasiones, todos los niños tenían que acompañarlo cantando, y al final sacaban grandes porciones de tarta y pastel de crema, al que la señora Gorny a veces añadía un poco de morcilla para que tuviera un color parecido al chocolate.

Si bien el señor Gorny también trabajaba en la mina, casi nunca llegaba cansado a casa después de su turno. Por lo menos no tan cansado como mi padre, que siempre se iba a la cama justo después de comer. El tío Harald, el cuñado de mi madre, que estaba en el comité de empresa, se limitaba a menear la cabeza cuando se hablaba de él.

—¡Ese cerdo holgazán! Se esconde detrás de las vagonetas y deja que los demás se rompan el espinazo. En la mina circula este chiste: «¿Qué hace Gorny justo antes de que termine su turno? Se saca las manos de los bolsillos».

Pero era nuestro casero. Mientras mi padre dormía, él segaba el césped, trenzaba las rosas con el entramado de la cerca y hacía injertos con los árboles frutales. O supervisaba a sus hijos mientras arrancaban malas hierbas, limpiaban zapatos o amontonaban leña. Los haces de leña debían estar perfectamente atados, las puntas de las botas no podían sobresalir del borde del estante y que Dios se apiadara del niño que llegara del colegio con un insuficiente. Lo obligaba a tumbarse boca abajo en el caballete del sótano con los pantalones por las rodillas y él se sacaba el ancho cinturón de las trabillas. Lo azotaba con calma y precisión, y los chasquidos se oían en el jardín. Pero no solían ser más de cuatro o cinco.

Alguien descorrió la cortina detrás de mí; las anillas se deslizaron por la barra con un ruido seco. Pero no me volví, ni siquiera cuando llamaron al

crystal. El marco de la ventana, que estaba recién pintado y un poco apelmazado por el sol, crujió cuando Marusha abrió los tiradores.

—¡Hazme sitio, mocoso!

Corrí la silla a un lado y ella se sentó en la parte interna del antepecho, levantó las piernas dobladas, las sacó por la ventana y giró sobre el trasero. Llevaba un pantalón de deporte rojo y una camiseta interior masculina sin mangas. Apoyó los pies en nuestra mesa.

—¿Qué? ¿No sabes decir «buenos días»?

Asentí. La camiseta le quedaba más estrecha en la zona del pecho y el tejido parecía más fino. Aunque solo tenía quince años, ya tenía los antebrazos cubiertos de vello oscuro. Los cruzó delante de las rodillas y bostezó echando la cabeza atrás. Le vi dos empastes en los dientes. No, tres.

—Madre mía, ¡he dormido de pena! ¡Qué calor hace en la habitación! Parece una incubadora. ¿Tienes un cigarrillo?

—¿Por qué no duermes con la ventana abierta?

Sus rizos castaños estaban enmarañados.

—Para que tú puedas colarte en mi cuarto, ¿no?

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué haría yo en tu cuarto?

Se quitó las legañas con el pulgar y el índice. Olía a vainilla.

—Ya te lo enseñaría yo... ¿No tienes ni una colilla?

Negué con la cabeza. Me gustaban las pecas de su nariz y el hoyuelo de la barbilla, y también las bolsas azuladas que tenía bajo los ojos. No se parecía a sus hermanos, que tenían el pelo rubio y lacio como el señor Gorny. En realidad, él no era su verdadero padre. La llamaba Maria. Señaló la encimera de nuestra cocina, al lado del fregadero.

—¿Y eso qué es?

—Son de mi madre. Puedes pedirle uno.

Ella cerró los ojos un momento y abrió y cerró la boca como si estuviera masticando. Hizo una mueca de asco.

—Tengo un regusto raro en la boca. Hazme caso y no te acerques al alcohol.

—Descuida, es demasiado amargo.

—Así que lo has probado.

—No. Bueno, solo un sorbo de la cerveza de mi padre.

—Y después cantaste canciones verdes, ¿no? Por cierto, ¿os vais de vacaciones?

Negué con la cabeza. Tenía un poco de mugre entre los dedos de los pies.

—¿Por qué no?

—¿Y por qué deberíamos? Vosotros tampoco os vais.

—Porque nosotros tenemos una hipoteca, cielo. Pero vosotros tenéis dinero, ¿no? Tu madre fuma dos paquetes diarios.

Me di unos golpecitos en la sien con el dedo.

—¿Qué va! —Aunque a veces fumaba incluso más—. A lo mejor tiene que ingresar en el hospital. Por eso no podemos irnos.

Marusha dejó escapar un silbido.

—¿Dónde? ¡Ahí va! ¿Vas a tener un hermanito?

—¿Qué dices! Tiene no sé qué en la vesícula.

—Ah, ahora lo llaman así. —Marusha extendió el brazo hacia delante—.

Dame la mano. No, la otra.

—¿Para qué?

Me agarró la mano con fuerza.

—Porque voy a leerte el futuro.

Me miró fijamente, y yo tragué saliva y me zafé. Pero Marusha era más fuerte. Volvió a cogerme la mano rápidamente y me clavó sus anillos de plata. Mi silla se aguantaba solo sobre dos patas.

—Escúchame, cariño —hablaba en voz baja, sin separar los dientes—. Ahora me traerás un pitillo y unas cerillas. Si no, les contaré a tus padres...— levantó una ceja—. Ya sabes qué.

Sobre el labio superior también le crecía un suave vello. Incluso en el canalillo que le separaba los pechos. Hice una mueca y asentí. Ella volvió a lanzarme una mirada amenazadora, se humedeció los labios y me soltó. Pero mantuvo las uñas clavadas en mi piel, de forma que me arañó al liberarme.

Di un paso hacia el umbral y pensé en esconderme en casa. Sophie parloteaba en la bañera. En lugar de eso, cogí un Chester del paquete y busqué las cerillas en el cajón. Había algunas cajas del Kleine-Gunck y el Grobe, dos salas de baile en las afueras de Bottrop. Cogí la verde del Wienerwald. Estaba a punto de volver al balcón cuando mi madre entró en la cocina.

—¿Todavía estás así? —Colgó el bolso en la manilla de la puerta y me señaló el pantalón— ¿No te acabo de decir que te quites el pantalón? Quiero poner la lavadora.

Escondí las manos detrás de la espalda y volví a dejar en la encimera todo lo que había cogido.

—Pero ¿cuál me pongo? ¡Solo tengo este!

Mi madre arrugó la frente y echó un rápido vistazo al balcón.

—¿Qué tonterías dices! ¡Pero si tienes el armario lleno de pantalones!

—¡Pero todos son cortos!

Marusha levantó los pies de nuestra mesa y los apoyó en el antepecho de su ventana.

—¡Hola, señora Collien!

Su voz era ahora mucho más clara, de algún modo infantil. Se apartó el pelo de la cara.

—Buenos días. —Mi madre levantó las comisuras de la boca en una sonrisa forzada y volvió a dirigirse a mí—: Pues ponte los cortos, ¡faltaría más! Estamos en verano.

—¡Pero mis amigos llevan pantalón largo! ¡Casi todos!

—Ah, ya veo por dónde van los tiros —meneó la cabeza con regocijo—. Mi hijo quiere hacerse mayor... —Señaló las manchas que tenía en las rodillas—. Entonces tienes que comportarte como tal, amiguito. Los hombres no se arrastran por el césped. Al menos cuando van vestidos —le guiñó el ojo a Marusha y la joven soltó una carcajada cristalina—. Así que, andando, ¡abajo ese pantalón!

—Sí, enseguida.

—No, ¡ahora mismo! Me tengo que ir.

Señaló la puerta abierta de la lavadora. Yo asentí y me dirigí a la sala de estar intentando esquivarla, pero ella me agarró por la camisa cuando pasaba por su lado. La cara se le puso roja de ira, entornó los ojos y adelantó la mandíbula inferior. Pero habló en voz muy baja:

—¡Eh! ¿Estás sordo? ¡Que te quites el dichoso pantalón, he dicho!

—¡Que sí! —Levanté un brazo para defenderme—. Ahora mismo voy.

—¿Por qué? ¿Adónde quieres ir? ¡La lavadora está aquí! De verdad que entre unos y otros me vais a volver loca.

Alargó la mano hacia mi cinturón y yo retrocedí, pero ella me arrastró de un tirón hacia un triángulo oblicuo de sol. Desabrochó la hebilla, abrió la cremallera y me bajó el pantalón hasta las rodillas. Un puñado de arena salió de los bolsillos.

Entonces se puso en cuclillas y me apoyé firmemente en sus hombros mientras levantaba primero la pierna izquierda y luego la derecha para que pudiera quitarme el pantalón. Mientras tanto, miraba de reojo a nuestra vecina.

Los viejos calzoncillos grises que llevaba estaban zurcidos y dados de sí, la parte trasera quedó colgando entre mis muslos delgados. Mi madre cerró la puerta de la lavadora y la programó. El tubo de entrada del agua dio una sacudida.

Marusha, que me había estado observando seria y tranquila, carraspeó y sonrió repentinamente.

—¿Se marcha, señora Collien?

Mi madre meneó la cabeza y se estiró los puños de la blusa.

—Me gustaría...

Cogió el paquete de tabaco medio lleno de la encimera y se lo arrojó a la chica. Ella levantó las cejas y abrió la boca como si estuviera desconcertada, pero lo atrapó al vuelo con una sola mano.

—No te chives, ¿vale? —Chasqueó los dedos y señaló la caja de cerillas del Wienerwald—. Anda, sé un caballero y dale fuego a esta dama.

Mi hermana estaba arrodillada en el sofá recortando figuras de un viejo catálogo de moda de Klingel, en Pforzheim. Ella lo hacía a lo bruto y yo pulía los recortes con las tijeras de manicura, arreglando las zonas de las axilas o la entrepierna de los modelos. La alfombra estaba llena de recortes blancos o azul cielo, en la mayoría de los cuales figuraban precios o reclamos como: «¡Auténtica Trevira!». Sophie levantó la vista. No llevaba las gafas. Casi nunca las llevaba.

—Tengo hambre. ¿Tú también?

—Sí. ¿Quieres que prepare unas tostadas?

—No. Quiero puré de patatas con salsa de tomate.

—Pues tendrás que esperar a que vuelva mamá.

—¿Por qué? Tú ya eres mayor, puedes cocinarme algo.

—No, no puedo. Ya sabes que no me dejan encender el fuego. Bueno, ¿qué quieres? ¿Embutido o queso?

—Mermelada de frambuesa, pero más tarde. Todavía tengo que recortar los obreros. Mira, este tan gordo de aquí es como el abuelo Jupp. —Con la lengua fuera, mi hermana recortó la fotografía resiguiendo las curvas y suspiró levemente cuando se separó de la hoja—. Ya está. —Se pasó el dorso de la mano por la sien—. Oye, Julian, ¿por qué no nos vamos de vacaciones?

Me encogí de hombros.

—Porque no tenemos dinero, supongo.

—¿Cómo que no? ¡Papá cobra todas las semanas!

—Pero lo gastamos todo; tenemos que comer. Y, además, tenemos deudas. Los muebles, la tele y todos los zapatos y vestidos de este catálogo. Creemos demasiado rápido, dice mamá.

—¿Qué son «deudas»?

—Pues todo lo que se tiene que pagar. Tú también tienes una conmigo, por ejemplo. Me debes los cinco peniques de los polvos efervescentes.

—¡Estaban caducados! Ya no hacían cosquillas ni nada. ¿Y qué pasa con mis compañeros de clase? Todos se van de vacaciones, ¿es que no tienen deudas?

—¿Cómo voy a saberlo? Atiende, que te enseñaré un truco.

Arranqué un modelo del catálogo y le corté la cabeza, que rodó despacio encima de la mesa. Sophie rio.

—¿Qué haces?

Era un hombre que llevaba un traje en tonos marrones. Lo pulí rápidamente con las tijeras.

—Mira: si le dejas dos pestañitas en los hombros, puedes doblarlas y colgarle el traje a otra persona. Así siempre podrán llevar ropa nueva.

—¡Pero esta es una mujer! No lleva corbata.

—¿Por qué no? Y a este albañil puedes ponerle un camisón.

—¿Con transparencias? Se le ve el sujetador.

—Da igual.

Ella soltó una carcajada. Mientras reía se le formó una pequeña papada y un ligero rubor le tiñó las mejillas. Eché un vistazo al reloj de la estantería.

—Ya son las dos, ¡caray! Hace rato que debería haber llegado.

—A lo mejor nos está comprando algo. ¿Por qué no te vas ya?

—Para ti es fácil decirlo. Se nota que no has probado nunca una cuchara de madera. ¿Quieres venir conmigo? Haré bocadillos para llevar, y podríamos...

Ella negó con la cabeza.

—Vuestro club huele mal, no quiero ir. Además, el Gordo es tonto y siempre me molesta.

—Cuando yo estoy, no. Tengo que dar de comer a los animales, ¿sabes? Me toca a mí. Tienen tanta hambre como tú.

Ella deslizó algunos muebles recortados por encima del cristal: mesas bajas, sillones cóctel, radiogramolas.

—Yo tengo más hambre. ¿Me puedes hacer fideos anchos? También se pueden comer con azúcar.

—¡Ya te he dicho que no me dejan encender el horno! Pero delante del club de animales hay un hoyo para hacer una hoguera. Podemos llevarnos patatas y asarlas, como el año pasado en el campamento. ¿Te acuerdas?

—¿Sí? —Sophie levantó la cabeza. Un pasador con tres grosellas de plástico le mantenía los rizos rojizos apartados de la frente. Volvió a menear la cabeza e hizo una mueca—. ¿Por qué no nos vamos de viaje, Julian? En mi clase se van todos.

Presentí que estaba a punto de romper a llorar.

—No me lo creo, solo lo dicen por presumir. Ninguno de mis amigos se va. Están todos aquí, en el club de animales.

—¡Venga ya! Los únicos que están son el Gordo y los tontos de los Maronde. Me metieron una zanahoria en las bragas.

—¿¿En serio?! Solo era una broma.

—Qué va. Fue asqueroso. Estaba llena de tierra y había un bicho.

Las primeras lágrimas cayeron encima de las figuras recortadas.

—¡Yo quiero irme de vacaciones! Tengo gafas de sol, un traje de baño y la maleta roja que me regaló papá. ¿Por qué no nos vamos?

—Anda, anda... —Consulté de nuevo el reloj—. Tienes hambre. Deja de llorar, venga. ¿Adónde quieres ir de vacaciones?

Pero su llanto empeoró. Se dejó caer hacia atrás, encima del cojín, y se tapó los ojos con un brazo.

—¡Yo qué sé! A un sitio donde haya caballos. Y un lago para nadar.

—Podríamos ir al lago de la cantera.

—¡No! ¡Está lleno de cristales rotos!

—Es verdad, lo había olvidado. Pero ahora deja de llorar, por favor. No tienes motivo. Sécate las lágrimas. Anda, sécatelas. A lo mejor mamá nos deja ir de campamentos a las afueras.

Sophie se sorbió los mocos.

—¿Por qué? —Sacó de debajo del cojín uno de sus ositos de peluche, pequeño y desgredado. Se llamaba Muck—. ¡Ya vivimos en las afueras!

—Claro, ya lo sé. Pero en las afueras hay otros lugares con piscina, paseos en poni y carreras de sacos. Igual podríamos ir. ¿Quieres que te cante Maigret?

Le gustaba que le cantara la melodía principal de la serie a mi estilo, en un francés inventado. Se me daba bien hablar con voz gangosa. Pero no me respondió, ni siquiera negó con la cabeza. Parecía escuchar atentamente. Una lágrima goteó desde su mentón.

Yo también había oído la puerta, el tintineo de la llave y luego los pasos de mi madre subiendo la escalera, más despacio que de costumbre. Aparté de un manotazo los recortes de la mesa y del sofá, pero muchos se me colaron entre los dedos.

Sophie se secó los ojos con una pata de su osito de peluche. Nuestra madre abrió la puerta y recorrió la sala de estar con la mirada. Parecía cansada. Mientras tanto, se quitó las sandalias de tacón y las dejó en el suelo. Llevaba una pequeña tirita en el dorso de la mano.

—Bueno, ¿qué? ¿Habéis comido?

Entró en la cocina sin esperar respuesta. Encendió una cerilla y, poco después, una fina columna de humo subió hacia el techo. Mi hermana se levantó.

—Yo quiero patatas ralladas fritas con mermelada. Y un batido de fresa, pero bien batido. Oye, Julian dice que podemos ir de campamentos a las afueras. ¿Es verdad?

Mi madre cruzó la sala de estar con la americana bajo el brazo. Sus pies enfundados en las medias de nailon dejaban huellas húmedas en el suelo revestido de linóleo. Se llevó las manos a la espalda, se bajó la cremallera y se quitó la falda gris con un par de golpes de cadera.

—¿Por qué ha llorado la niña?

Me miró directamente. Me encogí de hombros con las manos llenas de recortes, tragué saliva y ella puso un pie en la alfombra y me tendió la mano. Le di los recortes. Llevaba un botón suelto en el ligero.

—Eh, ¿es que no me has oído? ¡Quiero saber por qué ha llorado Sophie!

A la luz del día sus ojos eran azules, de un azul oscuro, pero en la penumbra de la sala de estar parecían tan negros como los del osito de peluche.

Mi hermana se hurgaba la nariz con el dedo.

—Nada, mamá, no ha sido nada. No me ha hecho enfadar. En serio. Lo que pasa es que tenía hambre. ¿Cuándo llegará papá?

El súper estaba en la otra punta de la urbanización. Tuve que ir hasta el final de la calle Flöz-Freya y pasar por las calles Flöz-Röttgers y Herzog. El camino se hacía interminable porque todas las casas parecían iguales. Tenían un jardín estrecho en la entrada, dos peldaños de ladrillo que conducían a una puerta pintada de verde, una planta baja encalada y una primera planta gris. Cada una de ellas estaba un poco rezagada respecto a la siguiente, de modo que la calle Flöz-Freya solo era aparentemente recta. Al mirar atrás, las fachadas escalonadas parecían un acordeón abierto.

El súper, un Spar, se encontraba en el único edificio de tejado plano. El yeso negro era tan áspero que podría servir para rallar poliestireno y convertirlo en finos copos de nieve. Llevé las botellas vacías a la sección de bebidas y cogí veinticinco peniques de cebollas. «Se busca personal», anunciaba un cartel al lado de la báscula. «Solo se aceptan candidaturas por escrito.»

En el mostrador de quesos había pequeños dados de gouda para probar. Comí unos cuantos y me metí las banderitas en el bolsillo. Pero mientras iba a la caja, vi en la bolsa que las cebollas costaban treinta y un peniques, así que

di media vuelta. La dependienta estaba sacando brillo a las manzanas con un trapo para el polvo y de vez en cuando miraba al techo, donde habían instalado hacía poco unos espejos redondos convexos. Las pulseras plateadas que llevaba en la muñeca tintineaban.

—Disculpe, es que yo quería veinticinco peniques de cebollas.

Ella arrugó la frente.

—¿Y cuál es el problema? ¿Acaso te he dado limones?

Sonreí y le enseñé el importe que figuraba en la bolsa.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Te parto las cebollas por la mitad?

—No. —Le ofrecí el vale que me habían dado al devolver las botellas—.

Pero solo tengo veinticinco peniques.

Levantó una de las comisuras de la boca hasta la mejilla en una mueca de contrariedad. Entonces sacó una cebolla especialmente grande de la bolsa, volvió a pesarla y la etiquetó de nuevo. Dieciocho peniques.

—Y ahora, déjame en paz. Tengo cosas que hacer.

Tenía un sarpullido rojo bajo las pulseras. Volvió a levantar la vista al techo, y yo le di las gracias y giré a la altura de los congelados hacia el pasillo de las conservas, la pasta y la repostería. Frente al estante de los dulces vi a los hermanos Maronde. Karl, el mayor, que tenía la cara llena de granos, me miró con una sonrisa burlona y señaló a su hermano con un golpe de cabeza. Franz había abierto una caja de bombones de licor y se los estaba embutiendo en la boca uno tras otro. A través de la mejilla se adivinaba la forma de cada bombón, y cada vez que tragaba sonaba como si estuviera a punto de vomitar. Aun así, seguía comiendo. La caja ya estaba casi vacía. Su hermano alargó la mano hacia el estante y me ofreció un puñado de chocalatinas Milky Way.

Lo rechacé moviendo la cabeza. Señalé con el pulgar detrás de mí, hacia la sección de verduras, y quise esquivar a los hermanos, pero el pasillo era estrecho. Karl me metió las chocalatinas dentro de la camiseta y se apartó. Abrí los ojos como platos y lo insulté en silencio, con los músculos de la cara agarrotados. Pero él se limitó a encogerse de hombros e hizo un movimiento con la cabeza que yo ya conocía de la feria: «Lárgate».

Entonces se metió una tableta de chocolate en la cintura del pantalón. Mientras tanto, su hermano rebuscaba en el fondo de la estantería, y fue en ese preciso instante cuando la dependienta le cogió la mano desde el pasillo

paralelo. Las pulseras tintinearón y él retrocedió, pero no pudo liberarse. Las bolsas y las cajas cayeron al suelo.

—¡Por fin te he pillado! Un momento... ¿Hanni? ¡Hannchen! ¡Los tengo! ¡Ven aquí!

Franz empalideció. Un chorrillo de saliva marrón se le escapó por la comisura de la boca y nos lanzó una mirada de socorro. Mientras la cajera se acercaba por el pasillo, el repiqueteo de sus tacones de madera me martilleaba las sienes. Su cola de caballo se balanceaba como un péndulo.

—¡Ajá!

Tenía los labios delgados, más aún que mi madre. Agarró a Franz y a Karl por el cuello.

—Hace tiempo que sospecho de vosotros. Esto saldrá caro, amigos. ¡Qué contentos se pondrán vuestros padres!

La laca de sus uñas estaba desconchada. Mientras llevaba a rastras a los dos hermanos a la caja, se volvió para mirar por encima del hombro. Tenía los párpados azules.

—¡Vamos!

No supe a quién o a qué se refería. Al final del pasillo apareció el aprendiz, un tipo larguirucho peinado como un champiñón. Cruzó los brazos sobre el pecho. Yo me agaché para recoger los bombones desparramados por el suelo, los devolví a la estantería, ordené algunas cajas y enderecé una etiqueta que estaba torcida. Entonces noté la mano de la otra dependienta en la espalda.

—Ven conmigo, cariño. —Me dio un empujón—. Si estabas con ellos, eres uno de ellos.

En la caja, los Maronde tuvieron que dejar encima de la mesa todo lo que llevaban en los bolsillos: dos bolsas de pastillas de regaliz, cuatro paquetes de chicles, tres tabletas de chocolate, una petaca, una botella de ron y dados de queso de todas las variedades con sus banderitas correspondientes. La cajera se sentó en la silla giratoria, lo anotó todo y lo metió en una cesta. Finalmente, se dirigió a mí.

Yo le ofrecí el vale que me habían dado a cambio de las botellas y ella lo clavó en el clavo que tenía junto al timbre. Después tecleó el importe de las cebollas y me dio el cambio. Sin tocarme la mano. Guardé las monedas, metí

la mano en el bolsillo de la camiseta y dejé las chocolatinas encima de la mesa.

—Y quiero devolver esto.

Ella emitió un gruñido burlón y se inclinó a un lado. Tenía algún problema con la sandalia. Se la había quitado y se toqueteaba la correa.

—¡Fíjate! Así que quieres devolverlo. ¡Buen chico! Pero no es tan fácil irse de rositas cuando has robado. La policía querrá hablar contigo.

—¡Pero si yo no he hecho nada!

Los Maronde estaban con la cabeza gacha delante del estante donde se rellenaban los boletos de la lotería. La dependienta de la fruta les alargó un cuaderno, Franz escribió algo y yo señalé a Karl, que se relamía los labios aún sucios de chocolate.

—¡Él me las ha metido en el bolsillo! Yo solo pasaba por ahí, y él me ha cogido y...

—¡Ya basta! —La cajera arrugó la frente, su mirada se había vuelto fría como el metal—. ¿No tienes suficiente con robar en una tienda? ¿Encima tienes que acusar a tus amigos? Eres el peor de los tres. ¡Deberíais estar en un reformatorio!

Los dedos me sudaban por el calor y la humedad había reblandecido la bolsa verde. Yo la sujetaba contra mi pecho con ambas manos.

—Pero ¿por qué? —Los ojos me escocían por el sudor—. No estoy acusando a nadie. Pero mi madre está enferma, tiene piedras en la vesícula y problemas de circulación y más cosas, y si ahora la policía... Quiero decir que tienen que operarla, y si ahora se preocupa por mí, es posible que... Yo no he hecho nada.

Ella sonrió amargamente.

—¿Ah, sí? Pues habértelo pensado antes, amiguito. Yo también tendría piedras en la vesícula si tuviera unos hijos como vosotros.

El aprendiz sonrió. Mientras me secaba el sudor de los ojos con el brazo, la bolsa se rompió y tres cebollas cayeron al suelo. Me agaché y me las metí en los bolsillos del pantalón. La cuarta rodó debajo de la mesa, tan lejos que tuve que hacer un esfuerzo por alcanzarla. Para ser exactos, se detuvo entre las ruedas de la silla giratoria de la cajera, así que tuve que tumbarme boca abajo y alargar el brazo a través del polvo. Entonces ella cambió de posición. Para

coger la cebolla tendría que haber pasado por encima de las uñas pintadas de su pie, así que desistí y aparté la mano.

Las mujeres murmuraron algo que no comprendí y de repente oí un ruido, un pitido que parecía sonar muy lejos y, al mismo tiempo, dentro de mí. La puerta se abrió. Todas las imágenes que tenía delante se enredaron en una maraña de pelo gris en la que brillaba algún cabello claro y empezaron a girar sobre sí mismas. Cerré los párpados, lo que solo intensificó la sensación de vértigo. El aprendiz rio. Cuando me restablecí, veía puntitos negros bailando ante mis ojos. Karl y Franz se habían ido. La cajera se sacó un bolígrafo del bolsillo.

—Está bien. No te denunciaremos porque es la primera vez, pero tus padres recibirán una carta de la dirección. —Me alargó la libreta en la que ya figuraban los nombres de los otros dos y señaló un hueco—. Escribe tu dirección, ¡en letra clara!

Le di las gracias, me sorbí los mocos y me sequé la mano en el pantalón. El sudor goteaba encima del papel cuadriculado. Cuando ya había terminado, me di cuenta de que los Maronde se habían apuntado con el apellido Krüger y habían dado una dirección falsa. Dejé el bolígrafo sujeto en la libreta, di las gracias otra vez y la cajera me lanzó una mirada escrutadora. Ahora ya no parecía tan enfadada.

—Pórtate bien, ¿me oyes? —Me devolvió la cebolla que me faltaba.

—Sí —respondí, y salí de la tienda.

El hombre se agachó, introdujo la barra de refuerzo en el fondo del barreno y colocó una mamposta hidráulica debajo. Repitió la operación en el otro lado, reforzó los puntales y salió del agujero gateando de espaldas. En el corte transversal que tenía que hacer hacia el pozo de ventilación había encontrado inesperadamente carbón: antracita. Sacó de la fisura la broca del taladro, larga como un brazo, y lo dejó a un lado. A pesar del calor que hacía bajo tierra — más de treinta grados—, el frente de arranque apenas medía un metro cuarenta de ancho y había tenido que ponerse la gruesa chaqueta para no arañarse la espalda y los hombros. Caminar agachado era más cansado que gatear. Se colocó las rodilleras, se enrolló el tubo alrededor del tronco dos veces y,

empujando el pesado martillo picador, gateó hacia el carbón, cuyo brillo negro a veces parecía plateado a la luz de la linterna frontal.

Mientras tanto, los afilados cantos de la pared rocosa le rasguñaban el dorso de la mano. Levantó el brazo, ajustó el ángulo de la linterna frontal y contempló por unos instantes cómo su sangre se mezclaba con el polvo. Después se restregó el puño con la chaqueta para limpiarlo y sacó los guantes de piel del bolsillo. Cuanto más se acercaba al carbón, más bajo era el techo. Los cantos y las aristas le arañaban el casco, y el polvo y las piedrecitas se le colaban por la nuca.

Una vez hubo llegado, desenrolló el tubo, abrió la válvula del conducto de aire comprimido y levantó el martillo. El cincel emitió un chasquido. Lo apoyó en un resalto de la roca, rodeó con los dedos la cavidad del mango y apretó el botón. Hizo un ruido ensordecedor, y al principio los dientes le castañetearon. Pedazos de carbón cayeron a un lado y se desmoronaron, y tras ellos saltaron lascas de yeso. Cuanto más fuerte presionaba el martillo contra el carbón, más densa era la polvareda. La ventilación era escasa.

Cuando apenas había vaciado un metro cúbico, tuvo que parar porque el haz del frontal ya no podía penetrar la nube de polvo. Dejó la herramienta, regresó a rastras, desenrolló la manguera de la bomba junto a la estación hidráulica y remojó el frente de arranque hasta que el polvo se hubo depositado. Regresó a cuatro patas hasta la galería, las capas verticales. Un fino lodo fluía en su dirección. Entonces vio algo que brillaba entre mampostas y vigas, algo de un negro puro. Era una pureza que solo había visto en los objetos blancos a la luz del día, como un vendaje limpio o un paño de altar. El hombre se quitó el guante izquierdo y palpó la superficie lisa con las yemas de los dedos.

Se desabrochó el mazo del cinturón, le dio la vuelta y golpeó el carbón con el mango de madera, avanzando muy despacio, de palmo en palmo. Al principio todos los golpes sonaban normales y compactos, pero luego encontró un punto justo encima del suelo donde había algo hueco. Quitó el seguro y desenroscó el cincel del martillo neumático, lo apoyó en el carbón y lo golpeó cuidadosamente con el mazo hasta que la resonancia volvió a cambiar. Había atravesado una capa. Ahora podía seguir girando el cincel con la mano como si fuera un taladro. El espacio intermedio no era profundo, tres o cuatro

centímetros. Cuando la punta alcanzó la siguiente capa, el hombre hizo palanca hacia arriba con el cincel. Al principio no surtió efecto. Pero al segundo intento el carbón cedió y le cayó ante las rodillas. Se agachó hasta iluminar la cavidad con la lámpara frontal.

En la capa de carbón aún intacta, negra y brillante, había un esqueleto incrustado, probablemente de un pájaro, no más grande que la mano de un niño y con un ala retorcida. En el lugar del pico, sin embargo, tenía una mandíbula acabada en punta. Destacaba con tal nitidez sobre el fondo negro que incluso pudo distinguir los minúsculos dientes, por lo menos durante un instante. Luego el oxígeno lo descompuso todo, las finas líneas desaparecieron de la vista del hombre, que por un momento se sintió mareado, y cuando se quitó el guante de la otra mano —lo echó a un lado de un manotazo— y resiguió con los dedos el resto del fósil, el pajarito se redujo a polvo. Pero había notado brevemente su silueta, sus frágiles garras, y había tenido un leve escalofrío, parecido al que tienes cuando resigues con los dedos el dorso de una carta y aún notas en ella la mano, la presión de la mano, de alguien fallecido tiempo atrás.

Se ató el pañuelo delante de la boca, enroscó de nuevo el cincel en el martillo y vació los dos metros cúbicos que le faltaban para abrirse camino.

Por la tarde, cuando llegué al club de animales, el Gordo no estaba. No había nadie sentado bajo el tejado o junto a la hoguera. Zorro ladró y empezó a rascar el cartón cuando me oyó. La cerradura estaba atascada, como siempre, y había que tirar de la puerta hacia uno mismo para girar la llave, pero era imposible si el perro metía las patas en la ranura. Me dirigí a la parte trasera del tráiler sin ruedas abandonado entre la maleza. Luego abrí la ventanilla y tiré en el interior de la barraca el paquetito que había traído, patatas asadas envueltas en papel de periódico. Zorro ladró, se abalanzó sobre la comida gruñendo y babeando, y yo volví rápidamente a la puerta y la abrí. Las dos palomas torcaces de la jaula de arriba arrullaron asustadas cuando el sol de la tarde irrumpió en la barraca. Caradura, la cotorra ninfa gris que estaba en una percha bajo el techo, abrió sus párpados surcados de arrugas. La cobaya chilló y los conejos correataron excitados por el heno tan pronto como me asomé por

encima del borde de su caja, que tenía una tela metálica por techo. Había tres. El mío era el blanco, se llamaba Mister Sweet y tenía unas orejas que parecían transparentes bajo aquel súbito chorro de luz. Se le veían las venas del interior.

Zorro devoró las patatas asadas y engulló también el papel de periódico reblandecido, como si llevara días sin comer, a pesar de que aún le quedaban galletas en su plato. El loro tenía mijo; las palomas, maíz; en la jaula de los conejos había zanahorias y hojas de coliflor. Incluso el plato del gato —en el estante junto a la ventana— estaba lleno, aunque la leche parecía cortada. A su lado había una cabeza de arenque negra de moscas.

Ni una nota en ningún lado. En todas partes había restos de velas, y el suelo, que habíamos protegido con cartones, estaba lleno de colillas aplastadas y envoltorios de bombones. En un vaso resquebrajado había tres claveles de plástico que el Gordo había ganado en la caseta de tiro de la última feria. Estaba sobre la caja de provisiones que yo había construido con los Maronde. Abrí la tapa y conté mis cómics de *Sigurd y Bodo*. Además de espigas verdes, pan seco, algunas revistas y botellas vacías, en el interior también había un paquete de Stuyvesant de cinco cigarrillos. Cogí la escoba y barrí el suelo de la barraca. El polvo revoloteaba dentro del amplio haz de luz.

Zorro ya había terminado de comer y ahora daba brincos a mi alrededor y se revolcaba delante de mí. Supongo que era un perro de caza, de pelo gris con manchas marrones, pero tenía una lesión en la cadera. Me agaché y le rasqué la tripa, hasta que apareció la caperuza roja y empezó a morderme la mano. No quería hacerme daño, se lo tomaba como un juego, pero tenía los dientes afilados. Lo aparté de un empujón. Cambié el heno de la caja de los conejos y tiré la cabeza de pescado entre los matorrales. Entonces me senté delante de la barraca, saqué el cuchillo que llevaba en el bolsillo y seguí tallando mi nueva arma, una lanza. Era un tronco de aliso joven perfectamente recto, y la punta consistía en un largo clavo de techar que había dejado en las vías para que el tren de carga lo aplanara. Un truco del viejo Pomrehn, gracias al cual nuestra barraca se mantenía en pie. Estaba un poco chiflado, pero tenía muchos recursos.

Lo oí dando golpes de martillo en algún lugar. Los arbustos de lilas y saúcos crecían tan altos que solo se veía el tejado de su casa, hundido y lleno

de musgo. Era una antigua casa de campo con un entramado de madera agrietado que se desconchaba un poco más con cada temporal. La fuente del patio estaba cubierta con una placa de hormigón, y cuando movías la palanca de la bomba se oía un gorgoteo, un chapoteo y un sorbido que procedían del fondo, pero casi nunca salía agua. Y cuando salía, era marrón por el óxido.

Pomrehn había cultivado colza y criado vacas en el lugar donde ahora estaba nuestra urbanización; luego perdió a su esposa y vendió el terreno a la explotación minera, saldó sus deudas con el banco y se compró un par de máquinas de segunda mano para arreglar zapatos. Sin embargo, la gente pronto dejó de llevarle sus zapatos, porque los que remendaba volvían a romperse enseguida, y el taller que había instalado en el antiguo salón de su casa se fue deteriorando. Una fina capa de polvo se había depositado en las máquinas y estanterías, donde aún quedaban un par de sandalias de tacón turquesa y una bota desemparejada. El viejo se pasaba el día sentado en la cocina, liándose un cigarrillo tras otro y bebiendo cerveza y alcohol, sobre todo Doornkaat.

Pero casi nunca estaba solo. Dejaba entrar en su casa a todos los niños del vecindario; podían jugar donde quisieran, incluso en la cama de matrimonio, y no le importaba que le mangaran alguna cosita. En una ocasión, Roswitha Vogel se paseó por la urbanización con un pequeño sombrero negro con un velo que le cubría la cara, y en el cajón de arena de detrás de la iglesia hubo durante un tiempo una paleta de plata para servir tartas con el mango de marfil. A Pomrehn le gustaban los niños, y se pasaba todo el año guardándoles las minúsculas botellitas de Doornkaat en una caja de cartón bajo los fogones. Cuando la nieve cubría el patio, las llenaba de agua, las cerraba enroscando los tapones y las metía en el cajón de las cenizas, justo debajo de la parrilla. Quemaban tanto que más valía ponerse los guantes de trabajo que estaban en la coquera.

Se las daba como recompensa a los niños que le compraban cerveza, tabaco o latas de judías, y a veces se las tirábamos a los gatos, que no le gustaban. Estaba convencido de que los felinos habían hecho enfermar a su esposa, que se había ahogado con pelo de gato. Cuando uno de ellos se acercaba a la casa, no tenía piedad.

—¡Ese se acaba de cagar! ¡A por él!

Entonces nosotros corríamos hacia el fogón, abríamos la tapa, arrojábamos las botellitas calientes a través de la ventana abierta y las veíamos explotar al caer en la nieve. Era un estallido amortiguado, que a menudo sonaba con un leve retraso y que enviaba una lluvia de fragmentos de cristal y suciedad en todas direcciones. Pero nunca alcanzamos a ningún gato.

Aquello había sido el invierno anterior. Desde entonces, el viejo parecía aún más delgado. Estaba de pie bajo el saúco con una llave grifa en la mano. Me saludó con la cabeza. Llevaba el pantalón de pana atado con un trozo de cuerda para tender la ropa y su camiseta interior gris, llena de agujeros.

—¡Eh! ¿Eres indio o vaquero?

Se lo preguntaba a todos los chicos, y por lo menos se lo había dicho ya diez veces. Los vaqueros no le gustaban demasiado. Le enseñé mi lanza.

—Pie negro.

—Es verdad, lo había olvidado. Eres Tecumseh, ¿no?

Ese era mi nombre cuando jugábamos a indios y vaqueros. Asentí y seguí trabajando en la lanza. Cuando jugábamos a caballeros, me llamaba Sigurd.

—Para un indio, todo es importante —Pomrehn oteó el horizonte que se extendía más allá del campo. Tenía el mentón lleno de rastros blancos y los ojos grandes, siempre un poco húmedos—. Cada piedra en el camino, cada rama rota. Aprenderás cosas que te servirán para toda la vida, como a seguir un rastro. Has elegido la observación. —Dio un paso y salió de la sombra que lo cobijaba—. Los vaqueros solo van por ahí tiroteando... Qué lanza más bonita.

No llevaba zapatos. Una maraña de venas rojas y azules le recorría los pies, y tenía casi todas las uñas encarnadas.

—¿Dónde están tus amigos?

Zorro salió de entre la maleza con la cabeza de arenque en la boca, y yo me encogí de hombros. El viejo se sentó a mi lado y dejó la llave apoyada en la pared. Olía a moho, como su casa, y no sabía qué hacer con las manos. Primero las puso sobre el banco, a ambos lados del cuerpo; luego en las rodillas y, al final, las escondió bajo las axilas.

—¿Contra quién lucharéis hoy?

Yo, con la lengua entre los dientes, intentaba concentrarme en el dibujo, una serpiente que se enroscaba en torno al tercio superior de la lanza hasta la

punta.

—No lo sé. Toda la banda de Kleekamp está de vacaciones. De campamentos en Meinerzhagen.

—¿Ah, sí? No hay nada que hacer, entonces. Tendréis que fumar la pipa de la paz. ¿Lo hacéis alguna vez?

—De hecho, no. Casi nunca.

Se pasó las manos por el pelo ralo.

—¿Y qué metéis dentro?

—¿Dentro de dónde?

—De la pipa, la cachimba. ¿Qué tabaco usáis?

—Metimos té. Del que viene en bolsitas. También echa humo.

—Ya.

En la barraca, los conejos estaban muy activos. Debían de estar persiguiéndose en círculos dentro de la jaula. Por el golpeteo de sus patas, parecía que el suelo estuviera hueco. Pomrehn cruzó una pierna encima de la otra y entrelazó las manos delante de la rodilla. Pero enseguida volvió a separarlas, y se rascó los dos brazos simultáneamente.

—¿Viste la tele ayer?

Negué con la cabeza.

—Fue una barbaridad, te lo digo yo. Salía un tipo que se operaba a sí mismo. Apendicitis aguda en mitad de la nieve, en Siberia. Ni un médico a la vista. Además, se estaba escondiendo de alguien. Así que cogió un cuchillo de cocina y un espejo, y no se desmayó hasta que se estaba suturando la herida con hilo de zurcir. ¡Era una historia de verdad! ¿Cómo se llamaba...?

El ojo de la serpiente no me había quedado bien.

—*Hasta donde los pies me lleven* —me limité a murmurar, y él miró alrededor y alargó el cuello.

—Sí, puede ser... Madre mía, qué mal huele aquí. Oye, ¿por casualidad no tendréis nada para fumar en vuestra barraca? Como tabaco, por ejemplo.

—No. Pero puedo ir a comprarle un paquete a la señora Kalde.

Él se incorporó y me miró.

—¿Lo harías por mí? ¿Y cómo te lo pagaría?

—Con su pensión.

Esbozó una sonrisa amarga.

—Ya me gustaría. Ojalá tuviera pensión, hijo. Ojalá la tuviera... Pero no les iré a suplicar, a ellos no. Ya no tengo edad para arrodillarme en mitad de una oficina. ¡Que les den a todos!

Me quitó la lanza, examinó el dibujo y la sopesó.

—Has dicho té, ¿verdad? ¿El té también sirve?

—Bueno, echa humo. Si se puede fumar o no... Eso ya no lo sé.

Él asintió y palpó la punta de la lanza con el pulgar. Entonces, el corazón me dio un vuelco. A través del césped —al principio solo se le veían las orejas— se nos acercaba Lilly, nuestra gran gata atigrada. Maullaba en voz baja, su gruesa barriga se bamboleaba a cada paso que daba. Cuando ya me disponía a dar palmas y ahuyentarla con un siseo, el viejo levantó la mirada.

—Eh, ¿quién es esa? ¿Es nueva?

—No, no. Es del club de animales, desde hace un año o así. Está preñada.

Él profirió un leve bufido. Un moco seco asomó al exterior de su nariz y se escondió de nuevo en la fosa nasal.

—¡No me digas! Entonces ella tampoco puede fumar, ¿no? —Apoyó la lanza en la pared de la barraca, se inclinó hacia delante y dejó la mano colgando desde el banco—. Ven aquí, pequeña.

Lilly dio un par de pasos rápidos, olisqueó los dedos amarillos, restregó la cabeza en su mano y él la acarició entre las orejas. La gata ronroneó, se tumbó de lado y empezó a mover las patas delanteras describiendo pequeños círculos, como si estuviera amasando.

—¡Eh! Creía que no soportaba los gatos.

Él meneó la cabeza.

—¿Cómo que no? Claro que sí. A mí me gustan, incluso se podría decir que mucho. Pero a mi mujer le parecen unas bestias terribles. Asma.

—¿Su mujer? Pero está muerta, ¿no?

Él le acarició con el dorso de la mano la barriga clara, las tetillas rosadas, y cerró los ojos por un momento.

—Ay, chico. Qué sabrás tú...

Me levanté y llevé la lanza al interior de la barraca. La cobaya chilló, pero estaba escondida bajo el heno y no la vi. Debía de tener miedo de los conejos, que seguían persiguiéndose unos a otros. Incluso las palomas torcaces

arrullaron inquietas en su jaula cuando mi sombra les cayó encima. El papagayo, sin embargo, dormitaba con el pico entreabierto; se le veía la lengua latiendo suavemente. Zorro también dormía.

Pomrehn levantó la cabeza y arqueó las cejas cuando le ofrecí el paquete de Stuyvesant.

—Estaba dentro.

—¿En serio? ¡Vaya por Dios! —La mano le temblaba un poco—. Pues habrá que ponerlo a buen recaudo, ¿no? Aquí todos sois menores.

Después de haber cogido un cigarrillo, se metió el paquete en el bolsillo. Rompió el filtro, encendió el cigarrillo y se reclinó suspirando en el tabique de madera. El humo cruzó el césped lentamente hacia los árboles. Los rayos del sol penetraban entre las ramas, el atardecer ya se respiraba en el ambiente. Mientras Pomrehn daba largas caladas y yo limpiaba mi cuchillo en el banco, los dos contemplábamos en silencio a la gata que yacía a nuestros pies, en mitad de una temblorosa mancha de luz. Respiraba tranquilamente y, de vez en cuando, abría los ojos claros y levantaba la vista hacia nosotros. Entonces era como mirar en las profundidades del agua. Las crías se movían bajo su pelaje.

Aquella noche hizo calor. Me había despertado un ruido, un portazo en algún lugar del edificio, y no podía volver a conciliar el sueño. Teníamos que dormir con las ventanas cerradas porque mi hermana era alérgica a las picaduras de mosquito: solían convertirse en auténticos bultos, e incluso llegaba a tener fiebre. La luna estaba casi llena, y su luz me reveló que Sophie también sudaba. El pelo claro se le veía más oscuro porque lo tenía pegado a la sien, y en su nariz brillaban minúsculas gotitas. Pero dormía tranquila, con el osito de peluche amarillo bajo el brazo. Solo tenía un ojo, que también estaba un poco descolgado.

Me senté en el borde de la cama. El vaso que tenía en la mesita de noche estaba vacío. Por un momento se me pasó por la cabeza la idea de beber agua de la regadera que había detrás de los cactus, pues no quería despertar a Sophie con el crujido de las tablas. En lugar de bajar al suelo, gateé por encima de la cama. Desde el pie de la cama hasta la puerta solo había un paso.

El pantalón de mi padre estaba colgado en el diminuto pasillo. Del bolsillo derecho asomaban dos pinzas para sujetar las perneras cuando iba en bicicleta. El suelo de la sala de estar también crujía, pero la alfombra amortiguaba el ruido. Las grandes hojas de las plantas tras las cortinas tapaban la luz de las farolas, y el rincón más alejado de la calle estaba tan oscuro que apenas se veía nada más que la fría pantalla del televisor y el resplandor de las letras: Loewe-Opta. En el reposabrazos del sofá había cigarrillos y un mechero. Cuando me disponía a ir a la cocina, me di cuenta de que la puerta de entrada estaba dos dedos abierta. La cerré cuidado-samente.

Los vasos y ensaladeras limpios del escurrer platos refulgían bajo la luz de la luna. Me acerqué a la encimera y miré al jardín. Las sombras azuladas de la cerca llegaban hasta la calle Fernewald. Estaba desierta. Un zorro merodeaba bajo las farolas en dirección a la torre de la mina.

Abrí la nevera y me agaché. En la puerta había una botella de leche de tapón plateado y en la rejilla, tres patatas asadas y un frasquito de laca de uñas Chicogo. También encontré un dado de mantequilla Rama y unas cuantas rodajas de salchichón envueltas en papel parafinado. Enrollé una, me la llevé a la boca y la engullí con piel incluida. No había agua con gas ni jarabe de frambuesa, y estuve a punto de cerrar la puerta. Entonces vi el termo del té de mi padre en el estante inferior, tras el paquete de panecillos. Tenía una arandela de goma bajo la tapa, como las antiguas botellas de cerveza, y la superficie de aluminio abollada estaba perlada de gotitas de agua condensada.

Lo saqué de la nevera y me lo pasé por la frente, el cogote y la parte inferior de los brazos. El té estaba tan frío que después de dos tragos ya me dolía la cabeza, pero estaba delicioso: té negro con azúcar y limón. Me senté en el suelo, delante de la nevera abierta, y seguí bebiendo pequeños sorbos. Las gotitas de agua que resbalaban por la botella me caían sobre el pantalón de deporte y la camiseta interior. Cuando dejé escapar un silencioso eructo, noté mi aliento en el dorso de la mano casi tan frío como el té.

Seguí bebiendo. A cada trago me decía que era el último; pero entonces tomé otro, y otro más pequeño que me hizo soltar un pequeño gemido. Acabé vaciando el termo. Cuando me lo acerqué al oído, solo oí un débil gorgoteo. Me levanté, metí dos cucharadas de azúcar y lo rellené con agua del grifo. Luego volví a guardarlo en la nevera.

Eché un vistazo a los jardines desde la puerta cerrada del balcón. Los árboles y arbustos eran más pálidos que las sombras que arrojaban. Muchos parecían siluetas de animales, mientras que otros tenían forma de cara, con las cuencas negras y las cejas despeinadas. Tras las alubias de los Tszimanek vi su nuevo DKW. No había nadie. El zorro era el único que seguía en la calle Fernewald, probablemente era joven. Estaba sentado sobre las patas traseras e intentaba cazar los mosquitos y las mariposas nocturnas que revoloteaban bajo la luz de las farolas. De vez en cuando incluso saltaba.

Regresé al pasillo, oí un susurro en el dormitorio de mis padres y contuve la respiración. Espié a través de la rendija de debajo de la puerta. Estaba a oscuras. Solo había luz en el baño, mi hermana se la habría dejado encendida. El interruptor se encontraba al lado del espejo, demasiado alto para ella, y a veces después de hacer pis no tenía ganas de subirse en el taburete que usaba para cepillarse los dientes. Carraspeé. La puerta no estaba cerrada con llave. Cuando traspasé el umbral, la manilla me resbaló de la mano sudada.

—¡Silencio!

Pero yo no había dicho nada. Solo miraba. Ella llevaba una camiseta azul claro y estaba frente al inodoro con las piernas abiertas, tanto como se lo permitían las finas bragas que llevaba a la altura de las rodillas. Su piel era de color caramelo y tenía un suave resplandor; casi todos los días iba a Alsbachtal, la única piscina al aire libre de los alrededores. Pero en la zona que quedaba cubierta por la parte inferior del biquini, Marusha estaba blanca. Su pequeña y poblada zona púbica relucía como el pelaje de un topo. Me miró inmóvil, como si esperase que me fuera. Sujetaba algo entre las piernas musculosas, que me pareció un trapo o una bola de algodón. Me apresuré a cerrar la puerta.

Volví a la cocina. El zorro se había ido. Me puse de puntillas y oriné en el fregadero. En la habitación de Marusha había un lavamanos y un orinal con tapadera que ella vaciaba todas las mañanas. Que yo supiera no había utilizado nunca nuestro cuarto de baño, aunque mi madre le había dado permiso. «En caso de urgencia...» Por eso la puerta de casa nunca estaba cerrada. Abrí el grifo y enjuagué brevemente el fregadero.

En el armario colgado en la pared había un despertador. Solo faltaba una hora para que mi padre se levantara y se preparara para empezar su turno.

Abrí la nevera, bajé la temperatura y cogí otra rodaja de salchichón. Mientras la tenía en la mano me sobrevino un repentino eructo, el regusto avinagrado del té me subió hasta la nariz y volví a dejar la rodaja donde estaba. Cerré la nevera.

Ya no tenía sueño. Oí el ruido de la cisterna, y Marusha salió del baño sin preocuparse por el crujido de las tablas. Caminó directa hacia la puerta con paso firme, y yo le dirigí un suave: «¡Chis!». Ahora fue ella la que se asustó. Se llevó la mano al pecho y cerró brevemente los ojos. Yo tenía la luna a mis espaldas y veía la cataplasma a través de su slip, limpio y blanco.

—¡No tenías por qué asustarme! —dijo en apenas un susurro, y yo sonreí.

—¿Estás herida?

Ella se rascó el cogote.

—¿Que si estoy qué? Vete a la cama, mucoso. Pronto saldrá el sol.

—¿Por qué? —Me apoyé en el marco de la puerta de la cocina y crucé los brazos sobre el pecho—. Estoy de vacaciones.

—Tú quizá sí —bostezó—. Pero yo mañana tengo una entrevista de trabajo. En Kaiser und Gantz.

—¿En Sterkrade? ¿Qué vas a hacer allí? ¿Vender cortinas?

En lugar de responder, ella señaló el paquete de cigarrillos que se encontraba en el reposabrazos del sofá.

—¿Puedo coger uno?

Me encogí de hombros.

—Son de mi padre. No tienen filtro.

—¿Y qué? ¿Crees que me voy a mear encima?

—No. Ya lo has hecho.

Se colocó un rizo detrás de la oreja. A la luz de la luna, su sonrisa me pareció más radiante que de costumbre.

—¿Hacer qué? —Dio un golpecito a la base del paquete y sacó un Gold-Dollar—. Eres guapo, pero estás un poco chalado, ¿no? —Salió al pasillo y me hizo una seña con la cabeza—. Ven, que charlaremos un rato.

Me aparté del marco de la puerta.

—¿Por qué dices que soy guapo?

Pero ella desapareció en su habitación sin responder. Yo nunca había entrado, hasta entonces solo la había visto desde nuestro balcón. A pesar de

que una de las hojas de la ventana estaba abierta, se notaba un olor dulzón a sábanas sudadas. Al póster de tamaño real de Graham Bonney —que se confeccionaba uniendo varias piezas, como un rompecabezas— aún le faltaba una pierna, y en el pequeño estante lleno de libros de Enid Blyton había una flauta dulce que ya casi no tenía barniz en la boquilla. En la alfombra, delante del armario, tenía su nuevo tocadiscos, un aparato a pilas portátil con una ranura para los singles. Había algunos en el suelo: *She loves you*, *Marmor*, *Stein und Eisen*, *Poor boy*. Maru-sha se sentó en la vieja cama.

Se subió la colcha hasta la cadera y se apoyó en la pared posterior, que tenía un estampado de manzanas y uvas. Entonces se llevó el cigarrillo a la boca, lo encendió y escupió una viruta de tabaco antes de expulsar el humo. Yo me acerqué al pequeño escritorio, donde había una docena de fotos de carnet. En muchas tenía granos en la cara.

—¿Cuándo te irás de aquí?

Ella arrugó la frente y contempló la punta incandescente del cigarrillo.

—Me lo había imaginado más fuerte. Parece de broma... ¿Qué dices? ¿Por qué debería irme?

—Bueno, si ahora trabajas... Puedes pagarte tu propio piso, ¿no?

—¿Estás de broma? ¿Con un sueldo de aprendiz?

—O irte a vivir con tu novio.

—¿Qué novio?

—Bueno, ese de la moto.

—¿¡Jonny?! —gruñó ella—. Qué ideas tienes. A ese no lo dejo ni lamerme los pies. ¿Te cae bien?

—No lo sé. No. Es un matón.

—Es verdad. —Marusha observó el humo del cigarrillo, que se acumulaba bajo la lámpara—. Es fuerte.

—Pero no encaja contigo. Tiene cicatrices.

—¿Dónde? Ah, ¿te refieres a las del mentón? Bueno... Las cicatrices en los hombres no están tan mal. Les dan un aire interesante.

—Para mí, no. Mi padre también tiene el cuerpo lleno de cicatrices. De la guerra y de los desprendimientos en la mina. Y tiene carbonilla incrustada. Si fuera yo quien las tuviera, me operaría para quitármelas.

Ella cerró los ojos unos instantes y sonrió con cierta indulgencia. De su pelo colgaba una minúscula pluma de la colcha.

—¿Entonces van a ingresar a tu madre?

Me encogí de hombros y me senté en la silla.

—Ni idea. Espero que no. Si la ingresan, tendré que cuidar de mi hermana todo el día.

—¿Y qué? Las niñas pequeñas son una monada. Te siguen a todas partes. —Expulsó el humo por la nariz y sacudió suavemente la ceniza en el borde de la vieja lata de crema para bebés que tenía bajo la lámpara de la mesita de noche. En el interior había un caramelo chupeteado—. Y tendrías la casa para ti solo. Podrías invitar a tus colegas, a tu novia...

—¿A quién? —Subí los pies en el asiento de la silla y me abracé las rodillas—. ¡No tengo novia! Que tengo doce años.

Ella asintió. Pegados al caramelo había restos de uñas cortadas.

—Pero ya te haces pajas, ¿no?

Noté un ardor repentino en la cara, como si me hubieran conectado la lengua a una pila. Marusha sonrió.

—¡Ay, madre! Pero ¿qué he dicho? ¡Te estás sonrojando!

—Qué va.

Las palabras se me habían quedado atascadas en la garganta. No me apetecía hablar de aquellos temas, así que fingí que bostezaba. Marusha echó la cabeza atrás y dibujó algunos anillos de humo, perfectamente redondos y cada vez más pequeños, mientras se rascaba bajo la colcha.

—No te lo tomes a mal... Dime la verdad, ¿qué pasa con tu madre? ¿Qué tiene?

—¿Cómo que qué tiene? ¡Cólicos!

—Sí, ya lo sé. Quiero decir que por qué te zurra cada dos por tres. ¿Tan mal te portas? Eres muy buen chico, ¿no?

—Ni idea. Tampoco me pega tanto.

—¡Venga ya! Yo lo oigo. Casi todas las semanas. Os zurra hasta que la cuchara se rompe.

—¿Qué va! A Sophie nunca la pega, aún es pequeña. Y yo a veces hago trastadas. Me escapo del cole. Y si me porto mal...

—Pero eso no es motivo para pegar a un niño.

—¿Y qué? ¿A ti no te dan palizas? Seguro que tu padre también te ha dado alguna tunda.

—¿Qué padre? Yo no tengo padre.

—Bueno, me refiero a Gorny. Como el día que querías ir a la iglesia en minifalda.

—Eso es cosa mía. Y si vuelve a ponerme la mano encima, se lo diré a Jonny. Lo estará esperando cuando salga de la mina. —Se había apoyado en la esquina de la pared con un cojín detrás de la cabeza, y alargó el brazo para pasarme la colilla del cigarrillo—. Voy a cumplir dieciséis años. ¡No tengo por qué aguantar sus tonterías! ¿Me haces el favor...? — Abrió y cerró la boca como si estuviera masticando algo—. Sabe a paja.

Me levanté y aplasté la colilla en el bote de lata. Ella se quitó los cuatro anillos que llevaba y los dejó en el alféizar de la ventana. Después se desperezó y bostezó. Me acerqué a la cama y le enseñé la herida de la mano, que se iba curando poco a poco.

—Mira. Yo también tendré una cicatriz.

Ella sonrió y me tomó la mano. Tenía los dedos calientes pero secos. Cuando se inclinó hacia delante le vi el interior de la camiseta, el ancla dorada que colgaba de una cadenita entre sus pechos.

—Esto no es una cicatriz, mocoso. ¡Es un rasguño!

Tragué saliva.

—Pero algún día será una cicatriz.

El brazo me empezó a temblar. No me agarraba con fuerza, pero tampoco me dejaba margen para que me soltara. Mientras tanto iba resiguiéndome la palma de la mano con las yemas de los dedos, muy suavemente, como si solo removiera el aire, y me miraba sonriente a los ojos.

—Te estás sonrojando otra vez. ¿Te gusta?

Meneé la cabeza y aparté la mano, quizá con un gesto algo demasiado brusco. La alfombrilla que había junto a la cama resbaló y me caí encima de un disco, algo de Udo Jürgens.

—¡Oh, mierda! No quería romperlo, perdona.

—No te preocupes. —Ella volvió a hundir la cabeza en la almohada—. De todas formas, es de tu madre.

Me agaché para recogerlo y me quedé un rato en cuclillas para disimular mi erección. En nuestra radiogramola solo había tres discos: uno de Chris Howland, uno de Rita Pavone y uno de Billy Mo. Aquel no lo conocía.

—Ah, pues es nuevo. Debe de haberlo traído de la ciudad. ¿Es bueno?

—No lo sé. No está mal. Ya puedes devolvérselo.

Tiró de la fina colcha y la subió hasta el mentón, pero alargó las piernas y los pies asomaron por debajo. Le contemplé los dedos, las uñas pintadas de color oscuro. En algunas zonas se había pintado también la piel.

—¿Por qué? Si mamá te lo prestó, seguro que puedes quedártelo un tiempo.

Marusha emitió un bostezo más grande que sonó como un bufido.

—No me lo prestó. —Entonces cerró los ojos y se volvió hacia la pared—. Yo lo tomé prestado. Apaga la luz cuando te vayas, ¿vale?

Un hueso de cereza en un tarro de mermelada vacío. Rosas dibujadas en la mantequilla con una cucharita caliente. En la mesa había tazas de porcelana y panecillos recalentados que ya se habían vuelto a enfriar. Yo hojeaba mi edición de *El último mohicano*. Todos habíamos terminado salvo Sophie, que aún tenía su desayuno delante. Con la naricita arrugada intentaba hundir la cuchara en la elástica clara del huevo bajo la atenta mirada de mi madre. Mi padre se reclinó y tomó un sorbo de café. Aún llevaba el pantalón del pijama y una camiseta interior limpia que le quedaba muy ceñida al pecho. Pellizcó algunas migas que se habían caído en el sofá. Sus grandes manos también estaban llenas de cicatrices y arañazos, y tenía las uñas descantilladas.

—¡No soy un idiota! —Miró a mi madre—. ¡Qué se han creído! El superintendente tiene bronca con su mujer y pone verde al subintendente, quien la toma con el jefe de zona y le acorta las vacaciones. Luego este le ladra al capataz porque faltan mampostas. Y el otro se desahoga en el supervisor de pozos, ¡cómo no! —Meneó la cabeza—. No pienso pasar por el aro. ¿Sabes qué? Le he dicho a Motzkat que están locos. ¿Cómo voy a usar la niveladora con el contrato que tengo? Los compañeros se reirían de mí. Hay que hacer una represa, y el trazado superior se ha montado sin chapa intermedia de apoyo. Así que hay que acortar el transportador de cadena, digo yo. Si no,

¿cómo avanzaremos en la veta? O los limpiadores exigen su material, o alguien les enseña de una vez a hacer capas como es debido.

Mi madre, que asentía de vez en cuando, se encendió un cigarrillo sin quitarle ojo a Sophie. La pequeña había pinchado la clara del huevo con demasiada fuerza. La yema se derramaba por el plato y ella la extendía con el dedo para dibujar una cara.

—Y Motzkat me dice: «Pues claro, Walter, tienes razón. Pero ya conoces a ese capullo. Está sentado ahí arriba, delante de su mesa de dibujo, y se piensa que el carbón crece en ángulo recto». «Pues cántale las cuarenta», le digo yo. «¡Eres el capataz!» Hemos taladrado el techo inclinado. Entre los estratos de pretaladrado hay un metro y medio de distancia. Hay que apuntalarlo todo, ¡zas! Donde haya un transportador de cadena sobre el carbón, hay que tener una calle del frente en condiciones. Si no, todo se viene abajo. Pero ¿crees que alguna vez nos dicen algo los de arriba? Silencio sepulcral.

—Me lo puedo imaginar. A lo mejor eres demasiado perfeccionista para... —Mi madre fulminó a Sophie con la mirada, pero ella ni siquiera se dio cuenta. Estaba mojando en la yema la punta de su pan con mermelada.

—«Necesitamos a un espolvoreador», digo yo, «que ponga las barreras en orden. Cada veinticinco metros hay que colocar un contenedor de polvo, es lógico». «Desde luego», me responde Motzkat. «Si todos los supervisores de pozos fueran como tú, habría un poco de orden en esta pocilga. Pero necesito a todos los hombres disponibles para taladrar.» Estos tarugos te vuelven loco. No hay avance en el frente de la galería, ya me entiendes, no hay estación hidráulica, y yo estoy solo con un aprendiz de picador. Como para tener urticaria.

—Te creo. —Mi madre se inclinó sobre la mesa y le apartó el plato a Sophie—. Deja ya de hacer cochinas. ¿Qué es eso?

Ella levantó la cabeza, sorprendida.

—¡Pero si aún no he acabado de desayunar!

Mi madre no respondió. Con el codo derecho apoyado en la mano izquierda, sujetaba el cigarrillo a la altura de la cara y miraba a mi padre mientras lo escuchaba. Él se arrancó un padraastro del pulgar.

—Y, para colmo, también tengo que anotar los niveles de gas —meneó la cabeza—. Cae una capa entera de carbón encima del transportador de cadena, en la calle de circulación, y sepulta a Hübner. El gordo bajito de la fiesta de nuestra zona, ¿te acuerdas? El que quería bailar contigo. El ascensor no funciona, así que arrastramos al hombre dos kilómetros y medio tumbado sobre una escalera, hasta el pozo. ¿Te lo puedes imaginar? ¡Y el subintendente abre la puerta del vestuario y me pregunta por los niveles de gas! Y yo le digo: «¿Qué? ¿Ahora? ¿No ve que tenemos un herido? ¿Quiere que se muera?» Te juro que le habría... —Chasqueó la lengua levemente, y Sophie se arrimó cariñosamente a él. Le levantó el brazo y dejó al descubierto por unos instantes el número tatuado. Luego se puso el brazo de mi padre en torno al cuello y me sacó la lengua. Él miró hacia la ventana, donde una mosca zumbaba tras la cortina—. Una mano no sabe lo que hace la otra. «Al disparar contra el estrato hay que procurar que no pase nada, naturalmente», digo yo. Y el artillero-barrenista me mira boquiabierto, como si estuviera chalado. Uno o dos disparos para aflojar la roca bajo el carbón, es muy sencillo. Entonces la cinta transportadora puede circular y arrastramos la cadena con las pesadas cajas de herramientas a la espalda. ¡Si es que...!

Alargó la mano hacia el paquete de tabaco de mi madre, se puso un Chester entre los labios y buscó las cerillas. Pero Sophie ya tenía la cajita en la mano y le dio fuego. Él le acarició la cabeza.

—Pero Motzkat es demasiado bonachón. Es el único capataz de esta mina que de vez en cuando se ensucia las manos. Y le digo: «Fíjate, ninguna mamposta está ensamblada; ¿cómo quieres que extraiga nada de aquí?». Y ¿qué hace? Saca la sierra y me corta dos docenas de troncos en el acto. Él es así. Y entonces el superintendente sale sigilosamente de su despacho perfumado y ladra: «¡Ya basta! ¡Así no alcanzaréis nunca vuestro objetivo! Todos los hombres disponibles tienen que pretaladrar hasta que la capa de carbón les quite el trabajo de las manos». Yo me subía por las paredes. «¿Qué? ¿Qué capa de carbón?», he dicho. «¿Quién más va a venir? ¡La capa de carbón somos *nosotros!*» Ha puesto unos ojos como platos.

—Ya me lo imagino. Yo tampoco se lo consentiría. —Mi madre aplastó la colilla en la cáscara del huevo y al mismo tiempo tapó la mantequilla con la

campana de cristal—. ¿Preferís pasta o albóndigas con el gulasch? ¿O preferís que haga...?

—¡Albóndigas! —exclamó Sophie casi gritando, y me miró con ojos radiantes.

Pero mi madre hizo una mueca con la boca.

—Cómo no. La señorita siempre quiere lo que lleva más trabajo.

—¡Pero si has preguntado!

Mi padre expulsó un poco de aire por la nariz.

—En fin, ¿de qué sirve? —Miró al frente con la mirada perdida—. En esta mina cada uno hace lo que le da la gana. Y el comité de empresa es como si no existiera. La semana que viene tenemos que bajar hasta el último nivel, meternos en el agua hasta el culo. Y hay una tapa de ataúd colgando del frente de arranque... ¡Cielos! Debería estar prohibido entrar allí. Si se cae, se acabó.

Me humedecí la yema del índice para atrapar algunas migas de pan y semillas de amapola de la mesa.

—¿Qué es una tapa de ataúd?

Mi madre sacó la bandeja de detrás de su sillón y empezó a recoger los platos. Mi padre le alargó el vasito del huevo.

—Un bloque de mineral rodeado de grietas y brechas, es decir, que no está cerrado. Muchos son enormes, tan grandes como una casa. Cuando hay movimiento bajo tierra por la extracción del carbón, alguno cae de vez en cuando y estalla en mil pedazos. Entonces las copas tintinean en las vitrinas.

—¡Walter! —Mi madre hizo un gesto de reprobación con la cabeza—. No asustes a los niños. ¡Ni que estuviéramos en guerra!

Él arrugó la frente.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? —Los músculos de su brazo derecho se contrajeron cuando aplastó el cigarrillo, al que apenas había dado un par de caladas. Mientras tanto, exhaló una bocanada de humo que cayó verticalmente sobre su pecho—. No digas tonterías... Nadie sabe mejor que yo lo que es la guerra.

Se reclinó de nuevo e hizo un ruido que sonó como si tuviera algo atascado entre los dientes. Tenía el pelo rubio oscuro más largo que de costumbre y se le rizaba encima de las orejas. Sophie levantó la vista hacia él y le hurgó con el dedo el hoyuelo del mentón.

—¿Volverá la guerra pronto, papá?

Él negó con un breve golpe de cabeza y cogió el periódico del domingo. Cuando yo chasquéé los dedos, me pasó la página de los jeroglíficos por encima de la mesa. Mi hermana bajó deslizándose del sofá y sacó la maleta que guardaba debajo. Estaba llena de cómics de Mickey Mouse. Cogió uno y volvió a sentarse, pero no lo abrió.

—Papá —se enroscó un rizo alrededor del pulgar—, si viene la guerra, ¿tendremos que matar a los demás?

—Tú no —sonreí—. Eres miope.

Pero ella me ignoró por completo. Mi padre leía las páginas de deportes. Ella le dio un empujoncito.

—Venga, dímelo. ¿Tú disparaste en la guerra?

Mi padre asintió.

—Pues claro. Todo el mundo disparó.

—¿En serio? ¿Y mataste a alguien?

Él no respondió. Pero mi madre, que salía de la cocina con un estropajo para limpiar la mesa, levantó un dedo amenazador.

—¡Sophie! ¿A qué viene eso?

A pesar de su severo tono de voz habló con una sonrisa, de modo que la amenaza no surtió efecto.

—¡Dímelo, papá! ¿Mataste a alguien?

Él emitió una exhalación profunda, casi un suspiro, pero no levantó la vista. Los pómulos le temblaban.

—¡Papá, por favor! ¿Gritaban mucho? ¿Se caían al suelo como en la tele? ¡Dímelo!

Mi madre se quedó de pie, pero tampoco parecía esperar una respuesta. Yo crucé los brazos sobre el pecho y mi padre carraspeó, levantó la cabeza y alargó la mano hacia su taza. El blanco de sus ojos parecía muy puro.

Sophie daba brincos arrodillada en el sofá.

—¡Explicámelo, papá, por favor! ¿Mataste a alguien? ¿Con sangre y demás?

Mi padre levantó la taza, pero no bebió ni un sorbo. Tenía la mano demasiado grande para aquella delicada pieza; el dedo no le entraba en el asa. Pero de repente su expresión me pareció mucho más suave. Tenía las cejas

inclinadas sobre los ojos. Miró a mi madre y habló con una voz extrañamente apagada, como si estuviera solo.

—¿Qué debo decir ahora?

Mi madre levantó la barbilla repentinamente y rodeó la mesa con un repiqueteo de tacones.

—¡No saltes encima del sofá! —Me dio el estropajo, que goteaba un poco, y cogió a mi hermana del brazo para hacerla bajar del sofá—. Anda, ¡a tu cuarto! ¡Ordena el armario de los juguetes!

Nuestra cocina era blanca, un monstruo esmaltado lleno de compartimentos para hornear y calentar. Estaba decorada con tiradores cromados y una barra pulida alrededor, y tenía un cajón con ruedas para la leña y el carbón, que salía de entre las patas, que parecían zarpas de hierro fundido. Mi madre lo cocinaba todo a la brasa, incluso los huevos del desayuno. Manipulaba los ganchos, las tapaderas y los anillos de hierro con la precisión de un herrero, sin estropearse las uñas recién pintadas.

Cogí los cubos para carbón que mi madre me había dejado delante de la puerta de casa y bajé al sótano. En la escalera se notaba un olor dulce. La luz de neón tintineaba como siempre. Las puertas de los Gorny, todas cerradas, estaban construidas con listones del tejado, y entre las rendijas se veían las estanterías llenas de conservas, manzanas, peras, judías. Y también paté de hígado o carne en gelatina. Detrás de las azadas y las palas estaba la maleta del acordeón, llena de rasguños.

Silbé en voz baja. Nuestra puerta estaba al fondo del pasillo, enfrente del lavadero. Estaba revestida de linóleo y tenía un candado que no utilizábamos. La abrí empujándola con el hombro, pero no encendí la luz. En una esquina relucía el montón de carbón, con restos de mica amarilla incrustados. Ahora me quedaba por debajo de las rodillas, pero en invierno me había llegado a la altura de la frente. Se apreciaba en las manchas de hollín de la pared. Me volví.

—¡No te asustes!

Detrás del estante de las herramientas, medio oculto tras el polvoriento rayo de sol oblicuo que entraba por el ventanuco, vi al señor Gorny. Yo ya

estaba casi dentro del trastero, y retrocedí de nuevo con los cubos, que chocaron contra la puerta. Me miró de reojo, con las manos cruzadas tras el peto de su mono de trabajo. La sombra de su nariz torcida le oscurecía las mejillas y sus ojos azules eran casi transparentes.

—Solo estoy buscando el estuche de reparación. ¿Sabes dónde está?

Negué con la cabeza sin responder, y él salió de la penumbra y me dio un golpecito con el dorso de la mano.

—¡Eh! Cierra la boca, que te van a entrar moscas. ¿Qué utiliza tu padre para arreglar la bicicleta?

—¿Qué? Un estuche de reparación, creo.

—Pues eso. ¿Y dónde lo guarda?

—Ahí.

Señalé la esquina opuesta con la cabeza, y el señor Gorny se acercó al viejo armario de cocina y abrió el cajón. Llevaba unos gruesos zapatos de trabajo, pero iba sin camisa ni camiseta interior. Pude oler su sudor. Cuando se puso en jarras, uno de los tirantes le resbaló del hombro desnudo.

—Madre mía, ¡esto es una pocilga! Aquí es imposible encontrar nada.

Tenía los brazos cubiertos de vello, pero solo el dorso.

—A la izquierda, debajo del papel de lija.

Sacó del cajón una antigua tabaquera y la sacudió brevemente. Se oyó el golpeteo de las válvulas de recambio y los parches para reparar pinchazos. Abrió la tapa.

—¿No has venido por carbón? —Con el tubo de pegamento en la mano, señaló hacia el montón de carbón—. Pues adelante, chaval.

Me agaché y empujé el cubo por encima del suelo. Mi padre lo llenaba con un solo movimiento, pero yo tuve que repetirlo varias veces mientras trataba de contener los gemidos. El señor Gorny se quedó detrás de mí. Cuando tuve el primero lleno, lo aparté a un lado. Él me pasó el otro y esbozó una fina sonrisa.

—¿Sabes que no lo haces bien? Así pierdes potencia. Tienes que empujar hacia delante, no hacia abajo.

Los agujeros de la bandeja negra del cubo filtraban la luz del sol y la convertían en una delicada nebulosa. Aunque no había entendido nada, asentí y hundí la boca del cubo en el carbón.

—Santo cielo, ¡no! ¡Así no! Tienes que echar el tirador hacia atrás y luego empujar con las palmas de las manos. Es muy fácil. —Dejó el estuche de reparación, se inclinó sobre mí y me rodeó las manos, sujetándolas con firmeza. Las puntas de los tirantes que colgaban de su peto me hacían cosquillas en la nuca—. Así... ¡Échale garra! ¿Lo ves?

El cubo cuadrangular se llenó de un solo empujón, pero las rodillas me temblaban del esfuerzo que había hecho por no caerme encima del carbón. Respiraba el aliento del señor Gorny.

—¿Lo ves? ¡No era tan difícil!

Cuando nos incorporamos, él soltó el tirador y el repentino peso del cubo me hizo trastabillar. Por un momento noté la piel desnuda de su espalda en la oreja. Me miró de nuevo de arriba abajo y esbozó una sonrisa burlona.

—Pero aún eres joven. Con unas pantorrillas tan fuertes, seguro que también tendrás músculos fuertes. ¿Qué quieres ser de mayor?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. ¿Minero, quizá? Como mi padre.

—¡Venga ya! —Se enderezó los tirantes y luego cogió la lata y salió del trastero—. ¡No seas idiota!

Dejó abierta la puerta de listones. Decidí devolver un poco de carbón al montón para que los cubos no pesaran demasiado. Luego cerré el cajón del armario. Cuando salí al pasillo, vi al señor Gorny arrodillado en el lavadero, sumergiendo la cámara inflada de una rueda de bicicleta en un balde lleno de agua. Detrás de él había una bicicleta de mujer.

—¿Julian? —preguntó, sin apartar la vista de lo que estaba haciendo—. Quería decirte otra cosa: la entrada está llena de juguetes. Esos cochecitos tuyos. Haz el favor de apartarlos, ¿quieres? Si alguien resbala, puede hacerse mucho daño. Y nos saldrá caro. ¿Es que no os enseñan a ordenar en tu casa?

—Sí, claro. Pero los coches ya no son míos, se los regalé al pequeño Schulz.

Entonces sí que levantó la vista.

—¿Qué? ¿Le regalaste todos tus Matchbox? ¿Por qué?

—Pues... no lo sé. Porque sí.

—Pero tenías muchos, ¿no? ¡Una auténtica colección! ¿Y la regalaste así, sin más? ¿Es que os sobra el dinero?

Sonreí.

—No, qué va. Ya eran viejos. Tuve que disimular con laca de uñas los arañazos de los camiones de bomberos.

—Ajá —apretó los párpados—. ¿Te parece majo el pequeño Schulz?

—¿Quién? Ah... Sí, es majo. Nunca hace trampas cuando jugamos a las cartas. Y siempre está de buen humor.

El señor Gorny asintió.

—Un niño guapo, hay que reconocerlo. —Sumergió otro tramo de la cámara, enroscándola en el interior del balde. La goma chirriaba entre sus puños, y sus dedos bajo el agua parecían dos veces más gruesos—. Seguro que es marica —añadió en voz baja, y frunció el ceño al ver que unas burbujitas ascendían a la superficie.

Ya era casi de noche cuando llamé al timbre. El señor y la señora Kalde vendían en la escalera casi todo lo que se podía encontrar en un quiosco, incluso medias de señora. Encajado en el marco de la puerta de su casa tenían un tablón que servía de mostrador y detrás había neveras, congeladores y estanterías. Encima de la caja de fusibles tenían un jarrón lleno de bombones de bistorta. Solían darte uno cuando el cambio no pasaba de uno o dos peniques —que nunca era nuestro caso.

El pasillo estaba alicatado hasta la altura del hombro. Los dos clientes que había dentro —la señora Breuers, a quien estaban dando una bolsa llena de botellas y un billete de cinco marcos, y el señor Kwehr, que estaba sacando un cucurucho de helado de fresa del envoltorio— se volvieron. Sus expresiones relajadas revelaban que habían estado riendo. Los saludé con la cabeza y me acerqué al mostrador.

—Se dice «buenas noches», ¿no? —dijo la señora Breuers, repasándome con la mirada. Llevaba una bata de nailon azul oscuro sin mangas y tenía los brazos tan gruesos como mis muslos—. ¡Por el amor de Dios! ¿En qué agujero te has metido? Tu madre estará contenta...

Llevaba un siete en la pernera del pantalón y estaba sucio de hierba y cenizas. El señor Kwehr me miró con desdén y me olisqueó.

—¿Crees que ya se mete en agujeros?

La señora Breuers lo miró con los ojos desorbitados. Abrió la boca, dejando al descubierto su dentadura mellada, y dio un respingo teatral.

—¡Wilfried! Parece mentira... ¡Tienes suerte de no ser mi marido! Te enseñaría un par de cosas.

El señor Kwehr se lamió una gota de helado del pulgar y tiró el envoltorio dorado en la papelera del rincón.

—Bueno, ya me gustaría a mí. Si fuera tu marido, por fin tendría derecho a vértelo, ¿no?

La vecina soltó un chillido que resonó en el pasillo y se apresuró a taparse la boca con la mano con la que sujetaba el billete. Tenía ronchas rojas en el cuello.

La señora Kalde nunca sonreía. Llevaba unas gafas que le aumentaban el tamaño de los ojos de forma desproporcionada, y las comisuras de sus gruesos labios siempre apuntaban hacia abajo; más ante los niños que ante los adultos.

—¿Qué? —Me señaló con la barbilla—. ¿Qué quieres tú?

Las opacas lupas de sus gafas estaban llenas de huellas. Volví un poco la cabeza. Los vecinos, que susurraban a mis espaldas, no parecían tener prisa por irse y me miraban con curiosidad.

—Lo de siempre, por favor.

La señora Kalde frunció el ceño.

—¿Y eso qué es?

Carraspeé.

—Pues dos paquetes de Chester, uno de Gold-Dollar y dos botellas de cerveza.

—¿Lo ves? —El señor Kwehr mordisqueó el borde de chocolate del cucurucho—. Este se va de juerga. Sabe muy bien cómo camelar a las chicas.

—Un momento... —La señora Kalde se volvió hacia el estante—. ¿No acaba de comprarlo tu hermana? —Apartó un poco la cortina que daba acceso a la vivienda y se asomó al interior—. ¿Horst?

Su marido no respondió. Solo se oía música bajita, una orquesta de viento. Me acerqué más al mostrador.

—Eso no lo sé. Mi madre me ha dicho que lo comprara por la tarde, al volver a casa.

—¿Horst? Por el amor de Dios, ¿dónde se ha metido este hombre?

La señora Breuers asintió.

—A los hombres no se les puede perder de vista ni un momento... Tengo que irme.

—¡Horst! —ladró la señora Kalde—. ¿Estás en el sótano?

—Déjelo, da igual. Es posible que mi hermana haya venido antes. Lo preguntaré y ya volveré luego.

Ella negó con la cabeza.

—Estará en el sótano...

Luego puso sobre el tablón dos botellas de cerveza Ritter Export que no estaban frías. Ella sabía que mi padre solo tomaba DAB, pero no dije nada. Dejó los paquetes de tabaco al lado, sacó el lápiz del bolsillo del delantal y echó la cuenta.

—En total será... —levantó la mirada—. ¿Algún envase para devolver? —Negué con la cabeza, y ella se resiguió los dientes con la lengua—. Pues serán cuatro marcos con treinta, por favor.

El señor Kwehr dejó escapar un leve silbido y la señora Breuers hinchó los carrillos.

—¡Dios mío! Menos mal que en mi casa no fuma nadie. ¡Es un dineral!

La señora Kalde me miró expectante. Sabía lo que yo iba a decir, y ya podría haber cogido la libreta gris que utilizaba como libro de cuentas. Pero quería oírlo una y otra vez, especialmente cuando había otros clientes en el pasillo. Tragué saliva y me rasqué el cogote.

—Apúntelo en nuestra cuenta, por favor.

La mujer se inclinó hacia el dintel de la puerta, donde colgaba un solitario hilo de araña, y lo apartó.

—¿Qué has dicho? —Lanzó una rápida mirada a los demás y, por un segundo, me pareció que sus ojos giraban descontrolados detrás de las gafas—. Tienes que hablar más alto si quieres que te oiga. No estamos en la iglesia.

La señora Breuers dio un bocado al cucurucho que el señor Kwehr le ofrecía y se lamió los labios.

—Apúntelo en nuestra cuenta, por favor —repetí, y me metí el tabaco en los bolsillos. Me gustaba mucho tocar los paquetes de cigarrillos nuevos. Luego cogí las botellas del mostrador, me dirigí a la puerta y la abrí con el

culo. Los vecinos empezaron a cuchichear detrás de mí, pero la señora Kalde les respondió en voz alta. Anotó el importe de la compra en su libreta.

—¡Bah! Ella solo viene cuando tiene dinero. Le da vergüenza que la fien. Por eso manda a los críos.

Salí y la puerta se cerró. Al final de la calle, donde empezaba el páramo, los Maronde jugaban al fútbol con media briqueta y el Gordo estaba sentado en el césped con una de sus historietas del lejano oeste pegada a la nariz. Había doblado el cómic para poder leerlo de columna en columna. Mientras leía, movía los labios. En realidad se llamaba Olaf, y no le gustaba nada que lo llamáramos Gordo. De hecho, no estaba gordo, solo era más fuerte y corpulento que los demás, y ya tenía quince años. No tenía permiso de conducir, pero llevaba la Zündapp Bella de su hermano por toda la urbanización, y lo respetaban incluso los chicos de la banda Kleekamp. Dejé en el bordillo todo lo que había comprado y él dejó escapar un silbido.

—¡Caramba! ¿Te ha tocado la lotería?

—No. Pero no he podido comprar Stuyvesant ni un paquete de cinco. Se habría notado demasiado. Se suponía que era para mis padres, ¿sabes?

Él asintió, pero arrugó la frente. La briqueta rodó hacia el poste de una cerca y se reventó. Karl me dio una palmada en la espalda, se agachó para coger una botella y la abrió con los dientes. Se derramó un poco de espuma. Su hermano examinó los cigarrillos y olisqueó los paquetes. Puse las manos tras el cinturón y levanté un poco los hombros.

—¿Vuelvo a estar en el club?

El Gordo se levantó. El sol del atardecer aún le teñía de rojo las puntas del pelo, pero sus ojos solo eran dos agujeros oscuros. Los Maronde estaban detrás de mí. Su sonrisa solo se intuía bajo el crepúsculo, pero estaba ahí, como una fría mancha suspendida en el aire. De repente, me dio un empujón con la barriga, no lo bastante fuerte como para tumbarme al suelo. Solo retrocedí un paso, o eso es lo que pretendía hacer. Pero Franz estaba a cuatro patas detrás de mí, así que tropecé con él y me caí de espaldas. Karl soltó una obscena carcajada al verme en el suelo. Se metió los cigarrillos en el bolsillo y yo repetí la pregunta.

—Pues claro. —El Gordo, ya completamente a oscuras, abrió su cerveza—. Siempre serás bienvenido.

Al día siguiente, después del turno de mañana, salí al encuentro de mi padre, que iba de camino a casa. A él ya no le hacía tanta ilusión como antes. Al verme en la esquina de la calle Dorstener, hizo una mueca y meneó brevemente la cabeza. Uno de los mineros que pedaleaban a su lado sonrió. Otro me gritó algo que no entendí. Los camiones de Laakenot, que recogían los escombros de la mina, hacían demasiado ruido. Los llamábamos *matagatos*.

Mi padre frenó y puso su chaqueta de pana doblada en el portaequipajes de la bicicleta.

—¿Qué hay para comer?

Me senté y apoyé los pies en las palomillas.

—Patatas asadas con huevo frito y espinacas.

Le rodeé las caderas con los bazos y apoyé la mejilla en su espalda. A través de la camisa de franela noté el olor del jabón duro con el que se lavaba en el vestuario. Él puso los pies en los pedales.

—Oye, ¿por qué te sientas así? No eres ninguna niña. ¡Agárrate al sillín!

Me incorporé, me agarré al borde de cuero con las yemas de los dedos y él dobló la esquina y tomó el camino irregular que cruzaba los campos. Los guardabarros traqueteaban, y si estiraba una pierna podía rozar las espigas. El portaequipajes se me clavaba en el trasero.

Cuando llegamos a casa, cogí la bolsa del manillar y subí las escaleras silbando. Los peldaños recién encerados brillaban bajo el sol. Me quité las sandalias y llamé a mi madre a través de la puerta entornada, pero ella no respondió. Me quedé un momento de pie en el umbral. No olía a cebolla ni a panceta, y la mesa del comedor no estaba puesta. La radio no estaba encendida. En la cocina vi patatas, una porción de margarina y un bloque de espinacas en un charco de agua en la encimera, pero en el fogón solo había cenizas.

Ni un ruido. En el dormitorio tampoco había nadie. La colcha bien alisada cubría la cama hecha y se oía el tictac del despertador metálico. Una mosca solitaria se paseaba por los flecos de la lámpara. Volví a llamar a mi madre y golpeé la puerta del baño, pero solo estaba entornada. La pequeña ventana estaba abierta y en la bañera había varios pares de medias de nailon por lavar, que se movían un poco cuando el agua del grifo goteaba encima del

montón. Junto a la jabonera, un tubito de analgésicos un poco abollado. El tapón de rosca estaba en el suelo.

Oí los pesados pasos de mi padre subiendo despacio las escaleras. Salí al balcón y me asomé al jardín.

—¡Peque! ¿Dónde está mamá?

Sophie estaba sola, sentada en el borde del cajón de arena. Había un oso de peluche enterrado hasta el cuello. Levantó la cabeza. Aunque tenía el sol a la espalda, se protegió los ojos haciendo visera con la mano.

—No tengo hambre.

Mi padre, que había oído la pregunta, miró en la cocina.

—¿Por qué? ¿Dónde debería estar?

Me encogí de hombros.

—Quizá en el sótano, tendiendo la colada. ¿Quieres que vaya a buscarla?

Pero él no respondió. Tiró la chaqueta al sofá y la llamó con voz extrañamente suave. Las copas de la vitrina tintineaban ligeramente cuando pisaba las tablas. En el baño se agachó para recoger el tapón y enroscó el tubito de pastillas. Después abrió la puerta de nuestra habitación y puso las manos en jarras. Su espalda ancha me tapaba la visión.

—¿Qué pasa?

Su tono era de sorpresa. Me escabullí para pasar por su lado. En nuestra habitación flotaba una densa humareda. Mi madre estaba acurrucada en la cama de Sophie. Aunque llevaba la bata acolchada, estaba tapada hasta el pecho con la colcha estampada de pequeñas setas y enanitos. No nos miró. Estaba de cara a la pared, con los ojos cerrados y un cigarrillo apagado entre los dedos. La almohada de Sophie estaba manchada de lágrimas grises, teñidas de rímel.

Me incliné sobre ella.

—¿Qué te pasa? ¿Has vuelto a tener cólicos?

Ella se sorbió los mocos, pero no respondió. En el pie que asomaba por debajo de la manta aún tenía la pantufla, con un ribete blanco peludo. Llevaba el collar de perlas. Le quité la colilla de entre los dedos y la tiré en el cenicero que estaba encima de la alfombrilla, junto a la cama. Mi padre resopló bruscamente y se pasó las manos por el pelo.

—¿Quieres que avisemos a una ambulancia?

Ella tragó varias veces con dificultad, como si tuviera algo atascado en la garganta.

—No servirá para nada. —Habló en voz baja, susurrando, casi sin mover la boca—. Dejadme descansar.

Mi padre se encogió de hombros. Dio media vuelta y entró en la cocina. Mientras le quitaba las pantuflas a mi madre y las dejaba al pie de la cama, lo oí manipulando los anillos de hierro y escarbando en la coquera; hacía mucho más ruido que ella. Me incliné hacia delante y le aparté un mechón de la frente. Estaba áspero por culpa de la laca.

—¿Quieres que te traiga una bolsa de agua caliente?

Ella asintió de forma casi imperceptible. Los párpados le temblaban. Cuando me volví para ir al baño, mi padre volvía a estar en la puerta. Arrugas perpendiculares le surcaban el puente de la nariz. Tenía los labios tan pálidos que apenas se distinguían del resto de la cara, y sujetaba el paquetito de espinacas a medio descongelar en la mano, como si fuera un ladrillo.

—Ahora, escúchame. —Se acercó a la pequeña cama—. Si te encuentras mal, ve al médico. Y si tienes cólicos hepáticos, opérate de una vez. Para eso están los hospitales. Estoy harto de tus eternas idas y venidas. Cuando salgo de ese agujero donde me parto el espinazo día tras día por vosotros, ¡quiero tener la comida hecha! ¿Está claro? ¡O sea que pon la comida en la mesa de una vez!

Nunca lo había oído levantar tanto la voz. Cuando, al final, gritó: «¿Me has entendido?», le vi la dentadura inferior y las manchas marrones entre los dientes. De un puntapié mandó al rincón el cenicero que estaba junto a la cama. A pesar de que era de cristal, no se rompió. Las cinco colillas que contenía se desparramaron por la alfombra.

—Y ahora, ¡haz el favor de levantarte! Si puedes fumarte un cigarro tras otro, ¡también puedes cocinar para tu familia!

Se volvió y entró de nuevo en la cocina, haciendo crujir las tablas del suelo con sus furiosas pisadas. Mi madre se tapó los ojos con el brazo. Pero el sedoso tejido de su bata no absorbía las lágrimas, que le resbalaron por la manga. Fui al rincón, recogí las colillas y volví a meterlas en el cenicero.

Por la mañana, una esquina de mi póster de pájaros se había despegado de la pared. La chincheta estaba encima de la cama. Descorrí la cortina y abrí la ventana. En el cielo había unas cuantas nubes blancas, suaves como el algodón. Se oía el silbido de un tren de mercancías detrás de la calle Fernewald, pero no se veía nada.

Sophie ya se había levantado. Estaba sentada en la mesa del balcón con un plato lleno de cereales de trigo con miel por el que arrastraba uno de mis animales de circo, un tigre al que se le habían borrado las rayas tiempo atrás.

—¡Julian! —Me miró con ojos radiantes—. ¿Quieres que te prepare el desayuno?

Negué con la cabeza, cogí los cereales del armario y vertí algunos en mi plato, que tenía unas locomotoras dibujadas. El sol aún no estaba muy alto, el rocío brillaba en el césped detrás de los árboles y del tendedero colgaba una hilera de medias de nailon que el viento mecía suavemente.

—¿Dónde está mamá? ¿En el médico?

—No, creo que no. ¿Sabes qué? Tengo un secreto muy grande. Pero no puedo contártelo.

Me senté en la mesa y hundí la cuchara en el azucarero.

—Lógico. Si no, no sería un secreto. ¿Y tus gafas?

—Ya veo bien.

—Hasta que te quedes ciega o bizca. Entonces no te querrá ningún hombre. Dime, ¿dónde está mamá? ¿Ha salido a comprar?

—Te lo diré —se inclinó hacia delante, se rodeó la boca con las manos para hacer bocina y susurró—: ¡Ha ido a recoger a nuestro bebé!

—¿Cómo?!

Mi hermana asintió solemnemente.

—Lo que oyes. Vamos a tener un bebé.

—¡Menuda chorrada! ¿Cómo es posible? Para eso tendría que haber estado embarazada, ¿no?

Sophie gruñó. El tigre de goma flotaba en la leche, y ella lo esquivó para pescar con la cuchara los últimos copos de cereales.

—Solo lo tomaremos prestado. Es de la señora Gimbel, que tiene que ir a un entierro.

—Ah, o sea que mamá solo tiene que cuidarlo. Qué secreto más alucinante. ¡Me has dejado pasmado!

Sophie meneó la cabeza. La horquilla que le sujetaba los rizos estaba decorada con una pequeña mariquita.

—¡No! Este no era el secreto. Es mucho mucho más bonito.

—¿Y por qué hablas en voz baja? —Eché un vistazo a la habitación de Marusha a través de la ventana abierta—. Estamos solos.

La cama estaba revuelta y, en el suelo, había un catálogo de moda de Klingel. Había perchas colgando del armario, del lavamanos e incluso de la lámpara, todas vacías.

Mi hermana se rascó la rodilla por debajo de la mesa.

—Julian, ¿es verdad que soy hija del lechero?

—¿Que eres qué? ¿Por qué? ¿De dónde has sacado esa tontería?

—Me lo dijo Wolfgang. Que los pelirrojos somos del lechero.

—¡Venga ya! En primer lugar, tú no eres pelirroja. Como mucho, tienes el pelo rubio rojizo. Y además eres de papá, igual que yo. Le voy a dar una buena zurra al idiota de Gorny.

—Déjalo, no eres lo bastante fuerte. Me da igual si soy del lechero, vivo con vosotros de todas formas. Oye, ¿me prometes que no te chivarás? Entonces puedo contarte el secreto. ¡Es muy chulo!

—Me alegro por ti.

—Y cuando mamá te lo diga, tienes que hacer como si no lo supieras, ¿vale? Como en Navidad. O sea, como cuando nos ponemos muy contentos aunque ya lo sabemos todo. Porque mamá me ha dicho que no te diga nada, pase lo que pase. Quiere decírtelo ella. Así que, si te chivas, nunca más volverás a tener mi...

—Que sí, suéltalo ya.

—¿Me lo juras? ¿Por la Virgen María y el niño Jesús?

—Lo que tú digas.

Me humedecí dos dedos y los levanté. Ella dio palmas y me sonrió. Llevaba un pantalón corto coloreado y una camiseta interior. Cuando levantó los hombros, me fijé en que eran más estrechos que su cabeza llena de rizos.

—Figúrate, Juli: ¡nos vamos de vacaciones! ¡Nos vamos de viaje! A Schleswig, a ver a la abuela.

Dejé caer la cuchara llena de cereales que ya casi tenía en la boca.

—¡No me digas! ¿Cuándo?

Ella balanceó los pies con tanto ímpetu que me pateó las rodillas.

—¡Pasado mañana! ¡Pasado mañana!

—No puede ser. ¿De dónde han sacado el dinero?

—Ni idea... Iremos a la granja con las vacas y me darán un poni y tortitas de patata con compota de manzana. Y también habrá bicis, dice mamá. El mar está justo detrás de los campos.

—¡Yo podría volver a pescar! Seguro que el abuelo me prestará una caña. Y luego ahumaremos el pescado en su horno y nos lo traeremos a casa. La última vez pesqué dos tencas y una anguila.

—Ya lo sé. Y te caíste del caballo.

—No puedes acordarte, eras demasiado pequeña. Eso te lo ha contado papá. Y además no me caí, resbalé y me quedé colgando de un lado. ¡Intenta montar sin silla! No es como en el tiovivo, allí no hay barras para sujetarse.

—¿Y qué? Me da igual. ¿Crees que me dejarán dormir en el pajar?

—¿Por qué no? La abuela no tiene manías. Igual hasta encontramos huevos. A veces las gallinas se escapan y se esconden ahí.

—Anda, ¡qué guay! —Levantó las dos manos—. ¡Qué ganas tengo! Estoy contentísima. ¿Me cantas Mairret? ¡Por favor, Juli! Solo un momentito.

—Más tarde, deja que termine de desayunar. ¿Cómo vamos a ir? ¿En tren? ¿O nos llevará el abuelo Jupp?

—¡Ni hablar! Yo no pienso ir con el abuelo Jupp. Su coche apesta que da asco, y siempre me...

Se sobresaltó. No habíamos oído el repiqueteo de los tacones de mi madre en la escalera ni la llave en la cerradura, pero de repente la radio del comedor empezó a sonar. Sophie pescó rápidamente el tigre que flotaba en la leche y lo sacudió para secarlo. Mientras tanto, me miraba con los ojos como platos.

—¡Me lo has prometido! —siseó—. ¡Más te vale no chivarte!

Entramos en casa. Había una cesta en el sofá y un montoncito de pañales en la mesa. Estaban recién planchados. Mi madre estaba de pie ante la ventana con el minúsculo bebé de la señora Gimbel en brazos, envuelto en una mantita de color amarillo claro. Miraba a la calle y se balanceaba al ritmo de la

canción que sonaba en la radio, tarareando en voz baja. Sophie se dejó caer en un sillón.

—¿Qué le pasa? ¿Está malita?

Mi madre se volvió con la frente arrugada, pero no dijo nada.

—Es que no llora. —Sophie dobló las piernas bajo el trasero—. ¿Nos la tenemos que quedar mucho tiempo?

—Está durmiendo. —Entonces mi madre me miró, se fijó en la mugre de mi pantalón y una chispa de ira le refulgió en los ojos—. ¿Has desayunado?

—Sí, cereales. Las manchas no son culpa mía. El Gordo y los Maronde... Bueno, éramos tres contra uno y fui a parar al suelo y...

—Vale, no hables tan alto. —Contempló al bebé y lo arropó—. Para eso está la lavadora. —Señaló el taburete de la esquina, donde había una planta. Sus cigarrillos estaban junto al macetero.

—¿Me enciendes uno? ¿Sabrás hacerlo?

—¿Quién? ¿Yo? Claro...

Sophie se levantó de un salto.

—Espera, ¡yo te doy fuego!

Mi madre le clavó la mirada.

—¡No grites, caray! —susurró—. Ahora que por fin se ha dormido.

Sophie adelantó el labio inferior y encendió el mechero; la llama subió rápidamente. Expulsé el humo sin toser. Cuando le tendí el cigarrillo, mi madre sonrió vagamente levantando una de las comisuras.

—Encender los cigarrillos desde la esquina de la boca te hace tener niños deformes. Pero en fin...

Acarició el filtro con el pulgar antes de dar una calada. Mi hermana abrió la cesta e inspeccionó las botellitas y los tarros.

—Mamá —olisqueó un chupete de color miel y lo rozó cautelosamente con la punta de la lengua—, querías decirle algo a Julian, ¿verdad?

—¿Ah, sí? ¿Quería decirle algo? —Mi madre echó la cabeza atrás y envió el humo hacia la lámpara. Luego me guiñó el ojo—. ¿Qué es lo que quería decirle...? Creo que lo he olvidado. ¿Me ayudas, Juli? ¿Sabes qué iba a decirte?

Sonreí, y ella dio otra calada. Entonces el bebé se revolvió dentro la manta. Sus diminutas manos asomaron por encima del dobladillo, tanteando el

vacío, e inmediatamente después rompió a llorar, aunque no muy fuerte. En cierto modo sonaba como un chillido lejano, como las voces procedentes de los teléfonos que fabricábamos con cordones y envases de leche.

—Ya empezamos. ¡Aguántame esto!

Mi madre me dio el cigarrillo, dejó al bebé encima de la mesa y abrió la manta. Sophie hizo una mueca.

—¿Se ha cagado?

—¡Eh! —Los botones del pelele eran de plástico claro—. ¿Qué es ese lenguaje?

—¿Qué pasa? La señora Gimbel también lo dice. «Corinna se ha cagado.»

—¡Pues aquí no se habla así! —Dobló el pañal en forma de paquetito—. Vigila que no se caiga. —Luego fue al baño.

Sophie se acercó a la mesa y se inclinó encima del bebé. Tenía la cabeza roja, la boca abierta de par en par y los ojos firmemente cerrados. Mi hermana arrugó la nariz y, con la lengua detrás del labio inferior, imitó el llanto del bebé exagerando sus lamentos, con las manos en las sienes como si fueran orejas de conejo. Le di un codazo.

Mi madre regresó con una palangana llena de agua y una manopla para el baño.

—Escúchame, Juli —rodeó los tobillos del bebé con tres dedos, le levantó las piernas y le lavó el trasero—, por lo visto, de momento no van a operarme. Pero el médico dice que necesito un descanso. Supongo que serán los nervios. Podríamos ir a ver a la abuela y quedarnos dos semanas allí. El problema es que papá no tiene vacaciones. —Me senté en el sofá, y ella me miró con el ceño fruncido—. Oye, ¿qué haces todavía con el cigarrillo en la mano?

Junto al reposabrazos estaba el cenicero de pie. Dejé el cigarrillo en la placa giratoria. A continuación, acaricié la cabeza del bebé, su pelo negro y suave.

—Pero podría venir los fines de semana, ¿no?

El bebé se había vuelto a dormir. Ella le secó suavemente la piel y sacó de la cesta una gran polvera. Leyó la etiqueta.

—¡Ostras, Penaten! Es la marca que usabais vosotros.

Sophie daba brincos en el sillón.

—¡Quiero montar a caballo, quiero montar a caballo! ¿Iremos también a la playa?

Mi madre se encogió de hombros.

—Quién sabe, con este tiempo... Pero conozco a vuestra abuela, y sé que no querrá salir del gallinero. Y cuando yo esté, querrá tenerme cerca. Ya me veo todo el día corriendo por las habitaciones con la cafetera y la bandeja de las tartas. —Mi madre miraba distraída por la ventana e intentaba abrir la lata haciendo girar la tapa de goma, que no tenía rosca. De repente, la tapa saltó y Sophie se tapó la boca con las manos.

El bebé quedó sepultado bajo una densa polvareda blanca. Apenas se le veía la cara. Pero solo por un breve instante. Al cabo de un momento, sus diminutas fosas nasales se despejaron.

—¡Oh, no! ¡Dios mío de mi vida! —Nuestra madre nos miró—. No me lo creo. ¡No puede ser verdad! —dijo con un hilo de voz—. ¿Qué hago ahora?

El bebé no hacía ningún ruido. Pataleó ligeramente y movió los labios, y el polvo se mezcló con la saliva, se derramó desde la comisura de la boca y le dejó una mancha rosada en la cara blanca. El pelo apenas se le veía y los ojos parecían dos cucharas llenas de harina a través de la cual asomaban algunas pestañas. Sophie se acercó a la mesa.

—¿Ahora tendrá la enfermedad del pulmón negro?

Yo también me levanté. Mi madre apartó la lata y se llevó la mano al cuello. Dos dedos le quedaron detrás del collar.

—¡Julian! ¡Di algo! Se me está asfixiando. ¿Qué tengo que hacer? ¡Se me asfixia!

Hablaba con voz ronca y el labio inferior le temblaba. Di un paso atrás. Cuando estaba indefensa, mi madre parecía mucho más joven.

—¡Pues sopla! —dijo Sophie. Mi madre dejó de mordisquearse el pulgar, cerró brevemente los párpados y cogió aire. El bebé empezó a toser con voz ronca. Ella se apoyó en mi hombro, se inclinó encima de la mesa y sopló suavemente. Apenas se oía su respiración. Despacio, como si estuviera cubierta por una capa de papel de pergamino que se iba desprendiendo hoja por hoja, apareció la cara de Corinna. Cuando le metí el meñique en la boca

para quitarle los restos de polvo, ella abrió sus ojos castaños, nos sonrió y barboteó contenta.

—¡Cielo santo! —suspiró mi madre—. Antes las latas venían con tapón de rosca... Sophie, trae la aspiradora, por favor. —Su voz volvía a sonar como de costumbre. Humedeció con agua un trapo limpio y empezó a lavar al bebé. Mientras tanto iba soplando hacia arriba, como si quisiera apartarse un mechón imaginario de la frente, aunque llevaba el pelo recogido en un moño—. Por un momento no sabía... ¡Y pensar que he criado a dos mocosos! Señor, ¡qué nervios los míos! —Me lanzó una rápida ojeada y se mordió el labio inferior—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, por el viaje. Ese trayecto en tren, interminable y lleno de baches... Aun así, me vendría bien descansar una temporada. Y tú le echarás una mano a tu padre, ¿no? La señora Gorny cocinará para vosotros, ya lo hemos hablado. Pero tú tendrás que prepararle el té y comprarle las cervezas y pasar el estropajo por el baño de vez en cuando. ¿Lo harás?

Se oyó un estruendo en la cocina, la escoba y la fregona cayeron del armario. Yo todavía tenía las manos blancas de polvo. Me las limpié en la camisa.

—¿A quién se lo dices? ¿A mí?

—Sí, no estoy hablando con la pared. Tu hermana ya te lo ha dicho, ¿no? He echado las cuentas. No podemos vivir en casa de mis padres, es muy pequeña y está llena. Y una pensión es demasiado cara para los tres. La niña puede dormir conmigo, en mi habitación, pero tú ya tendrías que pagar la mitad del precio, y no podríamos permitirnoslo con todas las cuotas de la tele, el sofá y qué sé yo. ¿Me entiendes? Lo entiendes, ¿verdad?

Asentí y me encogí de hombros. Ella escurrió el trapo.

—Pues claro. Ya eres mayor.

A continuación, desplegó un pañal limpio y le dirigió al bebé una sonrisa que dejó al descubierto toda su dentadura.

Me volví. El humo del cigarrillo que subía del cenicero me hacía arder los ojos. Era verdad, los Chester olían a paja. Estiré el brazo, pulsé el botón y la colilla desapareció en el interior del recipiente de hojalata. La placa giratoria sonaba como la vieja peonza de Sophie, pero sin música.

La puerta de la barraca estaba abierta, y el viejo Pomrehn estaba sentado en el banco. Se había peinado el pelo hacia atrás con agua y llevaba una camisa blanca y un pantalón de traje, pero iba descalzo. Con un pie le acariciaba el codo al perro, tumbado en el suelo delante de él.

—Ya viene el viejo guerrero...

Como si lo hubiera entendido, Zorro volvió la cabeza y se levantó de un salto. Yo me quedé donde estaba mientras él jadeaba y brincaba como si no supiera adónde ir. No apoyaba bien la pata trasera izquierda. Pomrehn sonrió.

—Está contento. Sabe que eres diferente de los demás. ¿A que sí, Zorro?

El perro se me abalanzó encima y me apoyó las patas en la barriga. Le acaricié el cuello, tirando de su pellejo como si fuera un jersey. Olía a comida de perro. Intentó lamerme la cara, pero levanté el mentón para esquivarlo y lo aparté. Luego me agaché para recoger un palo chamuscado, lo arrojé entre la maleza y Zorro salió ladrando tras él.

—Es todo un perro de caza... —El viejo meneó la cabeza—. Es el cazador cazado. Por sus demonios. Oye, ¿por casualidad no tendréis nada para beber escondido en la barraca? ¿Una petaca o algo por el estilo?

Me encogí de hombros.

—Que yo sepa, no. Llevo días sin venir. ¿Qué es un demonio?

Él se rascó el dorso de la mano sin levantar la vista.

—Nada bueno, creo. Algo de lo que no puedes librarte. Siempre lo llevas encima. —Escupió en las cenizas. Zorro regresó con una lata oxidada en la boca que dejó delante de la barraca. Las manchas marrones de su pelaje grisáceo brillaban bajo el sol. Se sentó entre nosotros y nos miró alternativamente. La saliva goteaba de su lengua.

Pomrehn carraspeó.

—Este perro es todo un personaje, ¿no? Mira cómo nos escucha. Ni siquiera sabe que es un perro, cree que es humano. No fumador. Pero fue maltratado, y no puede olvidarlo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Por su forma rara de andar?

Con los codos apoyados en las rodillas, el viejo entrelazó las manos y fijó la mirada al frente. Su camisa blanca debía de llevar tiempo colgada en el armario, pues los pliegues de la espalda amarilleaban.

—Qué va, eso debe de ser un defecto de nacimiento, algún problema en las caderas. Mira. —Alargó el brazo y cerró el puño. Zorro se sobresaltó y se acurrucó en el césped. Gimoteó débilmente con el hocico entre las patas y levantó la vista hacia el viejo, que había fruncido el ceño y parecía más severo, más sombrío. De repente, el hombre soltó el puño hacia delante, solo por un momento —ni siquiera sus sombras se rozaron—, pero el perro se levantó de un salto y se apartó a un lado. Se quedó ahí con las patas abiertas, la cabeza gacha y el pelo de la nuca erizado; arrugó el hocico y enseñó los dientes. Había escondido el rabo entre las patas y gruñía de forma extraña, como si tuviera algo hirviendo en la garganta, cada vez más fuerte. La saliva se le escapaba de la boca. Pero Pomrehn no parecía asustado. Se volvió hacia mí.

—¿Lo ves? Más de un puñetazo le habrá caído. —Entonces abrió el puño, le tendió la mano plana y asintió—. ¡Buen chico! No pasa nada. —Su voz era ahora más grave, y Zorro se relajó y se tumbó de nuevo en el césped. Con el rabo esparcía las cenizas de la hoguera. Finalmente se acercó al banco reptando, olisqueó los pies del viejo y se tumbó de espaldas para que le acariciara el pecho.

Saqué del bolsillo un paquete de Chester mediado y un poco aplastado.

—¿Cómo lo sabía?

Pomrehn, inclinado encima del perro, levantó la vista hacia mí y me sonrió amargamente. Tenía los ojos estrechos y los contornos surcados de arrugas que se diseminaban como rayos de luz. En la parte superior de la nariz tenía un bulto, como si se la hubiera roto alguna vez. Cerró la mano en torno a los cigarrillos.

—Bueno, al fin y al cabo, soy un viejo indio. Como tú.

Todos los hijos de los Gorny estaban alrededor del coche. Incluso Marusha se inclinó ante la ventanilla lateral antes de entrar en la casa. Su falda era tan corta que se le veía la ropa interior al subir las escaleras. De repente, se detuvo.

—¡Eh! —Con una mano en la barandilla, flexionó el codo y se agachó para mirarme por debajo de su axila—. ¿Qué estás mirando?

Yo llevaba la bolsa de viaje y la maleta roja de mi hermana.

—¿A qué te refieres? Nada.

—¡Y un cuerno! ¡Estabas mirándome debajo de la falda!

—Qué va.

—Mira, ¡otra vez! Se lo voy a decir a tu madre, ¡gamberro! Y te dará una buena.

Hice una mueca levantando el labio superior para enseñarle los colmillos y ella se apoyó en la barandilla y me sacó la lengua. Luego siguió subiendo. Cuando se apartó para dejar pasar a mi padre, rozó el papel de la pared con el trasero. Él también llevaba una maleta, la grande y marrón; era de cartón granulado a imitación del cuero y solo tenía algunos rasguños en las esquinas. Mi madre, que iba tras él, estaba revisando el contenido de su bolso y no levantó la vista al cruzarse con Marusha.

—Buen viaje, señora Collien.

—Lo será, gracias. Cuida de mis hombres, ¿vale? Y si se pasan de la raya, dales una colleja.

La joven esbozó una amplia sonrisa y me guiñó el ojo. Yo me volví.

—¿Dónde van las maletas? ¿Detrás?

Mi padre asintió. Cuando salimos a la calle había aún más niños. También la señora Streep y el señor Karwendel, los vecinos de enfrente, observaban el coche del abuelo Jupp de brazos cruzados desde detrás de sus cercas. Era un Ford Mercury familiar americano, negro y con un radiador que parecía la dentadura de un depredador. Incluso los alerones traseros recordaban un tiburón con sus cantos cromados, y cuando se encendían los faros posteriores y las luces de freno —tan grandes que ocupaban todo el ancho del vehículo—, el asfalto cambiaba de color. El pequeño Schulz probó a rascar el blanco de los neumáticos con la punta del zapato. Hacía poco que él y sus padres se habían mudado, así que nunca había visto el coche.

—¿Ha muerto alguien en vuestra casa?

Abrí la puerta del maletero y coloqué el equipaje junto al féretro.

—No. Mi madre y Sophie se van de vacaciones.

—Ah, vale. —Señaló la tapa llena de claveles blancos y asalmonados—. ¿Hay un cadáver ahí dentro?

Miré a mi padre, pero él no dijo nada. Dejó la maleta con el resto del equipaje y yo negué con la cabeza.

—No, no lo creo.

El pequeño Schulz suspiró.

—Qué pena. ¿Quieres que juguemos esta tarde con los coches de metal? He construido una pista de carreras.

—Igual sí, ya veremos.

Subí al coche. Solo tenía asientos en la parte delantera, un banco continuo de cuero beige. Mi padre se sentó al volante e hizo girar la llave en el contacto. Me arrimé a él. Mi madre, que se había quitado la americana, presionó el botón del encendedor y llamó a Sophie a través de la puerta abierta.

—¿Te falta mucho?!

Sophie saltó por encima de la cerca baja de los Vogel, vino brincando y se dejó caer en el asiento con tanto ímpetu que se le cayó el caramelo que llevaba en la boca. Sus amigas Anna y Rita la saludaron con la mano, las dos tenían grandes huecos entre los dientes, y mi hermana les devolvió el saludo mientras arrancábamos. El motor apenas hacía ruido.

—¡Qué tontas! —susurró Sophie—. Dicen que se nos pegará la cadaverina y nos saldrá urticaria y esas cosas. ¿Es verdad?

Mi madre sonrió.

—Son unas envidiosas... ¡Cuidado, Walter! ¡El gato!

Mi padre puso rumbo a la calle Sterkrader. Eché un vistazo al velocímetro, que no era redondo ni ovalado como en otros coches. Era un cristal negro rectangular en el que aparecía una flecha horizontal y que, a medida que aumentaba la velocidad —que se medía en millas—, cambiaba de color: blanco, amarillo, naranja, rojo y, más adelante, mientras íbamos por la autopista, incluso llegó a cambiar a violeta. En los coches que adelantábamos, las caras de la gente se volvían extrañamente rígidas. Aquí y allá aparecían arrugas verticales entre las cejas, y los labios, que habían estado hablando o riendo, se cerraban. Cuando Sophie daba palmas, saludaba contenta o hacía muecas, la gente intercambiaba miradas de desconcierto y también de perplejidad. Solo le devolvían el saludo en contadas ocasiones, con un breve golpe de cabeza o una sonrisa fina como el aire.

Una vez delante de la estación, mi padre se detuvo detrás de los taxis y algunos transeúntes volvieron la cabeza cuando descargó el equipaje de la parte trasera, donde estaba el ataúd. Consultó el reloj, un viejo Kienzle con el cristal resquebrajado.

—Os sobra tiempo, id a comer una salchicha. —Le tendió a mi madre la americana, sujetándola por la cinta con dos dedos—. Vigila que Sophie no se aleje demasiado al nadar, ¿entendido? Y no dejes que se acerque a las yeguas del pasto; que acaban de parir a sus potros.

Mi madre asintió. De la chaqueta colgaba una pequeña ardilla dorada con los ojos color rubí. Se dobló el cuello de la blusa encima de la solapa y se quitó un pelo de la manga. Mi padre me dio un empujoncito.

—Despídete, anda. Y luego sube al coche.

Señalé el equipaje.

—¿No subimos las maletas al tren?

Mi madre, que llevaba las uñas recién pintadas, se puso unos guantes blancos de rejilla.

—No hace falta, no pesan. Cuidaos mucho. En la nevera aún queda ensalada de pasta. Y pasad la aspiradora de vez en cuando.

Quería darle la mano, pero se me hacía muy raro. Aunque tampoco nos habíamos abrazado nunca. Ella se alisó las arrugas del regazo. Mientras tanto, Sophie figoneaba de puntillas en el bombo de cristal de un vendedor de lotería. Mi padre subió al coche y cerró la puerta del conductor. Yo seguía de pie en la acera.

Mi madre levantó la vista.

—Bueno, ¿qué te pasa? ¿Por qué no subes al coche?

Me encogí de hombros sin saber qué decir. Cuando hundí los puños en los bolsillos de mi pantalón corto, las puntas asomaron por debajo del dobladillo. Tenía viejos rasguños en las rodillas.

—No andes por casa con los zapatos, ¿me oyes? Comed fruta. Y que no se os olvide regar las plantas. Date prisa, Juli, que papá está esperando. — Señaló con el mentón el espacio de carga, donde algunas flores ya empezaban a marchitarse, y dijo en voz baja, casi en un susurro—: ¡Hay que llevar el cadáver a la morgue!

Cerré la puerta del maletero y subí al coche. Mi madre y Sophie saludaron con la mano, y mi padre accionó el cambio de marchas automático. Dio marcha atrás y rodeó una ambulancia. Cuando íbamos a adelantarlas, mi madre ya estaba de espaldas hablando con el lotero. Sophie, en cambio, se acercó al coche corriendo con el osito de peluche bajo el brazo y golpeó la ventanilla.

—¡Juli! —Mi padre frenó. Ella arrimó la boca a la ranura del cristal—. Te traeré conchas, ¿vale?

Ambos apoyamos las manos en el cristal casi al mismo tiempo. Entonces el coche arrancó de nuevo y yo me volví. Quería mirar por el parabrisas trasero, más allá del espacio de carga, al otro lado del ataúd, pero los cristales eran mates y solo transparentaban en el punto donde se cruzaban dos ramas de palmera. Apenas pude ver nada más que el rojo del ladrillo de la estación o el negro de los taxis. Y mi padre ya estaba doblando la esquina.

Condujimos en silencio. Entre nosotros estaba la bata que mi padre siempre llevaba cuando tenía que ayudar al abuelo Jupp. Además de unos guantes de goma rosas. Hacía calor, el asfalto centelleaba. Dos niños en traje de baño de lana hacían equilibrios en la barandilla del puente del canal y, cuando llegaban a la mitad, saltaban al vacío con los brazos en cruz. Un perro ladraba en un barco de carbón.

El abuelo Jupp vivía en Sterkrade, enfrente del hospital Johanniter, y ya nos esperaba ante la puerta de su pequeña tienda. En la ventana, donde colgaba una cortina plisada, no había nada más que un árbol del caucho y una urna solitaria en un zócalo de mármol. Encima de la puerta, unas letras doradas rezaban: «Sepelios Hess». Llevaba su inseparable gorra de marinero y un puro casi consumido colgando de la comisura de los labios. Consultó el reloj.

—¿Qué? ¿Ya habéis llevado a las chicas a la estación?

Mi padre alargó el brazo hacia el salpicadero y accionó el freno de mano. Luego se apartó a un lado y su suegro se metió a presión tras el volante. No era muy corpulento, pero tenía una barriga tan inmensa que tuvo que echar el asiento muy atrás, y solo podía sujetar el volante de madera pulida por la

parte inferior y con las puntas de los dedos. Aplastó la colilla en el cenicero y me tendió la mano, en la que llevaba un anillo de sello azul.

—Hola, hijo. ¿Todo en orden? No te vendría mal un corte de pelo de vez en cuando. ¿O tú también vas a pasarte a la moda de las cabezas de champiñón?

Le sonreí. Él hizo girar la llave en el contacto y arrancó muy despacio. Solo llegaba a los pedales con las puntas de los pies, y no miraba por el retrovisor al cambiar de carril ni al girar. Pero nadie le pitaba. En Hagelkreuz se detuvo en un semáforo.

—¿Qué hacemos? —Su voz siempre sonaba como si tuviera la nariz congestionada—. ¿Llevamos primero al chaval a casa?

Mi padre, con las manos en el regazo, debía de haberse dormido, porque levantó la cabeza con un respingo.

—¿Cómo? Huy, no. Nos llevará mucho tiempo. Hoy me toca el turno de noche.

—¿Un sábado? ¡Caramba! ¿Andáis un poco mejor de dinero?

Uno de los tablones de anuncios del auditorio estaba destrozado y en el otro había un póster que anunciaba *Ursus, el Vengador*. El abuelo Jupp me miró de reojo.

—¿Nunca has visto un cadáver?

Negué con la cabeza y él giró hacia el cementerio, detrás del cine. La grava crujía bajo los neumáticos y repiqueteaba en los bajos del coche.

—Bueno, siempre hay una primera vez. Solo son personas.

Recorrimos una avenida bordeada de arcos y nos detuvimos frente a la capilla. Tenía un pórtico lleno de ángeles y en el estuco había unas letras grabadas que no supe leer. El abuelo Jupp me había seguido la mirada.

—Es griego. Alfa y omega. ¿Sabes qué significa?

Le dije que no, y él sacó otro puro de la tabaquera de cuero y agujereó la punta con la cerilla.

—Yo tampoco. Serán marcas de coches.

Bajamos del coche y entramos en el edificio de ladrillo contiguo a la capilla. No tenía ventanas, solo tragaluces de bloques de vidrio. Dejamos atrás varias puertas de doble batiente, numeradas y cerradas. Al final del pasillo había un nicho con una cruz de la que colgaba un Cristo de bronce. Mi

padre levantó el brazo, cogió la llave escondida detrás del INRI y abrió la última puerta. A continuación, pulsó un interruptor.

Notamos una fría corriente de aire estancado y la luz de neón se encendió con un parpadeo. Era una sala vacía, no más grande que nuestro cuarto de baño y embaldosada de forma similar. En la esquina, junto a una maceta de siemprevivas, había dos caballetes de madera. Mi padre los colocó en el centro y comprobó que las patas coincidieran con las muescas que ya había en el suelo. El abuelo Jupp cubrió los caballetes con una manta de terciopelo negro con el borde de brocado y entre los tres la estiramos y la enderezamos hasta que las cuatro esquinas tocaron el suelo.

Después, los dos hombres salieron a buscar el ataúd. Los claveles de la tapa se balaceaban mientras lo llevaban despacio a través del pasillo. Mi padre, que andaba de espaldas, se volvió y me miró por encima del hombro. En su bata gris había una inscripción descolorida en la que se leía: «Prosper».

—Oye, ¿tienes tú la llave de casa?

Asentí. Doblaron la esquina y colocaron el féretro encima de los caballetes. El abuelo Jupp resoplaba con el puro entre los labios, y la ceniza salía volando por la punta incandescente. Me guiñó el ojo y golpeó la madera barnizada con el nudillo del índice.

—¿Hola? ¿Podemos entrar?

Desatornilló las palomillas y miró alrededor, como si buscara una superficie donde dejarlas. Finalmente me las dio a mí. Mi padre, que estaba haciendo lo mismo en el otro lado del féretro, lo imitó. Levantaron la tapa con cuidado y la dejaron apoyada en la pared. Algunos claveles cayeron al suelo.

El difunto, un hombre mayor y de aspecto delicado que yacía bajo un manto ornamental, se había deslizado ligeramente hacia un lado. El abuelo Jupp se inclinó sobre él, lo cogió por los hombros y lo enderezó. Luego retrocedió un paso hacia el pasillo, valoró el resultado y chasqueó la lengua, contrariado. Dejó el puro sobre la manecilla de la puerta, volvió a tirar del cadáver y lo subió unos centímetros hacia la almohada. Algo crujió bajo el forro de color perla, como si estuviera relleno de serrín o de paja. La cabeza, con las sienes hundidas y la frente hermosamente arqueada, sobresalía ahora por encima del borde del ataúd, y ya no se podía ver el interior de las fosas nasales.

La piel del rostro era blanca como la cera, y las manos —que mi padre le dobló encima del pecho con los dedos entrelazados— me parecieron transparentes, como la leche aguada. Llevaba dos alianzas. El abuelo Jupp me dio un codazo.

—¡Fíjate! Más de ochenta años y no ha tenido suficiente. Todavía quiere fisgonear.

Señaló el ojo izquierdo del fallecido, que se había entreabierto y dejaba al descubierto parte del iris, gris y de un blanco amarillento. Mi padre le cerró el párpado con el meñique. Cuando retiró el dedo, la huella de su guante quedó impresa en el párpado por un breve instante. Pero el ojo volvió a abrirse, incluso un poco más que antes. El iris no era gris, sino azul. El abuelo Jupp meneó la cabeza.

—No, no, Walter, así no lo conseguirás.

Rebuscó en el bolsillo de su bata y sacó un peine, unas tijeras cortaúñas, una barra de labios y una polvera de Lancôme —idéntica a la de mi madre— que dejó sobre la manta. También sacó unos discos de algodón y un diminuto tubo que casi desapareció entre sus gruesos dedos. Mientras mi padre mantenía abiertos los ojos del difunto, el abuelo le rellenó el párpado inferior con un líquido cuyo olor me resultaba familiar. Me acerqué al ataúd.

—¿Qué es eso?

El abuelo Jupp cerró el tubo.

—¿Esto? No tengo ni idea. Algo para la conjuntivitis, creo.

Mi padre le juntó los párpados y los mantuvo cerrados un rato con el pulgar mientras consultaba su Kienzle.

En el peine que reposaba encima de la manta había pelos de distintas tonalidades. El abuelo Jupp cruzó el pasillo, abrió una puerta de acero y miró alrededor. No se veía a nadie entre las tumbas. Se agachó, arrancó algunas ramas de boj de un seto y las repartió por encima de la manta.

—Hace falta un poco de perejil. Todo se puede incluir en la factura.

El ojo no se volvió a abrir, y nos apartamos del ataúd. El difunto tenía cara de contento, incluso parecía sonreír un poco. Me santigüé discretamente con el pulgar. Oí un chasquido cuando mi padre se quitó los guantes detrás de mí.

El abuelo Jupp quitó el freno de mano.

—Bueno, nos hemos ganado un buen codillo.

Condujo hacia el exterior del cementerio. Estaban cambiando el cartel del tablón de anuncios, *Hércules y las Amazonas salvajes*. El abuelo nos llevó al centro de la ciudad y se detuvo ante la parada del autobús. Luego me pasó la mano por el pelo.

—Ya te lo pagaré el próximo día, Walter. Voy un poco justo ahora mismo. Toma, esto es por si quieres llevar al chaval al barbero.

Le dio a mi padre un billete de veinte marcos. Bajamos del coche y vimos cómo se alejaba en dirección a la fábrica de Gutehoffnungshütte. Pero poco después volvió a pasar por delante de nosotros, por el otro lado de la calle de cuatro carriles, y nos saludó por la ventanilla abierta con el puro entre los dedos.

El autobús iba casi vacío. Además de nosotros, solo había una señora mayor. Llevaba un bolso de piel artificial en el regazo del que procedían unos lastimosos maullidos. La mujer abrió la cremallera y susurró algo en un tono tranquilizador. Mi padre volvió a quedarse dormido. A la altura de la piscina, cuando el autobús tomó una curva cerrada, se dejó caer sobre mí y así se quedó durante el resto del trayecto. Aunque pesaba mucho, no me moví. Lo desperté poco antes de la última parada.

En la calle había pocos coches, y todos estaban recién lavados. Las mujeres los enjabonaban, los hombres los secaban y los niños cargaban con los cubos de agua. Una vez delante de casa, me metí la mano en el bolsillo del pantalón y me sobresalté. Miré alrededor. Mi padre se paró en seco.

—¿Qué pasa? ¿Has perdido las llaves? ¡No me fastidies!

—No, no. Es que pensaba...

—¡Pues abre la puerta!

Saqué el manajo de llaves. Tenía un llavero de goma de Pete el Malo. Subí los peldaños de dos en dos y entré corriendo en nuestra habitación sin quitarme los zapatos. En la cama de Sophie solo había el colchón desnudo. La mano me temblaba un poco cuando abrí el cajón de mi armario y levanté la ropa. Metí el puño hasta el fondo y cerré los ojos instintivamente, como si así no fuera a oír el golpeteo amortiguado de las cuatro palomillas al caer sobre la madera.

Al día siguiente, llegué tarde a la sacristía. Como ya no quedaban túnicas de mi talla, el señor Saale, el sacristán, me dio una de adulto y una cinta elástica. Tenía que atármela a la cintura y recoger toda la ropa sobrante por encima de la cinta. El resultado fueron tres capas de tela, además del vestido de algodón o de encaje que iba sobre la túnica. Antes de que empezara la misa, ya estaba sudando. Los demás estaban sentados en el banco largo, jugando a las cartas.

El padre Stürwald me miró. Tenía un pie zopo que lo hacía cojear, y llevaba un zapato ortopédico negro con el que a veces nos atizaba en clase de catequesis. Lo llamábamos Pastek. Me señaló con el dedo.

—¿Sabes leer?

Llevaba una túnica de color crema y una banda de brocado plateada. En los cristales sucios de sus gafas se veían huellas y motas de caspa.

Encima del armario colgaba un cartel: «Los monaguillos tienen que estar en la sacristía diez minutos antes de que empiece la misa». Los susurros y cuchicheos de los demás enmudecieron.

—Lo siento, es que me he dormido. Mi madre está de viaje y el despertador...

El hombre hizo un gesto negativo con la mano.

—No me interesa. —Abrió un libro con tapa de cuero, uno de los grandes, y me lo ofreció. Tenía el pulgar amarillo—. Lee este pasaje en voz alta.

El texto estaba impreso en letras góticas. La inicial pintada estaba estampada en trazos tan gruesos que notaba bajo mis dedos el relieve de los motivos, guirlandas florales y pajarillos.

—«Los padres la hacen y los hijos la pagan. La vida de todo ser humano me pertenece, tanto la de los padres como la de los hijos. Solo morirá aquel que peque.»

—Fantástico. —Stürwald tosió. Su aliento olía a tabaco—. Suena bien. Tú serás el lector. Los bordes dorados se pegan, procura no pasar dos páginas de una vez. Y ahora, empecemos. ¡Todos a vuestros puestos!

Me tendió el suntuoso libro, me puse al frente de la comitiva y miré alrededor. Solo hacían de lectores los monaguillos mayores, a menudo incluso

los adultos, pero aquel domingo eran todos más jóvenes que yo. Sabía que el pequeño Schulz, que estaba justo detrás de mí, ni siquiera se sabía de memoria el confiteor, y que solo murmuraba cuando tocaba recitarlo. Cuando el sacristán hizo sonar la campanilla, respiré hondo y levanté el libro a la altura del pecho. Por la rendija de la puerta vi que la iglesia estaba llena.

Pero por culpa de los nervios había olvidado ajustar la cinta elástica y levantarla bajo la túnica por última vez. Como la mayoría de las que había en el cajón, la cinta estaba dada de sí y se me había deslizado desde la cintura hasta las caderas, junto con las capas de tela que supuestamente debía sujetar. El órgano retumbaba, la parroquia cantaba y yo no podía arreglar nada con el pesado libro en las manos. A los pocos pasos ya me había pisado los bajos de la túnica, que se descolgó aún más.

A pesar de que todas las puertas y tragaluces estaban abiertos, hacía un calor sofocante. Había gente incluso en el pasillo, y para poder recorrer sin tropezar el largo camino desde los bancos hasta el altar tenía que apartar la túnica roja de un puntapié a cada paso que daba, lo que producía un brusco ruido parecido a un aleteo. Algunos adultos de los primeros bancos sonrieron. Una niña pequeña se tapó la boca con la mano.

Vi también al señor Gorny, que estaba de pie en la zona que separaba a los hombres de las mujeres. Me miró fijamente durante un buen rato, con los ojos entornados y los labios crispados. Luego se humedeció el dedo y pasó la página de su libro de cánticos. Por un breve instante, le vi la yema del dedo a través del fino papel. Debí de ralentizar el paso, porque Stürwald carraspeó y el pequeño Schulz me empujó por la espalda con las manos dobladas.

Mi padre pedaleaba hacia la mina por el polvoriento camino que cruzaba los campos. Llevaba la chaqueta de pana marrón con solapa de piel. Pronto se convirtió en un pequeño punto, hasta que terminó desapareciendo por completo en el bosquecito, frente a la torre de extracción. El sol declinaba. El reflector rojo de su guardabarros parpadeó por última vez.

La pequeña estación meteorológica en forma de casita que teníamos en el balcón proyectaba una sombra puntiaguda que ocupaba toda la pared. Yo me estaba comiendo un yogur sentado en el rincón, bajo el nido de golondrinas

vacío, cuando oí chirriar la puerta de la habitación de Marusha. La cortina ondeó brevemente encima de nuestra mesa a través de la ventana abierta. Luego oí música, los Beatles, y me incliné hacia delante.

Llevaba la falda a cuadros y un sujetador. Cuando abrió la puerta del armario, el cielo rojo llameó en el gran espejo. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar el estante superior, lo que puso de relieve los músculos de sus pantorrillas. Algo de papel cayó al suelo; eran dos pañuelos arrugados. Se desabrochó el sujetador, lo colgó en la manecilla de la puerta y se puso por la cabeza una camisa blanca bastante ceñida. Mientras tironeaba de la camisa, bajo el tejido aparecieron dos protuberancias con la forma de la nariz y la barbilla, y también adiviné que tenía la boca abierta. Pataleó el suelo, impacientándose.

Nunca le había visto los pechos a mi madre, pero ni siquiera cuando llevaba corpiño parecían tan turgentes como los de Marusha, que se bamboleaban un poco. Las pálidas venas azules que los surcaban se perdían en los laterales, y los pezones apenas resaltaban en la piel morena, casi dorada bajo la luz del crepúsculo. Pero en uno de ellos centelleaba un pelo.

El disco terminó y saltó del tocadiscos. Ella estiró el pie y volvió a meterlo dentro. Entonces me vio espiándola desde la cortina y se quedó petrificada. Durante dos o tres segundos me miró amenazadoramente a través del espejo. Luego se bajó despacio la camisa desde el pecho hasta el ombligo y se volvió. Intentó pillarme a través de la cortina.

—¡Tú, mirón! ¡Lárgate!

Retrocedí un poco, pero me quedé sentado.

—¿A qué estás esperando? ¡Debería darte vergüenza!

—¿Por qué? Estoy en nuestro balcón. Me estaba comiendo un yogur.

Ella apartó la cortina y me lanzó una mirada fulminante.

—¡Qué yogur ni qué leches! ¡Me estabas mirando las tetas!

—Qué va. Solo te he visto de espaldas.

—Entonces, reconoces que me estabas espiando.

Ella levantó el brazo y yo me acurruqué en la esquina. El áspero granulado de la pared se me clavaba en el brazo.

—¿Qué quieres que haga si te dejas la ventana abierta? ¿Dónde quieres que mire? Yo vivo aquí... ¿Quieres un cigarro?

Ella levantó el mentón y jugueteó con el pendiente. Su mirada se había suavizado un poco.

—¡Serás cerdo! —Esbozó una severa sonrisa—. ¿Está tu padre?

Negué con la cabeza.

—Se acaba de ir. Tiene turno de noche. Pero su paquete de Gold-Dollar está ahí, encima del sofá.

—Paso. Demasiado fuertes para mí.

Se sentó en el antepecho de la ventana, levantó las rodillas dobladas y giró sobre el trasero. Apoyó los pies encima de nuestra mesa. La falda se le había levantado tanto que vi el triángulo blanco entre sus muslos, el feo pliegue en la tela. Miré por encima de la barandilla hacia el jardín, donde el señor Gorny serraba las ramas de un frutal. Marusha adelantó el labio inferior y sopló hacia arriba para apartarse un mechón de la frente.

—¡Uf! Este calor te vuelve loco, ¿verdad? ¿Has ido a la piscina?

—No. Está demasiado lejos.

—¿Lejos? ¿Por qué lo dices? Tienes una bici.

—No es mía, es de mi padre. Y solo puedo utilizarla cuando él no la necesita para ir al trabajo. —Llené la última cucharada de yogur y me la llevé a la boca—. ¿Qué pasa con tu trabajo? ¿Estás en Lantermann?

—¿Dónde? Qué va, solo me faltaría eso. Estoy en Kaiser und Gantz. —Se abrazó las espinillas con ambos brazos y apoyó el mentón en una rodilla—. Periodo de prueba. Pero no te creas que me quedaré. Allí solo te pisotean. En el almacén hace un calor insoportable y los fardos de ropa pesan como el plomo, ¿te puedes imaginar lo que es eso? Y cuando termino y quiero ir al mostrador, donde hay aire acondicionado, aquella bruja me señala la blusa y me dice: «No puedes atender a los clientes con esas manchas de sudor, querida». Así que vuelvo al almacén y tengo que dejar que me metan mano. ¡Gracias!

—Pues haz otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Como qué? ¿Limpiar en Hoesch? ¿O trabajar en la fábrica de chocolate con una bata y una cofia? —Cuando movió los pies, sus dedos dejaron delicadas huellas en la superficie de la mesa que se secaron enseguida—. «Déjate una buena barriga», me dice siempre Jonny, «así cobrarás una pensión». Él es así.

—¿Por qué? No tienes por qué comerte el chocolate, solo envasarlo.

Ella frunció el ceño por un momento y meneó la cabeza. Luego se echó a reír.

—Eres un encanto... ¿Ha escrito tu madre?

—No, se acaban de ir.

—Y estáis los dos solitos, ¿no? Pero ahora tienes la casa para ti. ¡Invita a tu novia!

—¿Por qué? ¡Siempre estás igual! No tengo novia. Solo tengo doce años.

—Casi trece. A tu edad se pueden hacer muchas cosas. Yo me emborraché por primera vez a los doce años. ¿Quién te gusta de tu clase? ¿La conozco?

—En mi clase solo hay chicos.

—¿Y en la clase paralela? ¿Hay alguna chica que te guste?

Me encogí de hombros y rebañé el tarro del yogur con el dedo.

—No lo sé. Puede ser.

—¿Y quién es? ¡Dímelo de una vez, anda!

Murmuré su nombre con el dedo en la boca, pero ella lo entendió de todas formas y abrió los ojos con una expresión teatral.

—¿Angelika Dezelak? ¿La del hermano marica? ¿Que vive en la calle Harkordt? ¡No me tomes el pelo!

—¿Qué pasa? ¿Por qué no?

—Pero esa lleva gafas de culo de botella, ¿no? Además, te saca casi una cabeza. ¿Qué te gusta de esa sosa?

Me levanté.

—No es cosa tuya. Somos exactamente igual de altos. Y es divertida. Pero todo el mundo se mete con ella porque siempre tiene miedo. La llaman «cuatrojos» y otras cosas.

—¿Y por eso te gusta?

No respondí. Fui a la cocina y enjuagué el tarro. Pero Marusha bajó de la mesa de un salto y entró detrás de mí.

—¡Dímelo! ¿Solo te gusta porque se pitorrean de ella?

—¡Qué va! A veces vamos juntos al colegio, eso es todo. O jugamos a las cartas, al quarteto animal. Oye, ¿qué haces tú aquí? ¡Es nuestra cocina!

Pero ella me apartó a un lado con la cadera, abrió el grifo y bebió. El agua le chorreó desde la barbilla hasta la camisa. Luego puso las manos bajo el grifo y se remojó la nuca.

—¿Ya os habéis besado?

No dije nada, solo resoplé un poco. Ella abrió la nevera y examinó los estantes. Aparte de margarina y leche condensada, solo teníamos una botella de cerveza y un poco de lomo embuchado. Cogió el frasquito de esmalte del estante de la mantequilla y comparó el color con el de sus uñas.

—Besar es importante. La mayoría de los chicos no saben besar ni ser cariñosos. Lo único que quieren es... Les da igual que tengan delante a un auténtico cardo, pregúntaselo a Jonny. Le trae sin cuidado que una chica sea fea o le huela el aliento o lo que sea. ¿Sabes qué dice? «Tápale la cara con una toalla.»

Me senté en la encimera, ahora le sacaba media cabeza.

—¿Por qué con una toalla? Así no puede verla.

De pie ante la ventana, Marusha se enroscaba un rizo en el dedo índice mientras contemplaba los jóvenes frutales alineados frente al cobertizo del jardín. Unas gotas de agua claras como el rocío brillaban en la superficie de las ramas serradas. Con mucho cuidado, el señor Gorny rajaba la corteza con un cúter y la separaba parcialmente de la madera. Lo hizo dos veces en cada tocón. Luego envolvió unas cuantas ramitas cortadas oblicuamente en un viejo pañal que tenía en el césped. Lo mojó en un cubo de pegamento y lo pegó detrás de la corteza.

—¿Has besado alguna vez a alguien?

La luz de la nevera le iluminaba las piernas, y vi que tenía la carne de gallina por culpa del aire frío. Tragué saliva y negué con la cabeza, pero no dije nada. Aunque no se había movido, de repente me pareció que estaba muy cerca. Su aliento olía más a chicle que a tabaco.

—Pues ya es hora de que aprendas, ¿no?

Me miró brevemente de reojo, se hinchó la mejilla con la lengua y sus pies descalzos hicieron un ruido leve sobre las tablas del suelo cuando se volvió para dirigirse a la puerta de entrada, que estaba entornada.

—¿Hasta cuándo tiene tu padre el turno de noche?

—¿Qué? Ni idea. Una semana.

Se detuvo en el felpudo.

—Interesante. ¿Y estás solo? Pues ya vendré a hacerte una visita, cielo.

Le dirigí una sonrisa burlona.

—¡Ni lo sueñes! Estará todo cerrado.

Ella bajó el mentón hacia el pecho y soltó un gruñido sarcástico.

—Como si hubiera algún obstáculo...

Luego desapareció en su habitación. Yo bajé de la encimera y cerré la nevera. En el jardín, el señor Gorny ataba los tocones con rafia.

—Por cierto... en el súper buscan empleados.

Pero ella ya no me oyó.

Saqué la escoba del armario y llené un cubo de agua. Añadí un chorrito de detergente y busqué un trapo, pero solo encontré una camisa vieja colgada del codo de la tubería, bajo el fregadero. Estaba llena de agujeros. Lo saqué todo al pasillo y fregué la escalera. En casa de los Gorny alguien tocaba el acordeón, probablemente Lotte. Era la más pequeña y apenas veía por encima del instrumento. La señora Gorny solía sentarse a su lado y la ayudaba a abrir y cerrar el fuelle mientras ella practicaba las escalas.

Barrí la escalera desde la puerta hasta el jardín y luego fregué los peldaños uno por uno con el trapo húmedo. El sol irrumpía a través del tragaluz y la madera de caoba brillaba como si estuviera recién barnizada. Entonces Wolfgang entró en el portal. Llevaba una flor de nieve de concha en la tira que unía los tirantes de su pantalón corto de cuero. Dio un mordisco a una salchicha y masticó ruidosamente.

—¡Eh! ¿Por qué estás mojando la escalera?

Me limité a escurrir la bayeta sin responder, pero él no se movió. La maldad que brillaba en sus ojos tenía algo que ver con la raya de su pelo, aunque no sabía qué.

—¡Tenéis un perro de caza en el club! Nunca había visto un animal como ese. Está enfermo, ¿no? No para de dar volteretas y babear. He tenido que dormirlo.

Seguí limpiando sin levantar la vista.

—Estás mosqueado porque no eres del club. Cuatro votos contra uno, que era el tuyo.

—Bah, ¡chorradas! Lo que hacéis allí son cosas de críos. —Escupió un diminuto trozo de cartílago que cayó al suelo y rebotó en las baldosas—. Yo ya voy al instituto.

—Pues muy bien, Seppel. Es donde debes estar.

Él dijo algo, pero no entendí su respuesta. Dietrich y Sabine, dos de sus hermanos pequeños, pasaron por su lado gritando y corriendo hacia la calle, y él los siguió y cerró la puerta. Fregué los últimos peldaños y metí el trapo en el cubo. Lotte recorría el teclado del acordeón con los dedos. Subí silbando por la escalera reluciente, ligeramente curvada en la parte superior, para volver a casa. Pero a los pocos pasos me di cuenta de que estaba dejando huellas en el suelo húmedo, así que bajé y volví a subir de espaldas, borrando mis huellas peldaño a peldaño.

Tardé más de lo que había tardado en limpiar, y terminé sudando a mares. Ya casi había llegado arriba cuando la puerta del portal se abrió un poco. Dietrich y Sabine me miraron desde abajo, cuchicheando y riendo entre dientes, con restos de regaliz alrededor de la boca y las mejillas sonrojadas. Por un momento vi unos tirantes tras ellos, una flor de nieve de concha. Luego levantaron sus pequeños brazos y, casi simultáneamente, lanzaron dos puñados de tierra sobre los peldaños. Las piedrecitas volaron hacia mí y bajaron tintineando por la escalera mientras la puerta se cerraba de nuevo.

—¡Filatelistas! —grité, sin saber por qué había escogido aquella palabra. No se me había ocurrido nada más de lo furioso que estaba. La tierra crujía bajo mis zapatos y en el penúltimo peldaño resbalé, aunque recuperé el equilibrio a tiempo. Salí corriendo al exterior, pero en la acera no había nadie. Solo vi la bicicleta de Wolfgang en el hueco del pavimento que servía para aparcar bicicletas. Escupí en el sillín. Luego entré en el portal y llamé a la puerta de la planta baja. El acordeón enmudeció.

Me abrió la señora Gorny, que llevaba las piernas vendadas y caminaba arrastrando los pies. Estaba masticando algo. Me sonrió más arriba de su inmenso busto.

—¿Qué hay? ¿Tienes más hambre?

Nos había preparado una gran cacerola de sopa de cebada para toda la semana. Negué con la cabeza y señalé la escalera. Aún no había recuperado el aliento. Detrás de ella, Lotte me observaba con la boca abierta. Su madre arrugó las cejas y dio un paso hacia el pasillo.

—Ya lo veo, ¿y qué?

Tragué saliva.

—He estado limpiando y luego... Esa porquería... Ha sido Wolfgang. Ha mandado a Didi y Sabine, y ellos han entrado con las manos llenas de tierra y... —Gesticulé con los brazos para explicárselo y levanté la vista, pero ella hizo una mueca como si no me hubiera entendido. Se metió de nuevo en la casa arrastrando los pies mientras revolvía los bolsillos de su bata sin mangas. Los vendajes de sus piernas olían a alquitrán.

—¿Y qué hacías tú limpiando la escalera?

Me encogí de hombros.

—Estaba sucia.

—Sí, pero no por nuestra culpa, ¿verdad? Sois vosotros los que la utilizáis para subir. Nosotros vivimos en la planta baja.

—Sí, claro. Pero la tierra y las piedras...

Ella meneó la cabeza y se llevó a la boca un trozo de manzana deshidratada.

—No, no. —En la manzana había pelusa de la bata, pero no pareció darse cuenta. Hacía un poco de ruido al masticar—. Mis hijos no hacen esas cosas. Están bien educados. —Dicho esto, cerró la puerta.

El hombre empujó la vagoneta a través de la sala despojada de carbón. Descendía ligeramente y conducía a un pozo ciego que no había sido asegurado. Encima de un montón de viejos cepos había una señal de peligro, y detrás de una cruz en diagonal había una caída de veinte metros al vacío. El turno había terminado y apenas se oía nada más que el aullido del aire que circulaba a través del pozo de ventilación. El polvo revoloteaba dentro del foco de su linterna. El hombre bloqueó las ruedas, se puso los guantes y apartó a un lado la maraña de cepos enredados entre sí. Luego encendió una linterna adicional, desplegó la vara de medir y comprobó la altura del frente de arranque.

La madera de la vagoneta era nueva y olía a resina. El hombre serró media docena de vigas y las calzó entre el dintel y el suelo. Los martillazos resonaban en el pozo y los embarques contiguos mientras clavaba los tablonces uno por uno en la madera escuadrada; cuanto más estrecha era la apertura, más fuerte se oía el silbido del aire. Al final la corriente era tan intensa que tuvo que protegerse la boca con el pañuelo. El pozo ya estaba entablado. El hombre guardó la madera sobrante y las herramientas, apagó la linterna y emprendió el camino de vuelta empujando la vagoneta.

Aunque los raíles estaban oxidados, las ruedas giraban casi en silencio. Al final de la cuesta, se detuvo en una bifurcación con una de las «galerías de guadaña» —llamadas así por la forma del techo— y se reforzó el nudo de los zapatos. Finalmente, sacó el termo abollado de entre el montón de madera, lo agitó junto al oído y bebió hasta la última gota. Le gustaba aquel momento después del final del turno, cuando la mayoría de los mineros ya hacía rato que estaban en el vestuario o pedaleando de vuelta a casa; aquella preciada calma durante la cual no había que hacer nada ni estar en constante alerta. Parecía que la montaña estuviera pendiente de uno. Hacía frío. Se notaba un lejano olor a cal.

Se secó la boca con el dorso de la mano, cerró la tapa del termo y se lo guardó en la chaqueta. Las vigas de acero semicirculares se arqueaban por encima de él como el costillar de un tórax gigante. Respiró hondo y siguió empujando la vagoneta. Entonces pareció que algo se movía arriba, silencioso

y ligero. Como si una oscuridad se adentrara en la otra. Como si el aire se estremeciera. A mil metros bajo tierra era imposible que fueran murciélagos. Echó la cabeza atrás y se volvió. El tembloroso punto de luz se deslizó por encima de la marga y el acero, pero no se veía nada. Marga y acero.

Una cortadora de carbón zumbó en algún lugar y enmudeció. Se oyó un tintineo de cadenas, y él siguió avanzando. El olor a cal se intensificó y enseguida pudo oír el familiar ruido de los espolvoreadores arrastrando los pies, el golpeteo de sus cubos y sus rítmicas voces. Cuatro linternas frontales se acercaban entre una nube de polvo blanca y gris. El hombre se escondió en un nicho, una galería abandonada, y se tapó la boca y la nariz con el pañuelo.

—¡Polvooo! —gritó el capataz, que llevaba un casco rojo. A continuación, lo saludó.

—¡Polvooo! —repitieron los demás al unísono, y metieron la mano en el cubo que llevaban colgado del hombro. Cada uno de ellos arrojó energicamente un puñado de cal al suelo y a los realces laterales de la galería para fijar el polvo del carbón y eliminar el riesgo de explosiones.

Pasaron por delante de él a pasos pequeños y sincronizados; incluso los movimientos de sus brazos estaban tan bien coordinados como los de los sembradores, de modo que los primeros cubrían la parte inferior y los últimos, la parte superior de la galería. Llevaban las mangas de la chaqueta por dentro de los guantes y las perneras del pantalón remetidas en los calcetines, pero ninguno de ellos llevaba filtro; sus mascarillas colgaban de los cinturones. El quinto hombre, que los seguía a cierta distancia y se dedicaba a espolvorear las zonas que los demás habían pasado por alto, llevaba un cigarrillo en la mano ahuecada. Cuando la brigada dobló la siguiente curva, todo lo que había sido negro quedó blanco.

La hoja en la mano de la presentadora tembló, y no levantó la vista. Ya se había trabado tres veces al pronunciar el término «estados del pacto de Varsovia», y me daba tanta vergüenza ajena que me habría escondido tras el sillón para no verlo. Quité el volumen y fui a la cocina a prepararme un bocadillo. Las nubes tapaban la luna y las farolas de la calle Fernewald parecían parpadear, pero era una ilusión óptica provocada por los numerosos

enjambres de mariposas nocturnas. Los campos de maíz susurraban y algún que otro trueno retumbaba a lo lejos. Quizá por fin iba a llover. No había luz en la ventana de Marusha.

Mientras estaba pelando el embutido, llamaron al timbre. Fue un timbrazo breve y brusco, como si hubieran pulsado el interruptor sin querer. Si hubiera estado en el cuarto de baño, apenas lo habría oído. Crucé el comedor y miré a la calle, donde solo se veía un gato que se restregaba contra la esquina de una caja de distribución. El retrovisor de bicicleta que los antiguos inquilinos habían atornillado al antepecho de la ventana para controlar el portal estaba torcido.

El timbre volvió a sonar, tan breve y discreto como la primera vez, pero yo notaba los latidos del corazón en la garganta. El portero automático estaba en el pasillo. Cuando pisé el felpudo, estuve a punto de gritar del susto y empecé a jadear. Marusha me tapó la boca con la mano. La luz azul parpadeante del televisor me permitió ver que llevaba pantalón corto y una blusa sin mangas; además, olía a perfume. Alargué la mano hacia el interruptor.

—¿Acabas de llegar a casa? ¿Por qué no enciendes la luz?

Pero ella me sujetó la mano para detenerme y me chistó para que me callara; el aliento le olía a pasta de dientes. De repente, alguien subió las escaleras deslizándose rápidamente por la parte interna, donde la madera no crujía. Llevaba en la mano unos zapatos acabados en punta y subía los peldaños de dos en dos. Su sombra creció por encima de él y de su tupé engominado, y luego volvió a empequeñecerse. Del bolsillo trasero de sus vaqueros asomaba una botella.

Entró en la habitación sin decir palabra mientras Marusha le aguantaba la puerta. La chica cerró enseguida, pero yo ya había visto la vela aromática Avon, idéntica a las que tenía mi madre. Me acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—No te chivarás, ¿verdad? Jonny tiene vacaciones. Solo queremos hablar —susurró.

—Tranquila, no te preocupes —respondí, también en voz baja—. ¿Vas a morrearte con él?

—No te pases, mocoso. ¡Vete a la cama!

Me empujó hacia el interior del piso y cerró la puerta desde el rellano. Yo eché la llave y fui a buscar mi bocado. En la tele, que seguía sin volumen, unos mineros con la cara tiznada saludaban a la cámara agachados en una galería de techo bajo. Agucé el oído, pero solo oí el suave crujido de mis mandíbulas al masticar.

En un libro de Jerry Cotton había salido una vez un asesino que entraba en un piso cerrado haciendo pasar un trozo de papel de periódico por debajo de la puerta. Hurgaba en la cerradura con un cuchillo, la llave caía sobre la hoja y él la arrastraba hacia afuera. Luego abría la puerta con llave... Me embuché el resto del bocado en la boca, quité la llave de la cerradura y me la guardé en el bolsillo. Después me serví un vaso de leche.

La luna había vuelto a aparecer y las nubes se disipaban sobre la torre de extracción. Hice girar el tirador sigilosamente y abrí la puerta del balcón. En el lejano valle, más allá de los campos, traqueteaba el tren de mercancías que comunicaba las minas con las coquerías. De vez en cuando se oía el ruido de algo que caía en la vía. Intenté en vano identificar alguna silueta tras la cortina de Marusha. Estaba hecha de un tejido tosco y tan grueso que ni siquiera filtraba la luz de la vela. Pero una de las hojas de la ventana estaba entornada. Me senté justo debajo, cautelosamente, en una silla que cojeaba un poco. Cada vez que el largo tren de mercancías parecía alejarse, pasaba por debajo de un puente que amplificaba el volumen de su traqueteo. Conté cuatro puentes. Luego dobló tras el vertedero y regresó el silencio. Era tan profundo que pude oír un erizo al fondo del jardín, resoplando y gimoteando mientras pugnaba por abrirse paso con las espinas por debajo de una tabla de la cerca. Por un segundo vi el refulgir de la luna en sus diminutos ojos.

Marusha susurraba. Parecía estar mullendo las sábanas. Jonny le respondió en voz baja y grave; no entendí ni una palabra. Se oyó un chasquido, probablemente el cierre de la botella. Justo después, un gorgoteo silencioso, casi inaudible. Marusha rio muy brevemente; algo metálico tintineó, tal vez una hebilla. Sus susurros se volvieron más fuertes y jadeantes a la vez, las plumas del edredón crepitaron y luego se hizo el silencio durante un rato. Pensé que se habrían dormido. El aroma a lavanda de la vela se escapaba a través de la ventana entornada. Apuré el vaso de leche y lo dejé encima de la

barandilla. En el jardín tampoco se oía nada. El erizo había desaparecido. El follaje de los árboles centelleaba.

Un cálido soplo de viento me acarició la cara; las últimas gotas de leche adheridas a las paredes del vaso resbalaron lentamente hacia el fondo. De repente, Marusha gritó. Fue un grito apagado, como amortiguado por la almohada, y algo se cayó con estrépito en la habitación. Me levanté dando un respingo, pero no me moví. Luego vino un silencio expectante. Agucé el oído, intentando adivinar si alguien se movía en el edificio; su padrastro tenía el sueño ligero... Pero todo estaba en silencio. Solo se oía gotear el grifo del fregadero. Luego Marusha volvió a gemir, aunque no tan fuerte como antes.

Pero su gemido sonó atormentado, como un gato al que retuercen el pellejo de la nuca. Carraspeé y llevé el vaso a la cocina. Mientras lo enjuagaba me resbaló de la mano, pero no se rompió. Luego abrí la nevera y examiné su contenido, pero ya no sabía lo que quería, así que volví a cerrarla. Y cuando salí de nuevo al balcón, ella volvió a gemir. Además, oí un ruido que me resultó familiar, una especie de chasquido. No pude evitar pensar en mi madre. A mi hermana no le pegaba tan a menudo como a mí y nunca con la cuchara de madera, pues Sophie todavía era pequeña. Pero la abofeteaba con la mano, casi siempre en el trasero desnudo, y fue exactamente lo que oí detrás de la cortina, aunque no tan fuerte.

Pensé que Jonny era un tipo violento y que siempre encontraba un motivo para pelearse en cada feria. Parecía tener las manos muy largas. Me imaginé a Marusha deshecha en lágrimas mientras él la abofeteaba una y otra vez y ella intentaba defenderse desesperadamente. La vieja cama que mi padre le había reforzado con alambre crujía y rechinaba, y el frontón semicircular decorado con frutos tallados chocaba contra la pared. Carraspeé por segunda vez sin ningún tipo de discreción, pero no parecieron oírme.

Entonces, de repente, Jonny exhaló un fuerte suspiro, como si ella le hubiera propinado un puntapié en el estómago, y pareció desplomarse encima de la almohada. Sonó como si hubiera gruñido enseñando los dientes, como Ursus al levantar rocas o enemigos. Mientras tanto se oía la respiración agitada y temblorosa de Marusha, que acabó riendo en voz baja. Un jadeo dorado. A continuación, se hizo el silencio.

Poco después, alguien prendió una cerilla. El humo se escapó por la ventana entreabierta; identifiqué el aroma de un Roth-Händle. Fui a la sala de estar y encendí el televisor. En la pantalla apareció la carta de ajuste. Volví a sentarme en el sofá. Hurgué con la punta del dedo los espacios entre los dedos de los pies, pero estaban limpios. La farola de enfrente proyectaba en el techo las sombras de las plantas de las macetas, y la jungla negra grisácea de hojas y zarcillos entrelazados parecía ondear ante el delicado estampado de la cortina. Pero eran las lágrimas que me anegaban los ojos sin que supiera por qué. Me acurruqué y me dormí.

Más tarde oí un leve crujido de pasos que bajaban la escalera. Tenía frío, pero me daba pereza levantarme, así que me tapé con el cojín de brocado. Soñé que golpeaba una y otra vez la tapa de un ataúd mientras gritaba mi nombre, y de repente me desperté sobresaltado. Ya era de día. Por un momento me quedé sorprendido al verme vestido. Luego los golpes se intensificaron hasta convertirse en furiosos porrazos. La puerta retumbaba en el marco.

—¡Julian!

Reconocí la voz y apreté la manecilla.

—¡Está cerrada! —grité, pero él siguió aporreando la madera.

—¡Ya me he dado cuenta! ¡Abre de una vez!

Entonces recordé que tenía la llave en el bolsillo del pantalón. Cuando mi padre entró en casa, di un paso atrás intentando esquivar su fulminante mirada. Estaba pálido, casi demacrado, como siempre que llegaba a casa después del turno de noche.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué te has encerrado?

Miró alrededor y yo bostecé y me froté la cara con las manos en un gesto un poco teatral.

—¿Qué hora es? ¿Quieres que te prepare un Nescafé?

Él no dijo nada, seguía esperando mi respuesta. Aún tenía el contorno de los ojos sucio de carbonilla.

—En realidad no quería cerrar. Pero estuve viendo una peli de miedo en la que alguien entraba en una casa con un cuchillo, y pensé que...

Él soltó un bufido socarrón y dejó la bolsa de trabajo encima de la vitrina.

—Estás de broma, ¿no? Las películas son películas, y tú eres tú. ¿Quién iba a hacerte daño a ti?

Me encogí de hombros y mullí los cojines.

—Nadie.

—¡Pues ya está! No hagas tanto caso a la dichosa caja tonta, ¿quieres?

Mi padre se desabrochó la camisa y se metió en el cuarto de baño.

Zorro lloriqueó cuando vacié un tarro lleno de cebada en su escudilla. Con sus afilados dientes sacó un trozo de salchicha del puré y salió corriendo al jardín. La jau-la de los conejos estaba vacía, y las palomas tampoco estaban. La cotorra ninfa era la única que dormitaba en la percha bajo el techo, inmóvil. Tenía los párpados grises cerrados, y ni siquiera los abrió cuando le llené la escudilla de grano. Se limitó a apartarse a un lado.

Barrí la choza y fui a llenar el cubo metálico a la bomba, detrás de la casa de Pomrehn. Había que accionar la chirriante palanca varias veces antes de que empezara a brotar el agua, que al principio salía herrumbrosa. Si es que salía. La ventana de la cocina del viejo estaba abierta, igual que el porche hecho de pequeños fragmentos de cristal, muchos de ellos resquebrajados. La masilla se había desmoronado en casi toda la cristalera y, cuando se cerraba la puerta, retumbaba todo el porche. Pero ahora dejaba entrar el sol de la mañana, y en uno de los cactus del estante se había abierto una pálida flor roja.

La puerta interior estaba entornada. Detrás había un lavadero con una gran caldera que había servido para preparar el pienso para los cerdos. Las paredes todavía estaban impregnadas de un olor rancio. En las habitaciones que daban al jardín no había nadie. Recorrí el pasillo lleno de baúles y armarios que conducía a la otra parte de la casa. Los girasoles frente a las ventanas del comedor eran tan altos como un hombre y solo dejaban entrar algunos polvorientos haces de luz que las sombras de los pájaros oscurecían continuamente. Llamé al marco de la puerta.

Pomrehn, que estaba sentado entre sus máquinas, no se volvió. Tenía las manos en el regazo y la vista fija en el suelo. El pelo blanco le quedaba aplastado en la nuca.

—¡Julian! ¿Qué me traes?

—¿Cómo sabía que era yo? Solo he venido a ver cómo está.

—Oh, bien. —Señaló con el pulgar el paquete abierto de cigarrillos y la botella de Doornkaat que había en el estante—. Ahora soy un beneficiario de la asistencia social. Me han embargado la casa, me la han quitado delante de mis narices. Pero me da igual. Mientras me dejen morir aquí...

—¿Por qué? ¿Está enfermo?

—Qué más quisiera yo... —Se encendió un Reval. El humo se esparció lánguidamente por toda la habitación—. Mi mujer dice que tengo que aguantar. Que aún no he terminado.

—¿Su mujer?

Él asintió.

—Y yo siempre le pregunto: ¿por qué, demonios? ¿Qué es lo que aún no he terminado? Pero nunca me lo dice, claro.

Sonreí.

—Es que no puede. Está muerta. Por cierto, ¿sabe dónde están los conejos? La jaula está abierta y nadie...

—¿Cómo que muerta? Qué tontería. Que alguien esté bajo tierra no significa que esté muerto. Puede que se vayan durante una temporada, como en un sueño. Pero luego vuelven y no se acuerdan de nada, ¿lo entiendes?

Meneé la cabeza y me senté en un taburete. Él estaba sentado ante una máquina con unos cepillos redondos, algunos hechos de cerdas de animal. Al tacto parecían de la crin de un poni.

—Mi abuelo trabaja con muertos. Quiero decir que es el dueño de una funeraria. Y no tiene nada de bonito estar ahí muerto. Casi te rompen los dedos, y luego te meten pegamento en los ojos para que no se te abran.

Pomrehn abrió la botella de Doornkaat y bebió un sorbo.

—Qué va, eso no es la muerte. —Se secó la boca—. Eso solo es morir... ¿Quieres saber dónde están los conejos? Pregunta a tus compañeros. O ve a sus casas y búscalos dentro del horno.

—¿Cómo? —Me levanté—. ¿Quiere decir que los han sacrificado? ¿Al blanco pequeño también?

—No, ya no era tan pequeño. Y fui yo quien los sacrificó. Ellos eran demasiado torpes con sus cuchillos romos. En lugar de sujetarlos por las

orejas, coger un atizador y ¡zas!, romperles el cuello... querían desollarlos mientras todavía pataleaban.

Metí la mano en una caja llena de tacones, saqué uno y lo hice girar entre los dedos.

—¡Pero el blanco era mío! Se llamaba Sweet.

Pomrehn chasqueó la lengua.

—Ya... ¿Y qué quieres que haga ahora, chico? Me dijeron que estabas de acuerdo.

Devolví el tacón a la caja, arrojándolo con rabia.

—¡Serán mentirosos!

El tacón rebotó y cayó al suelo. Salí corriendo, recogí el cubo medio lleno de debajo de la bomba y lo llevé a la barraca.

Busqué a Zorro bajo los frutales. Intenté silbar, pero la rabia me agarrotaba los labios y tenía la boca tan seca que no conseguí emitir ningún sonido. Llené el bebedero y la pequeña escudilla del papagayo y, a continuación, cogí la lanza que había dejado apoyada en la pared. El clavo laminado de la punta estaba roto. Lo arranqué de la madera y grabé en la puerta la frase: «Gordo asqueroso, ¡vas a morir!». Luego me fui.

Ya habían empezado a segar los campos de maíz de detrás de la urbanización Kleekamp. Nubes de polvo subían al cielo surcado de golondrinas. Una avioneta volaba en círculos arrastrando una pancarta. Me abrí paso a través de los arbustos de retama hasta que llegué al borde de la cantera. Mi sombra se proyectó sobre la pendiente amarilla. Haciendo visera con la mano, oteé el fondo de la zanja, donde la tierra seca se resquebrajaba dibujando panales en el suelo. No había nadie jugando, hacía demasiado calor. Levanté la cabeza. La avioneta era ligera pero muy ruidosa, y la pancarta anunciaba: «Persil siempre será Persil». Frente a la puerta había una cadena. El operario llevaba pantalón corto. Cuando volví a mirar hacia abajo, vi la sombra de un perro al lado de la mía, sentado a cierta distancia. Pero no me volví, ni siquiera cuando empezó a gimotear en voz baja.

Al lado de la zanja había un cartel oxidado: «Peligro de derrumbamiento». El cartel se deslizó cuesta abajo unos metros. Partí la lanza con la rodilla y arrojé una de las mitades al fondo. Zorro se sobresaltó, gruñó y estiró el cuello. Luego arrojé la otra mitad y él escarbó en el césped, giró

alrededor de sí mismo una vez y saltó tras ella. Tenía el rabo lleno de cardos casi plano, las orejas le revoloteaban sobre la cabeza y su sombra se proyectaba delante de él.

Pero en cuanto aterrizó en el suelo, las patas le fallaron. Lanzó un aullido y rodó cuesta abajo envuelto en una nube de polvo. El golpeteo de las piedras y los guijarros sonaba a huesos rotos. De vez en cuando se daba la vuelta como un saco lleno de arena, sin columna vertebral. Recuperó el equilibrio justo antes de alcanzar un silo tumbado en el suelo. Estornudó, se sacudió y levantó la vista para mirarme. Se veía muy pequeño ahí abajo, de color amarillo grisáceo. Me di unos golpecitos en la frente con el dedo.

—¿Se puede saber qué haces, estúpido saco de pulgas? Quieres romperte las costillas, ¿o qué?

Zorro ladró y se asustó al oír su propio eco. Aquella resonancia que lo asaltaba desde todas direcciones lo desconcertaba tanto que se sentó sobre las patas traseras y levantó los puntiagudos omóplatos por encima de la cabeza hundida. Salté tras él y aterricé en el suelo inestable. Pero el descenso fue duro, a cada paso se me hundían los pies hasta los tobillos y las piedrecitas se me clavaban en los zapatos. Cuando al fin llegué al silo, Zorro no se había movido. Estaba despatarrado, la lengua le colgaba de un lado del hocico y me miraba jadeando. Al pasar por su lado le enderecé una de las orejas, que había quedado doblada hacia atrás, y se levantó un poco de polvo.

Luego crucé la zanja en sentido transversal hacia la entrada, que era una rampa de grava. Mientras él corría por las pendientes, escarbaba en los agujeros y se revolcaba en el agua embarrada de las roderas, yo contemplaba la basura que lo cubría todo: hornos abollados, colchones, escombros... De vez en cuando, encendía una de las cerillas de la cajita que llevaba encima y la echaba en un cubo de pintura o en un bidón oxidado. Pero no hubo ninguna explosión.

Cuando salimos de la cantera, anduve durante un rato por el carril para bicicletas, espiando en los jardines. Los niños Gorny estaban en el patio, limpiando zapatos en unos banquillos hechos a mano. Cada uno tenía una tarea asignada: Dietrich los cepillaba para quitarles el polvo, Sabine y Lotte los untaban con betún marrón y negro, y Wolfgang les sacaba brillo. La señora Gorny pelaba patatas junto a la ventana de la cocina.

Di media vuelta y crucé la calle con Zorro. Delante del seto intenté sacudirle la mugre que le apelmazaba el pelaje, pero él quería jugar —me mordía los cordones de los zapatos y se revolcaba en el césped—, así que desistí. Chasqueé los dedos y subí los peldaños del portal. Él me siguió de un salto.

Cuando abrí la puerta, sin embargo, se quedó petrificado. Levantó las patas hacia el umbral y olfateó las baldosas del suelo. Tuve que subir las escaleras de espaldas tirando del collar. La saliva le goteaba del hocico, ponía los ojos en blanco y arañaba la madera con las garras. El collar casi le salía por encima de las orejas, pero yo seguí arrastrándolo escaleras arriba sin ceder. Sus gruñidos atormentados resonaban en el pasillo, e intentaba morderme. Cuando me detuve en el rellano para tomar aliento, se soltó con un repentino movimiento de cabeza.

Afortunadamente, no volvió a bajar. Me esquivó corriendo y se precipitó escaleras arriba, pero no pudo seguir avanzando porque la puerta estaba cerrada. Se volvió sin moverse con el rabo entre las piernas y levantó la vista hacia el rincón más alto del techo acabado en punta, como si las pequeñas arañas que allí vivían pudieran ayudarlo. Luego se desplomó en el felpudo, soltó un gemido lastimero y yo subí poco a poco para reunirme con él.

—¡Buen chico! Nadie te hará daño.

Le enseñé sonriendo las palmas de las manos, pero en sus ojos había pánico. Cuando llegué al último peldaño, volvió a levantarse de un salto. Temblaba de pies a cabeza, orinó en el suelo y estuve a punto de gritarle, pero mantuve la calma. Con mucha cautela, estiré el brazo por encima de su cabeza hacia el picaporte. Tan pronto como hube abierto, se escabulló por la rendija de la puerta entornada y entró corriendo a ciegas. Se metió en nuestra habitación y se escondió bajo la cama de Sophie. Yo lo seguí y cerré la puerta.

Mi padre aún dormía. Fregué el charco de orina del rellano y bebí un vaso de agua. Luego hice girar la manivela de la máquina cortadora y corté unas cuantas rebanadas del pan que la señora Gorny nos había dejado en la cocina. Lo unté con margarina y paté de hígado y puse agua a calentar para prepararle el té a mi padre. Había Pennyroyal y Westminster. Escogí Westminster. En la huevera de la nevera quedaba medio limón. Mientras lo exprimía, oí a mi padre en el baño y, al poco rato, en la sala de estar.

Cuando caminaba por las tablas de madera, la vitrina de mi madre tintineaba ligeramente. Era un viejo armario con una base semicircular que apenas llegaba a la cintura de un adulto. Detrás de la puerta de cristal esmerilado se contaban tres estantes. En los dos inferiores, mi madre tenía sus tazas de coleccionista expuestas sobre sus correspondientes platos, de forma que se veían las flores u ornamentos dorados del interior. En el estante superior estaban las copas de vino y licor, casi todas de cristal finísimo. Nunca las utilizábamos, ni siquiera los domingos. Mi padre tomaba la cerveza directamente de la botella y nosotros bebíamos la leche en tarros de mostaza con asa reutilizados. Encima del mueble estaba el ambientador antitabaco, una lechuga de porcelana cuyos ojos amarillos brillaban cuando la encendías.

Mi padre bostezó. Aún llevaba el pantalón del pijama y una camiseta interior. Se rascó la barriga y el pecho con ambas manos y, a continuación, puso el cazo de la cebada en el pequeño fogón que nos había prestado la señora Schulz. Cerré la fiambarrera.

—Te lo he untado con paté de hígado, ¿vale? Si prefieres queso, tendré que salir a comprar.

Él meneó la cabeza, sacó la bolsita de té del termo y añadió una cucharada de azúcar y el zumo de limón. Luego cerró el tapón de rosca. Cuando la cebada ya estaba caliente, se la sirvió en un plato y se sentó en el balcón. Pero no comió. Tenía las manos en el regazo y la mirada perdida en un punto lejano, más allá de los campos y el bosque de delante de la mina. Las cornejas volaban en bandadas en torno a la torre de extracción. Mi padre se arrancó una costra del brazo, donde tenía un viejo rasguño, y la piel rosada de debajo quedó al descubierto.

Me senté a su lado con el trapo de cocina en el hombro. Él cerró los ojos por un momento y tragó saliva. Le acerqué la botella de salsa Maggi empujándola sobre la mesa.

—¿Has hablado con mamá?

—¿Hum? —El blanco de sus ojos volvía a ser claro, y ya no estaba tan pálido. Removió el puré, tomó una cucharada y arrugó la frente de forma casi imperceptible—. La llamé, pero no estaba en la pensión.

—¿Y dónde estaba? ¿En el criadero de caballos?

Masticó despacio, con cierta cautela, y negó con la cabeza.

—En el mar, me ha dicho la dueña de la pensión. ¿Has hecho los deberes?

—¿Los de mates? Los hice ayer.

Mientras se aderezaba el puré, abrí el cajón de la mesa donde mi hermana guardaba la plastilina. Algunas canicas rodaron hacia mí. Volví a cerrar el cajón y señalé con el pulgar la ventana que teníamos detrás. Estaba cerrada.

—Oye, papá, quería preguntarte una cosa. Esta habitación en realidad es nuestra, ¿verdad?

Él mojó un trozo de pan en el plato.

—¿Por qué lo preguntas? Sí, pertenece a nuestra casa.

—¿Y por qué no podemos utilizarla?

—Anda, ¡qué ocurrencias! ¿Y adónde iría la joven Gorny?

Sacudí el trapo de cocina para ahuyentar una mosca de la barandilla, pero resultó que estaba muerta.

—No lo sé. Igual se casa pronto, o se va a vivir a otro sitio. Entonces, ¿me quedaría yo la habitación?

Mi padre tomó un trago de leche de la botella y se secó la boca con el pulgar.

—Es posible. Si pudiéramos pagarla.

—¿Cómo? ¡Pero yo creía que era parte de nuestra casa!

—Claro que sí, listillo. Pero si no la utilizamos, pagamos menos por el alquiler.

—Ah, ya...

Me humedecí los dedos para quitarme una mancha de la rodilla. Mi padre masticaba algo cartilaginoso que crujía ligeramente dentro de su boca. En lugar de escupirlo, sin embargo, siguió masticando. Los dientes le rechinaban igual que cuando dormía. Eché un vistazo al jardín.

—Oye, papá. El señor Gorny también es minero, ¿verdad?

—Por supuesto. Aquí todos somos mineros, ya lo sabes.

—Pero no es igual que tú, ¿no? Tú eres su jefe.

—A veces. Cuando lo asignan en mi equipo. Él es picador y yo soy supervisor de pozos.

—Entonces, ¿puedes decirle lo que debe hacer?

Él se encogió de hombros y asintió.

—Y también ganas más dinero, ¿no?

—Un poco más. Si los contratos están bien hechos.

—¿Y por qué él tiene una casa y nosotros no?

—Ah, ya veo por dónde van los tiros. —Apartó el plato medio lleno y comió otro trozo de pan—. Bueno, es verdad que tiene una casa, pero está endeudado de por vida. El propietario no es él, sino su banco. Y yo no quiero ni planteármelo. Quiero ser libre, ¿lo entiendes? Tú que eres un viejo indio...

Sonreí.

—¡Tecumseh! El que se mueve con el viento.

—¿Lo ves? Yo también soy así.

La camiseta interior se le tensó sobre el pecho y algunos pelos traspasaron el tejido. Me levanté y le llevé los cigarrillos de la cocina.

—Pero tú tienes que trabajar, ¿no?

Él se sobresaltó y luego se incorporó.

—¿Qué ha sido eso?

Yo también había oído algo. Le tendí el mechero.

—Déjalo, quédate sentado. Voy a ver. A lo mejor se ha caído un libro de la estantería.

En nuestra habitación, Zorro había volcado la caja de muñecas de mi hermana y estaba destrozando un osito de peluche. El serrín que le rellenaba la tripa estaba desparramado, y una de las orejas se sostenía solo por un hilo. Cuando intenté rescatarlo de entre sus dientes, me amenazó con un gruñido y decidí dejarle el osito, pero coloqué la caja sobre el armario.

—Una muñeca se había caído de la cama.

Mi padre se estaba vistiendo en el comedor con el cigarrillo en la boca. Le metí los bocadillos y el té en la bolsa mientras se abotonaba la camisa.

—A lo mejor nos toca la lotería. Me gustaría tener una casa, por supuesto. En mitad del bosque. Sin nadie alrededor, con un poco más de espacio... —A continuación, arrugó la nariz—. ¿Has pisado una caca de perro?

Me apoyé en el armario y examiné las suelas de mis zapatos.

—No. Puede que venga de fuera. ¿Quieres que vaya a por tu bici en el sótano?

Él negó con la cabeza, cogió la chaqueta del perchero y la sacudió brevemente. Las llaves tintinearón.

—No te acuestes tarde, ¿me oyes? En la tele solo dan gilipolleces. Y en cuanto se te meten en el coco, ya no vuelven a salir. Por cierto, ¿qué es esa carta que hay en la basura? La que está hecha pedazos, de Spar.

—¿Cómo? Ah, sí. Es propaganda.

—¿Cómo lo sabes? No estaba abierta, ¿verdad?

—Los Gorny tenían la misma.

Él asintió y salió de casa. Poco después lo vi entre los campos amarillo grisáceos, donde su silueta empequeñeció rápidamente. El sol se hundía y las pinzas cromadas que le sujetaban las perneras del pantalón centelleaban cada vez que pedaleaba. Cogí una cuchara limpia y me comí las sobras de su plato mientras pensaba que en nuestra casa nadie jugaba a la lotería. Nunca.

La siguiente noche, Marusha colocó un pedazo de cartón entre el timbre y el badajo. Cuando llamaron, no fui a abrir. En realidad, solo fui a cerrar la puerta. Al parecer, Jonny no se había quitado los zapatos y llevaba una bolsa llena de botellas. Salí al balcón y me apoyé en la barandilla. La ventana estaba abierta, pero la apertura entre las dos mitades de la cortina era demasiado estrecha para ver nada. Además, la luz de la lámpara de la mesita de noche se filtraba a través del tejido marrón rojizo.

La puerta del armario chirrió. De repente, una canción de los Rolling Stones empezó a sonar a todo volumen. Pronto lo bajaron. Jonny soltó una carcajada lasciva en tono de broma y abrió una cerveza. Las plumas del edredón crujieron por un momento. Justo después, Jonny profirió un eructo burbujeante.

—Recuerdos desde el nivel siete...

Marusha dejó escapar una risita y apagó la luz. La cortina roja se volvió gris. La luz de la luna proyectaba mi estrecha silueta sobre la tela. Me aparté.

Zorro dormía en el sofá, delante del televisor encendido, pero se despertó cuando me senté a su lado. Le acaricié el cogote y le arranqué algunos cardos que llevaba enredados entre el pelo.

—Cómo apestas, amigo. Como un *askari*.

No tenía ni idea de lo que significaba; mi padre lo decía a veces cuando hablaba del trabajo: «Apestábamos como *askaris*». Zorro me dio un mordisco juguetón en la mano.

Entré en la cocina, saqué una loncha de salchichón del envoltorio y la levanté por encima de mi cabeza. El rabo de Zorro golpeaba la vitrina de cristal. Me siguió gimoteando hasta el cuarto de baño y, en cuanto hube cerrado la puerta tras él, bajé la mano y tiré el salchichón dentro de la bañera. Él vaciló, se apoyó en el borde con las patas delanteras y se estiró para alcanzar la loncha, pero no lo consiguió. Le levanté las patas traseras y lo ayudé a entrar. Sus garras repiqueteaban en el esmalte. Engulló el salchichón de un bocado y ladró una única vez, como si me diera las gracias. Luego se relamió.

Le acaricié la cabeza, lo sujeté por el collar y abrí el grifo. A pesar de que el calor del día había mantenido el agua caliente, Zorro se estremeció cuando lo alcanzó el chorro del teléfono de ducha. Intentó retroceder de un salto, sus patas rechinaban y chirriaban, pero no se me escapó. Empecé a hablarle en tono tranquilizador. Su pelaje húmedo parecía negro.

El perro gruñía y retorció los ojos inyectados en sangre. Mientras yo dejaba caer un largo chorro de champú de huevo en su lomo, se encabritó. Pero yo retorcí el collar de cuero trenzado. Así, el aire apenas le llegaba y no podía aullar ni ladrar, solo jadear. La tensión que me agarrotaba el brazo era parecida a la que sentía cuando sujetaba una cometa muy lejana bajo una tormenta de otoño. Aun así, no lo solté ni cuando empezó a resbalar por la espuma y a chocar contra la pared de la bañera y los grifos. Finalmente, pareció rendirse.

Se quedó quieto y despatarrado, y no dejó de temblar mientras yo lo enjabonaba concienzudamente y lo enjuagaba. Repetí la operación dos veces. El agua salía gris, pero el pelaje, que se le pegaba al cuerpo huesudo, volvía a notarse suave al tacto. Lo envolví con una toalla de baño blanca y lo froté para secarlo. Él se dejó hacer. Cuando ya estaba medio seco, lo cogí por el tórax y lo ayudé a salir de la bañera, donde había dejado un par de arañazos. Abrí la puerta. Pero él no me miró ni me siguió hasta el comedor, donde el televisor seguía encendido. Se dirigió lentamente a nuestra habitación y se escondió de nuevo bajo la cama de Sophie.

Me tumbé en el sofá. En el segundo canal daban una película de amor. Cuando los protagonistas se besaron, me arrodillé delante de la pantalla para ver bien cómo lo hacían. Tenían los labios cerrados, no había ni rastro de lengüetazos, y sus narices eran muy largas, por lo que me pareció curioso que no chocaran. Supuse que sería por la posición de la cabeza. Cogí un lápiz y dibujé una cara en el marco de la puerta: punto, punto, coma, línea. Los labios los resalté un poco más. Luego coloqué las manos a ambos lados de la madera, a la altura de las caderas, y me arrimé al marco de la puerta. Al acercar la cara, la punta de mi nariz chocó enseguida con la madera. Pero si inclinaba la cabeza a un lado, la nariz sobrepasaba el borde y podía besar la boca sin obstáculos.

Practiqué unas cuantas veces, también con los ojos cerrados. De repente, llamaron a la puerta muy discretamente. Alguien presionó la manecilla varias veces, pero no me moví. Me escupí en los dedos y traté de borrar el dibujo del barniz, pero solo conseguí emborronarlo. Llamaron otra vez, algo más fuerte, y consulté el despertador. Eran las once.

—¿Quién es?

—¿Quién va a ser? —siseó Marusha—. ¡Abre de una vez!

—¿Por qué? Ya estoy durmiendo.

—¿Con la tele encendida? ¡Por favor...! Es urgente.

Tiré del cordón para encender la lámpara de pie. Luego busqué en el bolsillo del pantalón, metí la llave en la cerradura y abrí la puerta, pero solo un poco. La atranqué con el pie. Marusha llevaba su bata con el estampado de Disney. Era de Woolworth. Los dibujos no coincidían en las costuras: parte del cuerpo de Goofy estaba pegado al de Minnie, y el sombrero del tío Gilito estaba en el trasero de Pluto.

—¿Podemos mear en tu baño? Estábamos charlando y hemos bebido demasiada cerveza... Mi lavamanos no funciona.

—¿Y por qué no usáis el orinal?

—¡Está lleno! —Juntaba las rodillas como hacía Sophie cuando ya no podía aguantar más—. ¡Por favor, Juli! Te daré algo a cambio.

—Vale. —Los dejé pasar—. ¡Pero que no sea chocolate negro otra vez!

Jonny, que llevaba el tupé repeinado como si no hubiera estado en la cama, le apoyó una mano en el hombro y se abrió paso entre nosotros. Su

bañador negro relucía como el carbón y tenía un emblema deportivo en la parte delantera. Sin mirarme siquiera, cruzó el comedor en línea recta hacia el pasillo y desapareció en el cuarto de baño antes de que yo pudiera indicarle:

—¡A la derecha!

Marusha me sonrió.

—Ya lo sabe. —Era una sonrisa seria, de mujer adulta.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabe?

Ella se encogió de hombros.

—Todas las casas son iguales.

Jonny no había cerrado la puerta y se oía el golpeteo del chorro contra las paredes del inodoro, pero ella no parecía incómoda. Paseó la mirada por la sala de estar.

—Tenéis unos muebles preciosos, no se puede negar. Tu madre tiene buen gusto. Si algún día tengo mi propia casa...

—¿Por qué lo dices? ¿Te mudas?

—¿Yo? Te gustaría, ¿verdad? No sé, quién sabe...

Llevaba la bata más bien floja, y me pareció que despedía un olor raro, a camembert Rotkäppchen. Le señalé el cuello y, sin saber por qué, susurré:

—¿Ha intentado estrangularte?

Ella abrió la boca. Parecía que se le hubiera corrido el lápiz de labios, aunque no los llevaba pintados. Al lado de la puerta de entrada había un espejo redondo con un marco en forma de estrella, hecho con hilo de lana y alambre. Ella se palpó los dos moratones rojizos que tenía en el cuello y murmuró:

—¡Será cabrón!

En aquel momento, Jonny tiró de la cadena. La cisterna gorgoteó y él salió del baño ajustándose la goma del bañador. No se molestó en andar sigilosamente. No tenía pelo en el pecho, y sus pectorales se bamboleaban a cada paso. Nos sonrió. Pero los ojos de Marusha estaban encendidos por la rabia.

—¿Qué es esto, idiota? ¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué? —Me guiñó el ojo—. Es una pequeña marca de fuego. Así, todo el mundo sabrá que eres de Jonny.

—Ah, claro. ¿Y cómo voy a explicarlo en el trabajo? ¿Qué crees que van a pensar? ¡Y no puedo ponerme un pañuelo con el calor que hace!

Él chasqueó la lengua e hizo un gesto con la cabeza.

—No me toques las narices y ve a mear.

Ella respiró hondo, pero no dijo nada. Tiró de la cinta de la bata para abrochársela y se volvió. Su trasero se balanceaba bajo el tejido colorido y sus pantorrillas morenas relucían. Jonny me miró.

—Lo único que puedo decir es que ha sido culpa suya. Cuando están tan cachondas, ni siquiera se dan cuenta... ¿verdad? ¿Cuántos años tienes, chaval?

Olía a gomina y a cerveza.

—¿Yo? Casi trece.

—Así que doce. ¿Ya tienes pelo en los huevos?

No respondí. Solté un bufido y él se echó a reír.

—No te hagas el ofendido como si fueras una niña. ¿Quieres que te lleve a dar una vuelta en mi Guzzi?

—¿No tiene una Kreidler?

—No me trates de usted. Tenía una Kreidler. ¿Por?

—¿Y la Guzzi es mejor?

—¡¿Mejor?! ¡Es como comparar un Goggo con un Mercedes, colega!

En los brazos lucía varios tatuajes caseros: anclas, corazones en llamas, una cruz en una colina. Y también una frase: «Jonny ama...». Torcí un poco la cabeza, pero no pude leer ningún nombre. Detrás de la palabra «ama» había un hueco pálido y ovalado. En la siguiente imagen aparecía una ondina con una espada. Marusha tiró de la cadena y salió del baño sin mirarnos. Con los puños hundidos en los bolsillos de la bata y los labios apretados en una fina línea, miraba la pantalla del televisor como si hubiera algo más que la carta de ajuste.

Jonny estiró el brazo.

—No hagas teatro. Mañana ya se te habrán borrado.

Pretendía darle una palmadita en el trasero, pero ella lo esquivó y me acarició el pelo.

—Gracias, Juli. Y ahora vete a la cama, ¿vale? Es muy tarde. Yo también me voy a dormir.

Salió de casa con la cabeza alta, sin dirigirle ni una mirada al chico. Pero él me guiñó el ojo. Poco después, los oí reír de nuevo en la oscuridad. Una canción de los Beatles sonaba a bajo volumen.

Cogí otra loncha de salchichón de la nevera y la eché bajo la cama de Sophie. Zorro la olfateó y la engulló, pero no salió de su escondite hasta que sujeté una segunda loncha delante de sus narices. Todavía estaba un poco húmedo, pero ya no parecía enfadado conmigo. El pelaje le olía bien. Saqué un plato hondo al balcón y lo llené de leche. Sus lametones eran tan enérgicos que la porcelana golpeteaba en el pavimento. Pero, aunque la ventana de Marusha estaba abierta, ellos dos no parecieron oírlo.

El somier rechinaba, las plumas crujían y Marusha gemía en voz baja y respiraba de forma rápida y temblorosa. A él no lo oía. Me senté en el suelo, apoyé la espalda en la pared y miré al cielo. Incluso el perro levantó la cabeza brevemente. Había algo plateado en aquellos ruidos, muy delicado, como el reflejo de la luna en la leche. Noté que se me erizaba el vello de los antebrazos y me rasqué.

Las luces de un avión parpadearon entre las estrellas. Los dos empezaron a moverse con más intensidad, Zorro lamió algunas gotas del suelo y yo contuve el aliento hasta que, de repente, oí la voz de Marusha:

—¡Espera! —susurró—. ¡Espera!

Por unos instantes, todo quedó en silencio. Los grillos cantaban en el jardín. Luego se oyó un crujido, probablemente de una almohada, y su voz detrás de la cortina sonó como siempre, muy tranquila, casi adulta. El plato estaba vacío.

—¿Julian? ¿Puedes entrar en casa, por favor?

Me levanté, arrastré al perro a través del umbral y cerré la puerta.

El hombre se volvió. Las luces que iluminaban la curva que llevaba a la galería superior funcionaban, aunque parpadeaban. El agua había entrado por tres puntos, pero el camino hacia el pozo parecía transitable. Tras el desvío, todo estaba a oscuras. Allí era donde empezaba El Viejo, un frente de arranque explotado que aún no había sido rellenado de nuevo y se utilizaba como almacén y vía de escape. La entrada estaba inundada. El hombre abrió la caja

situada junto a la trailla y sacó un mazo, una cuerda y un puñado de clavos. Fue hacia las tablestacas que un minero había amontonado allí antes de ser sorprendido por el agua. Medían unos dos metros de largo. Serró una por la mitad y unió las dos mitades con traviesas. Junto al montón había varios bidones llenos de agua y té. Vació dos en la oscuridad, que de repente pareció más clara con el recuerdo que evocaba el aroma. Té de menta.

El hombre rebuscó entre las herramientas hasta encontrar un carrete de alambre y ató los bidones de plástico bajo las tablas. Empujó la balsa hacia el agua y colocó la caja de herramientas encima y el martillo picador al lado. Una manivela rechinó en algún lugar, y a lo lejos oyó los gritos de los saladores. Se quitó la chaqueta y la camiseta interior gris, se desató los zapatos y metió los calcetines dentro. A continuación, se quitó el cinturón, se lo colgó del hombro en diagonal y se ató la batería de la linterna frontal delante del pecho. Por último, se quitó el pesado pantalón de dril. Metió todas sus cosas en la balsa y descendió unos pasos por el suelo inclinado.

El agua no estaba caliente a pesar del calor que hacía en la galería, y cuanto más se adentraba en ella, más fría estaba; casi helada. Los repentinos destellos de la linterna lo deslumbraban. Notaba los raíles bajo los pies descalzos. Se sujetaba firmemente a las mampostas, troncos pelados que sobresalían del agua como restos de palafitos prehistóricos. El agua le llegaba a la cadera. Al siguiente paso que dio, le desapareció el ombligo.

Se detuvo un momento para que su cuerpo se aclimatara a la temperatura, que por lo menos era estable dadas las circunstancias. Levantó la cabeza lentamente. Casi todo el techo se sostenía únicamente por la tensión residual de la roca, y cada gota que caía desde las grietas y hendiduras resonaba varias veces en el silencio. Una hilera de montantes trapezoidales se apoyaba inclinada en la pared de la galería, de forma que parecía un almacén de madera quemado.

Siguió adelante con el agua al pecho, pero la linterna no titiló. La batería era resistente. Notaba grava y piezas de hierro bajo los pies. Cuando perdió pie momentáneamente, se sujetó a un viejo conducto de aire de goma desgastada y siguió avanzando. Al poco rato, volvió a tocar suelo y miró alrededor. Detrás de él tenía un montón de puntales y mampostas que se habían caído o hundido, unidas por una maraña de cadenas y cables colgados entre

ellas como lianas; se sumergían en la negra y lisa superficie del agua y emergían de nuevo un poco más allá. Pero justo a su lado flotaba algo más claro. Lo iluminó con la lámpara. Una fiambarrera de plástico. A través de las paredes, ligeramente transparentes bajo la luz, se veía un envoltorio dorado, quizá un bombón. El hombre se acercó un poco más.

Remaba con un brazo para avanzar, y la balsa que arrastraba tras él se desvió a un lado y rozó ligeramente una mamposta, que no se movió. Pero el bastidor que tenía encima, un tronco de abeto, cayó en el agua, que aún le llegaba a las costillas, y lo cubrió. Dio un paso al frente, pero no fue lo bastante rápido. El tronco, empujado por la fuerza del impacto, le arañó la espalda. El hombre apretó los dientes y cerró firmemente los ojos.

Se obligó a respirar hondo, aunque le resultaba casi imposible por el dolor. Solo podía jadear, los músculos abdominales se le agarrotaron y se mareó. Se sujetó a la balsa con una mano y con la otra se palpó la espalda y se examinó los dedos a la luz de la linterna. Luego se sumergió en el agua. A pesar de lo sucia que estaba, el frío le sentó bien. Alguien abrió una puerta de ventilación en algún lugar, la corriente de aire se intensificó y rizó la superficie negra del agua. Volvió a mirar alrededor en busca de la fiambarrera. Pero le tapaba la vista un montón de mampostas redondeadas que habían caído unas encima de otras en todas direcciones. Se incorporó y siguió avanzando despacio.

El pájaro ya no estaba. Alguien —probablemente los miembros de la banda Kleekamp— había entrado durante la noche y lo había destrozado todo. Se habían llevado todo lo que se podía aprovechar —botellas retornables, restos de velas, herramientas— y hasta habían hecho sus necesidades en un rincón. Las moscas verdes que zumbaban en torno a los excrementos huyeron disparadas hacia el techo cuando Zorro se acercó para olfatearlos. Recorté con el cuchillo el pedazo del cartón sobre el que estaban y los arrojé al campo de cereales. Colgué la percha del papagayo en un árbol.

Incluso habían encontrado la revista pornográfica escondida en el compartimento secreto de la pared y habían arrancado algunas páginas; había recortes de chicas desnudas por todas partes. Barrí el suelo y los tiré al

exterior a través del umbral. Luego busqué una piedra manejable y volví a clavar las tablas. La pequeña ventana se sostenía solo por una bisagra, la otra tenía los agujeros dados de sí y ya no se podía atornillar. Rellené los agujeros con serrín hasta que pude volver a colocar la bisagra.

Cuando cerré la ventana —las campanas de la iglesia repicaban a pesar de que aún no era mediodía—, lo vi entre los muros y las vigas carbonizadas del antiguo establo. Le acariciaba la cabeza a Zorro y parecía estar leyendo las inscripciones y dibujos del revoque. Puede que me hubiera oído. O puede que no. Coloqué el harapo raído ante el cristal resquebrajado, que tenía algo de musgo en las esquinas. Me dirigí a la puerta y la cerré con mucha cautela. Aun así, chirrió.

Pero él no se volvió. Rebuscó en su bolsa desgastada, de la que asomaba un termo. Se metió algo en la boca y siguió leyendo mientras masticaba. El Gordo y los demás habían escrito en la pared toda clase de cochinadas, incluso rimas al estilo de: «Un agujero es un agujero. A ver quién la mete primero», y Karl había dibujado con una tiza un gnomo de jardín con una verga de un metro en el interior de la cual figuraban nuestros nombres. Corrí el pequeño pestillo un poco antes de tiempo y tuve que volver a abrir la puerta, apenas un resquicio. Pero justo entonces el señor Gorny se volvió. Aunque había varios árboles entre nosotros, tuve la sensación de que me miraba a los ojos como si estuviera a mi lado. No pareció sorprendido. Se dio un golpecito en el sombrero.

—Hola.

Le devolví el saludo con un simple golpe de cabeza. Le dio a Zorro un trozo de pan, cerró la bolsa y se me acercó despacio por el césped. Mientras caminaba, observaba los objetos desparramados a su alrededor: una vieja escalera, una carretilla sin rueda, un montón de ladrillos rotos. Di un paso al frente y me quedé bajo el colgadizo. El hombre tenía una migaja pegada al mentón.

—¿Y bien? —Se levantó el sombrero y miró dentro de la barraca, detrás de mí. Sus pestañas también eran rubias—. ¿Este es vuestro escondrijo, entonces? No está mal. ¿Y dónde están los animales?

Me encogí de hombros y señalé a Zorro.

—Por ahora solo tenemos a este. Un perro de caza de pura sangre. Me obedece enseguida.

El señor Gorny se acercó un poco más y yo me aparté a un lado. Aun así, me apoyó la mano en el hombro. Me tambaleé un poco. Cruzó el umbral, examinó el interior de la choza y arrugó la nariz. Su traje estaba desgastado, y el tejido marrón relucía en la zona de las mangas y la parte trasera de los muslos. Dejó la bolsa en el suelo y señaló la esquina con el pulgar.

—¿Y eso qué es? ¿Un ataúd infantil?

Sonreí.

—Era el comedero. Pero está vacío.

—Entonces... —Se sentó sobre la tapa y apoyó las manos en las rodillas, donde las rayas del pantalón estaban casi del todo desdibujadas. Su ancha alianza brillaba en la penumbra—. Nosotros también teníamos refugios como este. Si nuestros padres hubieran sospechado lo que hacíamos aquí dentro... — Me tendió la mano con la palma boca arriba y cerró los dedos varias veces rápidamente, indicándome que me acercara—. Entra un segundo y cierra la puerta para que pueda ver cómo se está aquí dentro.

Obedecí. Él colgó el sombrero del tirador de la ventana y se apartó un poco a un lado presionando la lengua contra la parte interna de la mejilla. La migaja que le colgaba del mentón cayó al suelo.

—Anda, siéntate aquí.

—Antes tengo que sujetar la manecilla. Si no, la puerta se volverá a abrir. ¿Ya ha salido del trabajo?

Zorro escarbaba ante la puerta. El señor Gorny chasqueó la lengua y señaló el interior de la barraca.

—Se podría hacer algo aquí dentro. Aquí una mesa, ahí una cama, un pequeño horno... y ya tienes tu nidito de amor. Eres todo un propietario, ¿verdad? Igual que yo.

—No. Esto no es mío.

—Ya, era broma. Pero mi casa tampoco es mía, en el fondo.

—¿Ah, no? ¿Y de quién es? ¿Del banco?

Me lanzó una rápida mirada por el rabillo del ojo y se metió una mano en el bolsillo del pantalón.

—Tampoco. En la vida no se puede poseer nada. ¿Lo entiendes?

Arrugué las cejas.

—Sí, sí que lo entiendes. Vas a la iglesia. Ni siquiera te pertenece el pelo que tienes en la cabeza. Ni un solo cabello.

—¿Porque pueden caerse?

—O puedes conservarlos. Pero no por eso te pertenecen. Reflexiona, piénsalo a fondo. Y luego prueba a decir: «Mi dinero, mi casa, mi mujer...». Nada de eso es tan importante. Bajo la ropa, soy igual que tú. —Volvió a mirar alrededor—. Y aquí es donde tenéis vuestros juegucitos, ¿no?

—A veces jugamos a las cartas. Al cuarteto de coches. O al mau-mau.

—Venga, no disimules. También hacéis otras cosas.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

No sabía a qué se refería. Él se agachó y recogió del suelo un trozo de papel del tamaño de un sello. Sonreía, pero su boca era una línea fina como una cuchilla.

—¿Y esto qué es?

Color carne. Lo había pasado por alto al barrer. Me encogí de hombros.

—Ni idea. A lo mejor es de la banda Kleekamp.

—No me vengas con esas. ¿Me tomas por idiota? Aquí os hacéis pajas, ¿no?

—¿Qué?

—¡Dios mío! No tienes por qué avergonzarte, es normal. Nosotros también lo hacíamos. ¿Quién es el que la tiene más grande?

—¿Qué quiere decir? No lo sé, yo solo vengo a echar comida a los animales.

Él resopló en tono burlón.

—Ya, claro.

Mientras hurgaba en el bolsillo del pantalón con una mano —se le marcaba la forma de los nudillos a través de la fina tela—, con la otra sujetaba la pequeña fotografía delante de él. Tenía la uña del pulgar de un color azul negruzco.

—Tengo que irme, mi padre...

—Tiene turno de noche, está durmiendo. Relájate, hijo. Nos conocemos, ¿verdad? Vivimos bajo el mismo techo. ¿A vosotros también os parpadea la televisión últimamente?

—¿A nosotros? Creo que no. Solo la carta de ajuste.

—¿En serio? Qué interesante. —Siguió hurgando enérgicamente en el bolsillo. Cerró los ojos por un instante, como si estuviera haciendo un esfuerzo, y gimió en voz baja—. O sea que tú también ves la televisión hasta tarde...

Las patas de Zorro aparecieron por debajo de la puerta, solo las puntas. Empezó a arañar el cartón que cubría el suelo. El señor Gorny se reclinó.

—Tu padre es un hombre corpulento. Musculoso. A las mujeres les gusta. ¿Lo has visto desnudo alguna vez?

—¿Yo? No.

Se humedeció los labios.

—Yo sí. Entre nosotros nos vemos como el día en que nacimos. En el vestuario. Nos frotamos la espalda unos a otros, ¿sabes? No tiene nada de malo. Algunos la tienen pequeña y otros, grande. Las hay torcidas y rectas. Algunas están incluso circuncidadas. ¿Te gustaría verlo?

El perro aullaba en el exterior y yo no sabía qué decir. Me palpé el brazo, tenía varias picaduras de pulga en el codo. Ahora el señor Gorny hurgaba en el otro bolsillo y se oía un ruido metálico, como de cajita de pastillas. Inspiró a través de los dientes cerrados y separó las rodillas. Yo abrí la puerta.

—Eh, ¡espera!

—Sí, solo será un momento...

Pero salí al aire libre, donde la luz del sol me deslumbró.

—¿Está buscando la llave de casa? Puedo dejarle la mía. Tengo que quedarme aquí recogiendo.

Zorro me saludó con un ladrido y se me abalanzó encima. Me apoyó las patas en el pecho e intentó lamerme la cara, pero lo aparté. Tenía que hacer pis. Me dirigí a los árboles y él me siguió. Pisoteó el charco de mi orina. Al poco rato, el señor Gorny salió de la barraca.

Yo estaba desmontando la caja de los conejos. Despedía un olor bastante fuerte, y en los tablones rugosos aún había restos de pelo. El señor Gorny se había vuelto a poner el sombrero y se toqueteaba la cremallera del pantalón. Me sonrió, y le vi los dientes por primera vez. Eran cortos y amarillos, y estaban un poco separados. Partí una tabla por la mitad con la rodilla.

—¡Caramba! —Se sacudió el polvo y las telarañas de las mangas—. ¡Qué fuerte eres!

Partí la siguiente tabla procurando no sonreír, pero al final no pude evitarlo. Él cerró la puerta. Apilé la madera en el hoyo de la hoguera.

—¡Venga ya! Un chico de tu edad ya no se pone en cuclillas cuando tiene que agacharse. Eso lo hacen los niños pequeños y las niñas. ¡Levántate e inclina el tronco!

—Vale. ¿Ha encontrado la llave?

Él se limitó a negar con la cabeza y se dirigió al carril asfaltado para bicicletas, donde había un reflector roto. Lo examinó durante un rato y, finalmente, le dio un puntapié y se volvió de nuevo hacia mí. Una súbita ráfaga de viento agitó el trigo que tenía detrás; dos gorriones levantaron el vuelo de entre las espigas y él se sujetó el ala del sombrero.

—Dime, ¿no te aburres cuando tu padre tiene turno de noche? ¿Te sientes solo?

No sé por qué, pero de repente me ardieron los ojos. El viento levantó un puñado de ascuas frías, y yo negué con un golpe de cabeza. Luego añadí al montón el resto de los tablones y algunas ramas carcomidas y busqué las cerillas.

—No me quedo viendo la tele hasta tarde. La carta de ajuste también sale antes de que empiece la programación.

Él me observó sin rencor. A pesar de que tenía los ojos azules, su mirada era gris.

—Ya veo. A lo mejor vengo a verte alguna noche, ¿qué te parece? A veces no puedo dormir. Podríamos jugar a las cartas. Al cuarteto de coches.

Me limité a asentir y él se fue. Las cerillas debían de haberse mojado, pues muchas de las cabezas se desmigajaron al frotarlas en el raspador. Al final conseguí prender un trozo de papel, pero hacía demasiado viento y la madera no quemaba bien. El viento empujaba las nubes en el cielo, levantaba las hojas caídas y desviaba la llama a un lado. El césped mustio prendió y yo lo pisoteé. Pero las llamas se extendían rápidamente. Yo pataleaba y pataleaba, y bajo mis pies se arremolinaban nubes de polvo.

El domingo desayunamos tarde, sin la vajilla de colección. Mi padre hizo huevos revueltos con el cebollino que la señora Gorny nos había traído del jardín. Mientras tanto, en la tele daban un programa titulado *El aperitivo internacional*. Werner Höfer no solo me caía mal por sus grandes gafas. Alargaba tanto las palabras al hablar que era muy fácil adivinar qué diría a continuación, y tenía la sensación de que su aburrido programa no terminaría nunca. Pero entonces mi padre apagó el televisor y se encendió un Gold-Dollar. Apoyó los brazos en el respaldo del sofá y miró por la ventana. El cielo era azul.

—¿Has hablado con mamá?

Él asintió.

—Ayer por la noche, antes de empezar mi turno.

—¿Y qué te dijo? ¿Volverán la semana que viene?

Él inclinó la cabeza hacia atrás y expulsó el humo hacia el techo.

—La siguiente. Tu madre necesita descansar.

—Claro. —Le acerqué el cenicero—. ¿Y no podríamos ir a visitarlas? ¿Aunque solo fuera un día?

Él me miró.

—Estaría bien, pero la semana que viene también tengo turno de noche. Te aburres, ¿no?

—No, no. Estoy bien.

—Sí, sí que te aburres. Preferirías estar allí arriba, igual que yo. Menudo par de pueblerinos estamos hechos, ¿verdad?

Sonreí y me encogí de hombros. Luego me levanté, recogí los platos y los llevé a la cocina. Me llené un vaso de leche. Encima de la torre de extracción de la mina ondeaba una bandera, por lo de Berlín.

—Oye... —Bebió un sorbo de Nescafé—. Podríamos hacer algo. Tengo un colega en Kleekamp y siempre he querido hacerle una visita. Es un buen tipo. Podríamos ir.

—Bueno... —Me senté otra vez—. No tenemos por qué ir. De verdad que no me aburro.

Aplastó la colilla del cigarrillo y se ajustó el cinturón de la bata.

—Te caerá bien. Conoce todos los jugadores de la Oberliga West y los resultados de todos los partidos. Y colecciona revistas militares, fotos de

buques de guerra y cosas así. Además, ¿sabes qué? Su hermano es un delincuente de verdad. ¿Te acuerdas del diamante que robaron en Ámsterdam hace dos años? —Señaló el periódico del domingo, que estaba en el frutero—. Se llevaron miles de millones. ¡Pues el hermano de Lippek era uno de ellos!

—¿Lippek es un sobrenombre?

—¿Qué? No, no. Es su apellido. Se llama Herbert. Pues nada, me afeito mientras tú lavas los platos y recoges, y luego nos vamos.

Noté un olor raro cuando volví a entrar en la cocina, familiar y repulsivo al mismo tiempo. Me asomé al balcón por la puerta abierta. Marusha estaba sentada en el antepecho de la ventana, pintándose las uñas con los pies apoyados en nuestra mesa. No levantó la cabeza.

—¡Eh! ¿Estás de mal humor?

El pequeño pincel brillaba bajo el sol. Ella no dijo nada, solo movió la cabeza despacio. Encendí el calentador, llené el fregadero de agua caliente y añadí un chorrito de detergente. La miré de reojo otra vez. Llevaba los vaqueros Lee y una camiseta de deporte. Enjuagué el cenicero y fregué los platos, pero no conseguía quitar los restos de huevo pegados a la sartén. Marusha cerró el frasquito de esmalte.

—La esponja no te servirá. Necesitas un estropajo de níquel.

No tenía ni idea de dónde estaba. Busqué bajo el fregadero. Ella se quitó los discos de algodón que le separaban los dedos de los pies.

—En el armario de la limpieza. En el estante de arriba.

Allí había, en efecto, un estropajo de níquel. Marusha se desperezó y bostezó. Luego estiró las piernas hasta que los pies le sobresalieron del borde de la mesa y examinó el rojo de las uñas recién pintadas.

—Estos domingos son para pegarse un tiro, ¿no crees? Te pasas toda la semana deseando que llegue tu día libre y luego no sabes qué hacer. Creo que voy a emigrar. Quizá a Holanda, donde viven esos colgados. No tienen que hacer nada y viven la mar de bien.

—Podrías hacer una escapada con Jonny. Podrías ir a remar a Grafenmühle. También tienen campos de tiro.

—¿Con quién? —Ella arrugó la nariz—. Más vale que no se me vuelva a acercar, ese capullo. No seas nunca como ellos, ¿me oyes? Ya estoy harta de

los tipos como él. —Dio un puñetazo en el aire y me guiñó el ojo—. ¿Puedo confiar en ti?

Salí al balcón. Las manchas que tenía en el cuello habían empalidecido, pero le habían salido nuevos moratones en el brazo. Le quité los discos de algodón de la mano.

—Nosotros salimos ahora, por cierto. Vamos a ver a un ladrón de diamantes de verdad. Hasta salió en el periódico.

—¿Adónde? ¿Y por qué vais?

Tiré los discos en la coquera.

—Mi padre lo conoce de la mina. Él y su banda robaron millones en Ámsterdam. ¿No te enteraste?

Ella sonrió.

—¿En serio? Si es tan rico, ¿por qué trabaja en la mina todos los días?

Me encogí de hombros.

—Ni idea. Pero él estuvo ahí, eso seguro. Bueno, él o su hermano. Puedes venir y preguntárselo, si quieres.

—¿De verdad?

—¿Por qué no?

Volví a fregar la sartén, pero sin éxito: el sarro marrón se pegaba a las hebras del estropajo. Mi padre entró en la cocina. Ya se había puesto el pantalón del traje y se estaba abrochando la camisa blanca. El último botón solía costarle porque tenía las manos muy grandes. Se inclinó un poco y alargó el cuello. Yo me sequé las manos en el pantalón. Mientras lo ayudaba a abrocharse, echó un vistazo al fregadero.

—Ese es el estropajo del lavabo, hijo. Para quitar la cal.

No parecía haber visto a Marusha. Ella se inclinó hacia delante con los brazos en torno a las rodillas. Siempre que hablaba con mis padres ponía una voz dulce y melodiosa, y sonreía ampliamente. Pero solo con la boca.

—¡Hola, señor Collien!

Mi padre la saludó con un golpe de mentón y guardó los platos limpios en el estante superior del armario colgante, donde yo aún no llegaba. Ella levantó los pies de nuestra mesa y los apoyó en el antepecho de su ventana.

—Juli me ha dicho que se van de excursión.

—¡Qué va! Vamos de paseo.

—Qué suerte tienen. ¿Puedo ir?

—¿Tú? ¿Por qué?

—Aquí me aburro demasiado.

Mi padre se levantó el cuello de la camisa y sacó la corbata del bolsillo.

—Pues ve a ayudar a tu madre. Siempre hay algo que hacer.

—¡Hoy es mi día libre! —Hizo una mueca infantil, haciéndose la ofendida—. También necesito descansar de vez en cuando.

Mi padre se miró en el espejo que colgaba encima del fregadero —aprovechado de la jaula del periquito que teníamos antes— y se hizo el nudo de la corbata. Los dedos le temblaban, como siempre que hacía algo delicado.

—Aún no te has vestido y nosotros nos vamos ya. Quizá la próxima vez.

Mi padre introdujo la punta de la corbata en el lazo y ella se incorporó. Llevaba un emblema amarillo bordado en la camiseta de deporte, el águila federal.

—Solo necesito un minuto. Treinta segundos. ¡Por favor, señor Collien! Juli ha dicho que podía ir.

Mi padre me miró de reojo. Yo rascaba la sartén con una cuchara de madera. Él meneó la cabeza.

—Está bien, entendido. Pero solo vamos a Kleekamp. Y avisa a tus padres.

Ella se mordió el labio inferior y sonrió. Luego levantó los pies y volvió a su cuarto. Justo después oímos ruidos y golpes, como siempre que rebuscaba en el armario. Doblé el paño de cocina y lo colgué en la barra del horno. Mi padre me dio un cachete.

—Pues sí que empiezas pronto... Péinate, ¿entendido? Y quítate ese pantalón corto, por favor.

Fui a mi habitación. El pantalón caqui estaba sucio, así que me puse el del traje de la comunión y froté la raya para disimularla. Pero estaba demasiado marcada. Luego cogí el peine del cuarto de baño y, mientras me esforzaba por dominar mi pelo, llamaron a la puerta. Marusha estaba en la sala de estar y nos miraba con ojos radiantes.

—¿Puedo ir así?

Mi padre, que estaba sentado en el sofá hojeando el periódico, apenas levantó la cabeza. La chica llevaba un ceñido pantalón rosa, deshilachado a la

altura de los tobillos, y unos zapatos puntiagudos abiertos por detrás, también de color rosa, que parecían más unas pantuflas que unas sandalias de tacón. También llevaba una blusa blanca con el cuello acabado en dos largas puntas, y el rojo de sus labios era más intenso y brillante que la pintura de los nuevos Matchbox. Me sacó la lengua rápidamente.

Pero mi padre meneó la cabeza.

—No pienso llevarte así. Ponte algo más, por favor.

—¿Por qué? Estamos a más de treinta grados de...

Él pasó la página del periódico.

—Ya sabes a qué me refiero.

Ella se sonrojó levemente y agachó la cabeza para mirarse.

—¿Ah, sí? ¿Tanto se nota? —Cuando se tensó la blusa, yo también me di cuenta de que no llevaba sujetador. Desapareció de nuevo en su habitación.

Hacía tanto calor que no parecía que estuvieras al aire libre. El camino que cruzaba el campo de retama estaba asfaltado y parecía llevar directamente a la torre de extracción de la mina. Las ruedas estaban inmóviles y la bandera colgaba flácida, a media asta. Ni un soplo de aire movía las hojas de los árboles, ni un susurro agitaba la hierba reseca. Mi padre caminaba en silencio, con la chaqueta en el hombro. No era muy hablador, y yo tampoco sabía qué decir. De vez en cuando, arrancaba una flor de retama y la chupaba. Antes jugábamos a imaginar que eran dulces —aquellas flores tan amarillas tenían que ser dulces—, pero no sabían a nada.

Los tacones de Marusha repiqueteaban sobre el asfalto. Se puso las gafas de sol y señaló al horizonte, donde el perfil de la planta minera parecía desdibujarse. Una de las torres de refrigeración expulsaba vapor blanco, y la sombra de una corneja se deslizó rápidamente por debajo.

—¿En cuál de esos edificios trabaja usted, señor Collien?

La estrecha corbata marrón despedía un brillo metálico bajo el sol.

—En ninguno de ellos. Trabajo bajo tierra, igual que tu padre.

—¡Madre mía! ¿Todo el día?

Él asintió.

—Y ahora, toda la noche. ¿Por qué?

—No entiendo cómo se puede hacer algo así. No puede ser sano, ¿verdad? La suciedad, el polvo, el aire viciado... Y siempre hay accidentes.

—Como en cualquier trabajo. En las obras te puedes caer del andamio, y en una fábrica de acero... Qué sé yo. Lo importante es poder mantener a la familia, ¿no?

Marusha miró fijamente el camino con actitud reflexiva. Se rascó debajo de la nariz con el meñique.

—Sí, supongo que sí... —Luego dio un puntapié a una chapa y silbó una melodía casi inaudible. Yo andaba un poco rezagado, observando el bamboleo de su trasero en el ceñido pantalón. Incluso entorné los ojos para ver mejor, pero no fui capaz de distinguir el borde de sus braguitas.

Dejamos el carril para bicicletas y bajamos por un estrecho sendero lleno de basura y escombros que nos condujo a la acera de la calle Kleekamp. Aquel tramo estaba asfaltado y las casas tenían número. Las barracas empezaban pasado el puente.

—¡Uf! —Marusha se detuvo y se puso las gafas de diadema—. ¿Adónde vamos? ¡Nunca había estado aquí!

Mi padre abrió una verja de hierro forjado que le llegaba por las rodillas. En el jardín delantero había un sinfín de flores, todas abiertas como si de una explosión se tratara. Había algunas amarillas, blancas y naranjas, pero la mayoría eran rojas. Mientras mi padre llamaba al timbre y nosotros esperábamos, me fijé en las sandalias de Marusha. A través de la fina piel se intuía la forma de los dedos, que ella movía tímidamente.

En la primera planta, alguien descorrió un poco la cortina. Era una mujer mayor. Torció los labios como si estuviera masticando algo amargo. Entonces oímos unos pasos bajando la escalera, y mi padre me apartó un mechón de la frente y señaló hacia arriba con los ojos:

—Vive en la buhardilla.

No vi la grieta en el cristal ámbar de la puerta hasta que una sombra lo cubrió. El hombre que nos abrió estaba muy flaco, casi seco, y no llevaba zapatos, solo calcetines. Iba vestido todo de negro, pero el tono de la camisa no era el mismo que el del pantalón. La camisa, que parecía nueva, tenía hilos dorados entretejidos en el cuello y los puños. Esbozó una sonrisa amplia, casi pícaro, y le tendió la mano a mi padre.

—Walter, ¡viejo perro minero! Al final has venido, ¿eh? —Tenía el pelo rubio ligeramente desgreñado y los ojos azules. Se había hecho un corte en el

mentón al afeitarse—. Esto ya me lo olía, por eso he metido un par de cervezas más en la nevera. ¡Adelante, pasad!

Abrió la puerta para que entráramos, pero mi padre se quedó en el umbral y me apoyó la mano en el hombro.

—Este es mi hijo mayor, Julian.

—¡Hola! —El hombre me estrechó la mano con un fuerte apretón y me miró directamente a la cara. Incluso el contorno de sus ojos era negro de carbonilla incrustada—. Soy Herbert, pero puedes llamarme Lippek. Todos me llaman así.

—Y ella es...

—¡Hay que ver! —Mientras me estrechaba la mano derecha, le ofreció la izquierda a Marusha—. ¡No sabía que tuvieras una hija tan mayor! Esto que me has traído sí que es un auténtico trofeo.

Mi padre sonrió con severidad, y Marusha soltó una risita e hizo una reverencia exagerada. Luego se presentó.

—¡Bueno! —Lippek hizo un ruidito con la boca, como si estuviera saboreando algo, y se lamió una comisura. Tenía una nuez de Adán grande y prominente—. Ante tanta belleza habrá que cuidar la lengua, o no habrá nada que hacer. Anda, subid. Todo recto, hasta el séptimo cielo. Yo tengo que bajar un segundo a la bodega. Tomaos un vasito de licor, está delicioso y sabe a gloria.

La escalera olía a cera. Había pequeños taburetes con maceteros que se reflejaban en el linóleo de color caoba. Marusha subía apoyando solo la punta del pie en los peldaños. A veces, sus tacones repiqueteaban contra los listones de latón como pequeños martillos.

La buhardilla de Lippek era minúscula. En el descansillo, delante de la puerta, había un armario ropero. Tenía una cocina con una ducha, un pequeño dormitorio sin ventanas y un comedor de techo inclinado donde se apretujaban los muebles: un sofá con reposabrazos de madera, dos sillones y una mesa con la superficie de cristal que dejaba ver los cantos amarillentos de debajo. En un armario con estanterías había dos hileras de libros, probablemente ilustrados, y un globo terráqueo de cartón. Los océanos eran tan azules como el cielo que se veía por la ventana abierta.

—¡Sentaos! —Lippek, casi sin aliento, dejó encima de la mesa una botella sin etiqueta. Contenía un líquido que parecía jarabe de frambuesa, aunque era tal vez algo más claro—. Enseguida traigo las cervezas —Fue a la cocina, pero antes de entrar se volvió de nuevo. Yo me había sentado en uno de los sillones, con el trasero apoyado en el borde, y tenía la cabeza inclinada para leer los títulos de los libros—. Para ti tengo cerveza de malta. O limonada.

—Una cerveza de malta, gracias.

Mi padre y Marusha se sentaron en el sofá. El papel de pared gris claro parecía dibujado a mano —tenía un estampado de pinceles, paletas y pequeños marcos de cuadros—, y detrás de sus cabezas era más oscuro y tenía más manchas. Bajo la lámpara había cintas matamoscas. El pegamento había empezado a derretirse por el calor y colgaba del papel en gotas marrones.

Lippek dejó tres botellas de cerveza y una de cerveza de malta encima de la mesa, y abrió el armario tanto como se lo permitieron los sillones. Metió el brazo en la abertura y sacó jarras, vasitos y posavasos de rafia. Luego descorchó la botella de licor.

—Este domingo ya empieza a ser otra cosa... Las damas, primero.

Pero mi padre tapó el vaso de Marusha con el dedo. Ella se sorprendió y soltó un bufido de indignación. Lippek arrugó la frente.

—¿Qué pasa? ¿Está embarazada?

Ella se echó a reír, pero enseguida se llevó la mano a la boca y se la tapó con las puntas de los dedos. Mi padre le apartó el vasito.

—No puede beber. Por lo menos, nada de alta graduación. ¡Que tiene quince años, por el amor de Dios!

Lippek arqueó las cejas, fingiendo sorprenderse.

—¿En serio? ¡Vaya por Dios! Menos mal que lo has dicho. Todo el mundo quiere saber por qué lo han mandado a la cárcel, ¿no? Y yo que pensaba que ya estaba en edad de casarse... —Le guiñó el ojo y llenó los demás vasitos. El licor olía a grosella—. Deja que se tome uno, Walter. ¿O no? Solo para brindar. Es un poco de fruta líquida...

Mi padre miró a Marusha, esperando que fuera ella quien lo rechazara. Pero la chica se limitó a fruncir los labios, así que Lippek le llenó el vasito.

—En fin, damas y caballeros —levantó el vasito—, me alegro de que hayáis venido. —Me miró por encima del codo y asintió—. ¡Menudo padre tienes! ¿Lo sabías? No podrías tener uno mejor ni más trabajador. Además, no hay compañero más leal. Mirad... —Señaló con un golpe de mentón la ventana inclinada. Bajo una pequeña lámpara de minero de latón colgaba un marco de madera sin barnizar que contenía un certificado de picador. Mi padre tenía uno igual, pero lo guardaba en la mesita de noche—. Lo que ahora soy en la vieja mina se lo debo solo a él. Por super-Walter. ¡Salud!

Los hombres se tomaron el chupito de un trago. Marusha, en cambio, solo dio un sorbo.

—¡Hmm! —dijo, y se lamió el labio superior—. No es tan dulce como imaginaba. ¡Está delicioso!

—«Delicioso» es una palabra que se queda corta. — pek llenó las jarras de cerveza—. Bebed. Aclaraos la garganta y seguimos.

Mi padre se encendió un cigarrillo y dejó el paquete en la mesa con el mechero encima. Luego lo empujó hacia el cenicero.

—¿Mañana empiezas temprano?

Él asintió.

—¿Con quién?

—Ni idea. Probablemente con Motzkat.

—Ah, pues entonces tienes suerte. ¿Habéis arreglado ya la niveladora del nivel cinco? Esa cosa dispara rocas más deprisa de lo que tardan en expedir volantes de asistencia médica. Mulisch me dijo que habías pedido un tubo flexible patentado de cincuenta milímetros.

—¡Ese tipo tiene el cerebro de un mosquito! ¿Cómo voy a pedir uno de cincuenta si solo tenemos un empalme de treinta? No te creas todo lo que te diga ese idiota.

Marusha dio otro sorbo de su chupito. Luego se lo acabó y le alargó el vasito vacío a nuestro anfitrión. Había manchado el borde de rojo con su pintalabios.

—¿Es verdad que fue usted ladrón de diamantes, señor Lippek?

Él se sorprendió y meneó la cabeza.

—Escucha... —La apuntó con el cuello de la botella—. Antes de que digas una palabra más: estamos en mi casa, ¿verdad? El nombre de la puerta

es el mío, ¿no? —Marusha, cohibida, asintió de forma casi imperceptible, pero no respondió. Se mordisqueó el pulgar—. ¡Pues eso! Que te quede claro que en mi casa nadie se habla de usted. Y si se presentara un agente ejecutivo, le diría: «Oye, ya que vas a pegarme el sello de embargo en la nevera, ¡tráeme una cervecita!» —Ella se echó a reír, y él descorchó la botella con los dientes—. Para ti, soy Lippek a secas. Vuelvo enseguida, y entonces podremos aclararlo con un besito. Las cosas hay que hacerlas como es debido.

Sirvió otra ronda de chupitos, también para Marusha, y mi padre chasqueó la lengua.

—¡Ya está bien, colega! Es el segundo que se toma.

El otro asintió.

—Ya sé que sabes contar, Walter. Y no me importa que lleves la cuenta de mis mampostas y bastidores, que para eso eres el jefe. Pero este es mi territorio. ¡Salud!

Marusha levantó el vasito, pero en aquella ocasión, al contrario que los hombres, no bebió. Lo devolvió a la mesa, dio un sorbo de cerveza y señaló el paquete de HB que estaba entre las botellas.

—¿Me invitas a uno?

Lippek se secó la boca.

—A ti te invito a lo que quieras. Pero solo si me dejas que te lo encienda.

—¡Faltaría más! ¿O quieres que me lo fume en seco?

Yo me había ido llenando poco a poco la jarra de cerveza de malta. Ahora estaba llena hasta el borde, sin nada de espuma. Me incliné despacio para beber un sorbo.

—Venga, cuéntanos. —Marusha dio un golpe en la mesa con los nudillos y cogió el cigarrillo encendido—. ¿Es verdad que robaste diamantes?

Él chasqueó la lengua, miró a mi padre y señaló a la muchacha con la cabeza.

—Parece mentira, ¿verdad? Que una chica como ella tenga quince años. ¡Cuesta creerlo! Es toda una mujer, fíjate. Completamente formada.

—No. —Limpié la cerveza con el pañuelo—. Aún se está formando.

Él meneó la cabeza y le admiró las piernas desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué le puede faltar a una mujer como esta para estar formada?

Ella se enderezó la raya del pantalón y expulsó el humo por la nariz con gran elegancia.

—Es aprendiz en Kaiser und Gantz, trabaja vendiendo ropa.

—¡No me jodas! ¿En serio? Una vez me compré unos calzoncillos allí. Y os aseguro que fue de lo más desagradable. Se me acerca una mujerona y me pregunta qué talla de entrepierna utilizo. ¡Delante de todo el mundo! Y yo: «No lo sé, ni idea. Nunca me la he medido. Un metro más o menos». Y todos mirándome como si estuviera loco.

Marusha se echó a reír a carcajadas, dándose rápidas palmadas en la rodilla.

—Seguro que fue la señora Niedl. Suele preguntar cosas así. ¿Se llamaba Niedl?

Él se rascó el cogote.

—Qué sé yo cómo se llamaba aquella pájara. Ahora solo compro en el mostrador de ofertas.

Descorchó de nuevo la botella y me miró. Tenía las manos grandes como mi padre, pero sus muñecas eran sorprendentemente delicadas.

—¿Y tú? Eres muy callado. Como tu padre, ¿verdad? A él también hay que arrancarle las palabras de una en una. ¿Qué quieres ser de mayor?

Sonreí y me encogí de hombros. Mi padre aplastó la colilla del cigarrillo.

—Dibuja bien.

—¿Ah, sí? Bueno, tiene que haber de todo. Al menos no será tan estúpido como para buscar trabajo en la mina, ¿no? Si mi hijo me viene un día y me dice que quiere ser minero, le meto la pala por donde yo me sé.

Mi padre se rio echando el aire por la nariz.

—¡Pero si no tienes hijos!

Lippek volvió a llenar los vasos.

—¿Y qué? ¿Significa algo? Nada en absoluto. Nadie sabe lo que puede pasar. —Levantó el vasito con dos dedos, como si fuera una figura de ajedrez, y brindó con Marusha—. Venga, cielo, no te quedes rezagada. ¡De un trago!

Ella se dio unos golpecitos en la sien con la punta del dedo, e incluso mi padre hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Para ya, Herbert. Con el calor que hace... ¿Qué dirá Konrad si la devuelvo a casa borracha?

—¿Te refieres a Gorny? Con él también he bebido alguna vez. Tiene tan poco aguante como ella. ¡Salud, camarada!

Los dos hombres brindaron, pero ahora Marusha también cogió el vasito. Echó la cabeza hacia atrás con un movimiento tan brusco que las gafas de sol le resbalaron hacia la nuca. Se limitó a cerrar brevemente los ojos sin hacer ni una sola mueca, y devolvió el vaso a la mesa antes que los hombres. Las mejillas le ardían.

Mi padre la miró como a veces miraba a Sophie, muy serio pero con un deje melancólico en la mirada, y ella levantó los hombros.

—¿Qué pasa? Voy a cumplir dieciséis años. Y Gorny no puede decirme nada, no es mi padre. —Dicho esto, sacudió el cigarrillo y se volvió de nuevo hacia Lippek—. Anda, ¡dilo de una vez! ¿Estuviste en el robo de aquel diamante? ¿Con pistolas y demás?

—¡No fue él! —dije con la jarra en la boca—. Fue su hermano.

Lippek rellenó las jarras de cerveza y derramó un poco de espuma. Se volvió con la frente arrugada.

—¿Qué pasa con mi hermano?

Su mirada no concordaba con el movimiento de su cabeza, y parecía hablar con más dificultad. Mi padre empujó el paquete de Gold-Dollar hacia él.

—Le he explicado lo del robo. Al fin y al cabo, salió en los periódicos. El otro asintió.

—Sí, claro. Puedes explicárselo a quien quieras. Son todos unos idiotas, tienen la cabeza llena de serrín. Se están pudriendo en chirona. —Cogió un cigarrillo del paquete y lo utilizó para señalar a Marusha—. Los diamantes no valen nada, hazme caso. No valen ni la roña que tengo bajo las uñas. La mujer que se case conmigo no necesitará diamantes. ¿Qué hará con ellos, si no sirven para quemar? Pero siempre tendrá un sótano lleno de carbón, ya sabes a qué me refiero. ¡Siempre tendrá fuego!

Mi padre tenía las manos encima de la mesa y hacía girar un posavasos entre los dedos. Era fibroso como si estuviera hecho de pelo.

—Los diamantes solo son carbón, a fin de cuentas.

Marusha apagó la colilla.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que están hechos de carbono, como cualquier briqueta. Salvo que son millones de años más antiguos.

Lippeck asintió con expresión meditativa.

—Y no olvides la presión, Walter. Lo mismo ocurre en la vida. Si presionas a una mujer de la forma adecuada, brillará como una piedra preciosa —me dio un puntapié—. ¿Verdad que sí? —Luego se levantó, quizá con demasiada brusquedad, pues tuvo que apoyarse en el armario. Alargó la mano hacia el estante y me tendió un libro con fotografías. La Oberliga West, 1947-1963. En blanco y negro—. Dime, ¿qué te parece? Aquí lo encontrarás todo, todos los partidos con sus alineaciones correspondientes, los goles más importantes, los mejores lanzamientos de falta. —La mano le temblaba ligeramente mientras hojeaba el libro para enseñármelo. Sus uñas amarillas estaban cortadas, pero no se las había limado—. Fíjate: el viejo Kuzorra, Helmut Rahn y este es Horst Szymaniak. Nacido en Erkenschwick, como yo. Te lo puedes quedar.

—¡Gracias!

Dejé el libro en el regazo. Mi padre me miró extrañado y se aflojó el nudo de la corbata.

—Pero si a ti el fútbol no te interesa, ¿no? —Hablaba un poco más despacio de lo habitual y tenía un feo brillo en la frente y los pómulos. Me encogí de hombros y miré por la ventana.

—¿¿Qué?! —Lippeck volvió a sentarse—. ¿Al hijo de Walter no le interesa el deporte? No puede ser verdad —descorchó la botella de licor y se sirvió—. No me lo trago. ¿Qué clase de chico eres?

Mi padre cogió el vasito.

—Dibuja bien. Sobre todo, animales. Un día tuve que ir al colegio porque su profesora no se creía que hubiera dibujado un nido de golondrina él solo. Incluso había añadido esos pelitos que tienen en el pico.

Marusha miró alrededor.

—¿No hay música?

—¡Claro que sí! —Lippeck hizo un movimiento con la cabeza—. Justo a tu lado tienes todo un baúl lleno. Pero no la pongas demasiado alta, o esa bruja

se me echará a la yugular. Aún le debo el alquiler del mes pasado.

Marusha se apoyó en el reposabrazos del sofá y abrió un cajón. Al inclinarse, la blusa se le ciñó al cuerpo y el sujetador se transparentó. Era de un blanco delicado. Sacó un par de discos del cajón y los cargó en el cambiador de vinilos. Pero a la primera canción, el brazo de la aguja cayó entre las ranuras de la plataforma giratoria. Me levanté y cambié la velocidad de revolución de treinta y tres a cuarenta y cinco. «Los hombres son como granos de arena, cada vez hay más sobre la faz de la Tierra.»

—¡Por Dios! ¿No tienes nada moderno? ¿Los Beatles o los Lords?

—¿Quién? ¿Yo? —Lippeck levantó el vaso—. ¿Tengo cara de llamarme Pillek? Esa música de negros no entrará nunca en mi casa. ¿Verdad, Walter? ¿Más cerveza? —Se dirigió a mí—. Ve a la nevera, ¿quieres? En el cajón de las verduras...

Me levanté. La cocina era pequeña. Había una mesa cuadrada con patas de acero cromado y una única silla. El calendario de pared todavía mostraba el mes de mayo.

En la ducha, una camisa goteaba en una percha de alambre. La luz de la nevera no funcionaba, pero en el congelador había una gruesa capa de hielo. En el estante de abajo solo había un tarro de pepinos y un plato con un trozo mordisqueado de carne en gelatina y unas patatas asadas. El tenedor seguía en el plato. Cogí dos botellas de cerveza del estante inferior y las llevé al comedor.

—Tu hijo es un encanto. —Lippeck ya tenía en la mano el abridor con mango de bambú laqueado. Mi padre, con los brazos en el respaldo del sofá, se encogió de hombros. Tenía la mirada algo turbia—. Solo que un poco callado —añadió, y abrió las botellas.

—Las aguas calmadas son profundas —intervino Marusha con una enigmática sonrisa, y un nuevo vinilo cayó en el tocadiscos con un chasquido. *Rosas blancas de Atenas.*

Mi padre asintió.

—En el campo era diferente. Un auténtico torbellino. Antes de aprender a hablar, nos ponía la cabeza como un bombo con sus balbuceos. Y siempre tenía ideas de bombero.

Me revolví incómodo en el sillón, abrí el libro de fotografías y lo cerré de nuevo. Crucé las piernas.

—Un día, cuando tenía unos dos años...

—¡Papá! —Me aparté un poco—. ¡Otra vez no! Esa historia ya la conocemos.

Él meneó la cabeza.

—Tú la conoces, pero él no. Pues eso, todavía era pequeño. Le compramos una prenda de ropa de una sola pieza, de color rojo.

Marusha chasqueó los dedos.

—Se llaman «monos».

—Pues eso. El caso es que, al atardecer, salimos a ordeñar y él nos siguió, como siempre. Entonces empezó a llover, y yo le dije: «¡Siéntate ahí, bajo el remolque!». Él obedeció y se puso a jugar entre las lecheras. Nosotros seguimos a lo nuestro a pesar del tiempo, como de costumbre, y lo perdimos de vista durante un rato. Y luego casi nos dio un ataque. Había encontrado la crema superhidratante y se había embadurnado de pies a cabeza. Parecía un bloque de mantequilla, os lo aseguro. Y tuvimos que tirar aquel mono tan caro, naturalmente.

Marusha rio entre dientes y dio un sorbo de licor. Lippek también sonrió.

—En fin, no hay nada mejor para la piel. Seguro que no le hizo ningún daño.

Estiró la pierna por debajo de la mesa y, por un momento, me pareció notar el olor de sus pies. Aunque puede que fueran los míos, pues solo llevaba sandalias.

—Y otro día...

Mi padre se pasó la mano por el pelo; tenía grandes manchas de sudor bajo las axilas. Cogí mi jarra, pero estaba vacía.

—¡Papá, por favor!

Ni siquiera me miró. Levantó la vista hacia la lámpara como si estuviera soñando. Lippek le rozó el pie a Marusha, que se había quitado las sandalias. Ella no se apartó, pero miraba a mi padre como si estuviera pendiente de cada palabra que salía de sus labios.

Él movió la cabeza.

—No podías dejarlo solo ni cinco minutos. Teníamos un prado bastante rocoso, lleno de pequeñas clapas de guijarros. El chaval gateaba entre las vacas. Estaban inquietas, necesitaban que las ordeñáramos. Bramaban y pataleaban. Pero él correteaba a gatas entre sus patas, balbuceando y cantando, y lo que más le gustaba era restregar la cabecita contra las ubres.

Marusha apoyó un pie en el sofá y se abrazó la rodilla, pero dejó la otra pierna bajo la mesa. El pie de Lippek, enfundado en un calcetín negro, reptó hacia ella sobre el empeine con los movimientos de una oruga.

—No te imagino viviendo en el campo, Walter. De verdad que no.

Mi padre asintió, ladeó la cabeza y miró al cielo, que seguía despejado.

—De repente, descubrió que podía levantarse si se sujetaba de la cola de una vaca. Y eso es lo que hizo. Se agachó entre las pezuñas y empezó a recoger guijarros y a meterlos en el agujero de la vaca.

Marusha se tapó la boca con la mano, pero vi que sonreía detrás de los dedos. Lippek dio un sorbo de la botella de licor.

—¿En cuál?

Mi padre meneó la cabeza.

—En el del culo, claro. El otro está cerrado si no están calientes. Fue metiendo un guijarro tras otro, no sé cuántos. Mi mujer y yo dejamos de ordeñar y miramos lo que hacía. Muchas de las piedras eran del tamaño de pelotas de ping-pong. El chaval las colocaba en la apertura del esfínter, presionaba con la palma de la mano y... ¡flop! Desaparecían. Estuvo unos cinco minutos así, apenas podíamos contener la risa. Él estaba muy serio, como si estuviera haciendo algo importante.

—¿Y luego?

Marusha cruzó los brazos sobre el pecho, como si tuviera frío. Al mismo tiempo, inclinó el pie para que Lippek pudiera acercarse a la planta.

Mi padre dio un trago de cerveza.

—Bueno, la vaca se hartó al cabo de un rato. Oímos un rugido y una especie de golpeteo dentro de su cuerpo, giró la cabeza y bramó. Luego volvió a sacar todas las piedrecitas: ¡plop, plop! Y el mocososo, mientras tanto, dando palmas a su lado.

Marusha cogió un Gold-Dollar sin pedir permiso. A ella también le brillaban los ojos y farfullaba ligeramente.

—No sabía que fueras así. ¡Qué cochino!

Yo sonreí, pero mi padre arrugó la frente y le alargó el mechero.

—¿Cochino por qué? ¡Solo era un crío!

—En serio... —Lippek se levantó con las mejillas abotargadas—. Sigo sin poder creer que fueras granjero, de verdad que no me entra en la cabeza. Eres capataz, ¡un minero! ¡Tu lugar está bajo tierra!

Mientras apuraba la cerveza, acarició con el dedo gordo del pie la planta de Marusha, muy suavemente. Ella abrió la boca y se colocó uno de sus rizos castaños detrás de la oreja. Le vi los pezones bajo la blusa.

Mi padre se rascó el cogote. Ahora hablaba torpemente, barboteando, haciendo pausas entre las frases y con la vista fija al frente.

—Era un niño muy curioso. Igual que yo cuando tenía su edad. Yo también me metía en todos los rincones, como un cachorrito. Un día, por ejemplo, entré en el gallinero. Y salí gritando con un gallo en la cabeza, un pequeño *leghorn* italiano que me había clavado las garras en el pelo y me picoteaba la cabeza como un loco. A lo mejor pensaba que quería robarle las gallinas.

Chasqué los dedos y señalé su muñeca, pero él no se inmutó.

—Otro día, el crío se metió en un lío aún más peligroso. No me atrevo ni a pensar en ello. Al lado de la granja había un pequeño criadero de caballos trotones. Entre ellos había una yegua, una preciosa hembra castaña, que era una auténtica bestia salvaje. Era imposible meterla en cintura, sobre todo cuando acababa de parir. No dejaba que nadie se le acercara salvo la mujer del hacendado. A uno de los peones le había roto la pelvis, y a los demás caballos los mordía y les daba coces hasta que sangraban. Por eso ella y su potro tenían su propio cercado.

Marusha había apartado el pie del de Lippek. Ninguno de los dos parecía escuchar a mi padre. Se miraban, pero era como si se vieran a través de una gasa transparente. Sus siluetas se reflejaban en la superficie de la mesa y se encontraban justo donde estaba la botella de licor, casi vacía. Nuestro anfitrión se tambaleaba ligeramente en su asiento. Mi padre se sacudió una pelusilla de la camisa.

—Aquella yegua sabía lo que valía. Y un día...

Carraspeé de forma exagerada, agité uno de los posavasos y señalé de nuevo el reloj de mi padre. Ahora él levantó la vista, extrañamente aturdido. Sus ojos, rodeados por unas repentinas ojeras, parecían más hundidos. Asintió y se arremangó la camisa.

—¿Qué pasa? —Lippeck se incorporó—. ¿Ahora vais a hacerme este feo? ¡No me lo puedo creer!

Mi padre hizo girar la ruedecita del reloj.

—El chico tiene razón, Herbert. Necesito dormir un poco. Mi turno empieza pronto.

—¿Qué? —Marusha también parecía sorprendida—. ¡Pero si es domingo!

Mi padre guardó los cigarrillos y el mechero.

—Ahí abajo no hay domingos...

Al levantarse estuvo a punto de darse un cabezazo contra la lámpara, cuyas fuentes de cristal parecían chapelas. En una había una moneda.

—Al menos tomaos una última copa de despedida, ¿no? —Lippeck rellenó los vasitos hasta el borde—. La fruta es muy saludable.

Marusha también se había levantado. Él les ofreció los vasitos, llenos a rebosar. El licor se derramó, le resbaló por los dedos y goteó sobre la alfombra. Tambaleándose, me apoyó una mano en el hombro, y yo tensé los músculos para sujetarlo.

—Bien, amigos: arriba, abajo, al centro y para dentro.

Con el vaso entre los labios, Marusha expulsó el aire por la nariz y me miró. Llevaba las sandalias en la mano. Cuando hubieron apurado los vasitos, los dejaron sobre la mesa. Hicieron el mismo ruido que los tacones de Marusha mientras bajábamos la escalera. Las flores parecían arder bajo la luz.

—Son dalias. —Nuestras sombras se pasearon por encima de ellas. Al final del camino del jardín, mi padre se detuvo y volvió a ajustarse el nudo de la corbata—. Antes, nosotros teníamos aún más. Crecen como las malas hierbas.

Lippeck y Marusha se habían quedado un poco rezagados, hablando bajo la penumbra del pasillo, que olía a café y tarta casera. Me acerqué a mi padre y le susurré:

—¿Y qué hizo su hermano con los diamantes?

Mi padre aplastó un pétalo entre los dedos.

—Ni idea. Eran diamantes en bruto, es imposible venderlos. Incluso en el mercado negro. Y nadie quiere pulir diamantes robados, por lo menos ningún experto. Creo que el golpe fue un fracaso.

Marusha se echó a reír —fue una carcajada sonora y achispada que terminó con un ronquido—, pero mi padre no se volvió. Tenía la vista fija en la acera de enfrente, donde había un jardín lleno de estatuas de gnomos. Uno leía un libro. Lippek rodeó a Marusha con el brazo y le olió el pelo.

—¿Cuándo, entonces?

Ella sonrió.

—Ya veremos...

Él la agarró de nuevo por debajo de la axila e intentó tocarle el pecho, pero ella lo apartó. Mi padre abrió la verja. Otro de los gnomos había tenido en algún momento una taza en la mano, pero ahora solo le quedaba el asa. Una vez en la acera, nos volvimos. Lippek, con la camisa colgando fuera del pantalón, nos saludó con la mano.

—¡Buena suerte!

Marusha le lanzó un beso.

Doblamos hacia el sendero estrecho y ligeramente empinado. Yo iba el último. Marusha sujetaba las ramas de los arbustos de retama para que no me arañaran la cara. El asfalto del carril para bicicletas estaba reblandecido, sus tacones dejaban huella. Mi padre tarareaba en voz baja, cosa que no hacía casi nunca. En realidad, nunca. Sonaba casi como un zumbido. No reconocí la melodía.

—¡Eh! —Marusha se enderezó la blusa y se puso las gafas de sol—. Yo soy la mujer, tengo que ir en medio.

Cuando se puso entre nosotros y nos cogió del brazo, mi padre enmudeció y miró hacia la torre de refrigeración. Marusha olía un poco a sudor, pero era un sudor perfumado. Hice una profunda inspiración. Tenía la punta de la nariz perlada de minúsculas gotitas.

—¿Te gusta Lippek?

—¿Ese? —Ella rio con ternura, en un tono casi compasivo—. ¿Lo dices en serio? Bebe demasiado. Además, es muy bajo para mí. Tendría que inclinarme, ¿sabes? Si fuera como tu padre...

Él meneó la cabeza.

—¿Qué dices? Herbert es igual de alto que yo.

—Pero usted parece más alto. Porque es más tranquilo.

—¡Qué tontería! —dijo con severidad. Tuvo que esforzarse para disimular una sonrisa.

Marusha dio un saltito.

—¿Y si cantamos?

—¡¿Qué?!

Aparté el brazo. Al principio, mi padre no respondió. Se encendió un cigarrillo. El humo parecía estancado en el cálido aire de la tarde. La autopista centelleaba en el horizonte.

Marusha puso morritos de ofendida. Solo le quedaba barra de labios en las comisuras.

—Vale, pues no cantamos. ¿Alguien sabe algún chiste?

Ninguno respondió. Yo daba puntapiés a las ramas del suelo, y ella miró a mi padre.

—Sois la alegría de la huerta, ¿no? Pues entonces, tendrá que acabar la historia del caballo. Ya sabe, la de la yegua que mordía...

—¡No, por Dios! —exclamé—. Prefiero contar un chiste.

—¿De verdad? Te escuchamos.

Reflexioné.

—¿Largo o corto?

—Divertido.

—A ver... Un hombre tiene una biblioteca gigante. Llega su vecina y le dice: «Tiene libros muy interesantes. ¿Puedo tomar prestado alguno?». «Por supuesto», responde el hombre. «Pero tiene que leerlo aquí.» Lo dice porque ha prestado muchos libros que no le han devuelto.

Marusha se llevó la mano al cuello de la camisa y lo desabrochó un poco.

—¿Esto era el chiste?

—No, espera. Unos días más tarde, el hombre ve a la vecina con un cortacésped nuevo y le dice: «¡Qué cortacésped más moderno! ¿Puede prestármelo?». «Por supuesto», responde la mujer. «Pero el césped se corta aquí.»

Marusha rio, pero no le vi los ojos tras las gafas de sol. Mi padre, que probablemente ni me había escuchado, me pasó la mano por el pelo. Me rozó la oreja con el gemelo de la camisa. Luego carraspeó y empezó de nuevo...

—Se llamaba Luna. Con solo pensar en ello... Nadie podía entrar en el cercado. Te jugabas la vida. La valla daba a nuestro jardín, en cada esquina había una señal de peligro. Un día, nos despistamos un momento. Estábamos rastrillando el huerto de las hortalizas cuando, de repente, la oímos resoplar. Mi mujer me dio un codazo. Estaba blanca como la nieve. «¡Dios mío!», dijo. «¡El niño!»

»Se había colado a rastras por debajo del cercado y se acercaba tambaleándose a la yegua. Estuve a punto de gritarle: «¡Juli! ¡Atrás!», pero solo habría asustado al animal y se habría vuelto aún más peligroso. La yegua ya escarbaba en el suelo y lo miraba fijamente con ojos de bestia salvaje; incluso su potro se alejó de un salto a la otra punta del cercado. Nos apoyamos en la valla y lo llamamos en voz baja, pero él se puso en cuclillas y recogió unas setas. Pensé en acercarme corriendo y sacarlo de allí, pero ya estaba demasiado cerca de la yegua que, por extraño que pareciera, aún no había aplanado las orejas. Balanceaba la cola de un lado al otro como un látigo, pero estaba quieta mirando a mi hijo. Y él no tenía ningún miedo. Reía y balbuceaba: «Lunaluna», y le ofrecía las estúpidas setas. Ella tiró las setas al suelo con el hocico, pero no lo mordió. Mi mujer me cogió del brazo y me dijo: «¡Haz algo! Por el amor de Dios, ¡haz algo!».

»Pero ¿qué podía hacer? Si hubiera entrado en el cercado, la yegua habría empezado a repartir coces a diestro y siniestro, pero en aquel momento estaba tranquila. Ladeó la cabeza y olfateó a Juli de arriba abajo. Él se echó a reír y le tocó los ollares. Cuando Luna le dio un empujoncito, se cayó de culo sobre el pañal y soltó una carcajada.

Marusha le quitó el cigarrillo de entre los dedos, dio una calada y se lo devolvió. Luego volvió a cogerme del brazo.

—Mientras tanto habían llegado todos los vecinos: los porquerizos, la criada de la finca; hasta el panadero había salido de su furgoneta y se había asomado a la valla. Y todos gritaban: «¡Juli, ven! ¡Juli, chocolate!».

Mi mujer le enseñaba su osito de peluche. Pero parecía que el chaval no nos oía. Gateaba por entre las patas de la yegua, que estaba quieta y tranquila buscando

a su potro. El potro se acercó despacio y con cautela, olfateó a mi hijo y Liesel volvió a llamarlo: «¡Ven, Juli! ¡Por favor, ven!». Pero él se agarró a una de las patas traseras de la yegua y dijo: «No». Ni siquiera se volvió, solo dijo: «¡No!», y empezó a acariciar al animal.

Marusha me miró meneando la cabeza. En su sonrisa había algo impertinente.

—¿Te lo puedes imaginar? —Mi padre respiró hondo—. Mientras el potro mamaba, él estaba entre las enormes patas traseras de aquella yegua del demonio acariciándole la parte interna, donde el pelaje era más claro, liso y suave; a saber cómo lo había descubierto. Y, mientras tanto, iba diciendo: «¡Así, Luna! ¡Así!». Feliz como un bendito.

—¿Y la yegua?

—No se movía. Parecía gustarle. El potro ya estaba de nuevo en la otra punta del cercado, cazando mariposas, y la madre se dejaba acariciar. No sé cuánto rato pasó. Pero a día de hoy todavía se me pone la carne de gallina cuando recuerdo aquel interminable: «Así, así».

Tiró la colilla al suelo con un golpe del dedo. Yo la pisé.

—Pero al cabo de un rato, se cansó y dio un paso atrás. El pequeño se cayó y gritó asustado, y todos contuvimos el aliento. Porque la yegua también se había sobresaltado y se había escorado un poco. Para recuperar el rumbo, tendría que haber apoyado el casco justo donde estaba el chico. En cambio, levantó la pata despacio para no pisarlo, resopló y siguió al potro hacia la otra punta del cercado.

—¡Uf! —dijo Marusha, y se desabrochó otro botón de la blusa—. Yo me habría muerto de miedo. Si hubiera sido su madre, quiero decir.

Mi padre sonrió.

—Liesel temblaba como una hoja, te lo aseguro —me miró—. Creo que fue el día que recibiste tu primera paliza, ¿no?

—¿Ah, sí? —Me adelanté e intenté cazar un mosquito—. Es posible. No me acuerdo.

De vuelta a casa, en el rellano, Marusha me dio un cachete.

—Bueno, chicos... Ha sido una tarde divertida. La próxima vez, os llevo yo. —Abrió la puerta de su habitación—. Y ahora, me voy al catre un par de horillas. —Pero antes de entrar, se volvió de nuevo y señaló a mi padre, que

estaba desatándose los zapatos. Parecía que los cordones se le habían enredado—. ¿Le preparas tú los sándwiches? ¿O quieres que lo haga yo?

—¿Cómo? —Me quité las sandalias—. ¿Por qué ibas a hacerlo tú?

Ella se encogió de hombros. Cuando mi padre se incorporó de nuevo, Marusha ya casi estaba en su habitación. Mi padre estaba pálido y parecía cansado. Se limpió los pies en el felpudo a pesar de que llevaba los zapatos en la mano. Tenía la corbata floja.

—Lávate los dientes antes de bajar, ¿me oyes? Para que no apestes a alcohol. Si no, dirán que te he emborrachado.

Ella esbozó una sonrisa extraña, casi triste.

—Es lo que ha hecho.

Y cerró la puerta.

Cuando salí del cuarto de baño después de cambiarme, vi la camisa y el pantalón de mi padre encima de la cama. Él estaba en ropa interior delante del televisor, viendo un partido de fútbol con el periódico en la mano. Se tambaleaba ligeramente. Entré en la cocina y abrí la fiambra del embutido.

—¿Cuándo te vas?

—Hoy más tarde, es un turno corto. ¿Por qué?

—¿Puedo coger tu bici? Quiero ir a nadar al lago de la cantera. Estaré de vuelta a tiempo.

—De acuerdo. —Apagó el televisor—. Pero ten cuidado con los cristales rotos.

La carretera hacia Kirchhellen era nueva, las líneas del asfalto aún no estaban pintadas y los neumáticos bien inflados apenas hacían ruido. Pedaleaba sin manos, haciendo esos mientras comía una rebanada de pan con carne encurtida. Luego me incliné sobre el manillar tanto como pude, flexioné los codos y lancé un penetrante chillido al pasar por delante de la granja de pollos. Pero los animales siguieron dormitando en sus agujeros sin inmutarse.

Poco antes de Grafenmühle, el final de la calle, giré hacia el camino pedregoso que llevaba a la cantera, donde el sol arrancaba destellos casi dorados a las ramas más altas de los pinos, de color marrón grisáceo. Ni un sople de aire movía las copas polvorientas. En torno al lago había muchos

coches aparcados, como todos los fines de semana. Desde lejos ya se oía el murmullo de las radios y los gritos y voces de los bañistas. Alguien tocaba la trompeta.

Le compré una limonada al heladero del triciclo y rodeé el aparcamiento. El camino, surcado de raíces de los árboles, conducía al lago más pequeño, al que ya no se podía acceder en coche. La mitad de la superficie del agua estaba cubierta de cañas y normalmente era un lugar tranquilo. Cuando llegué al claro, delante de la zona de baño, Zorro se abalanzó encima de mí. Estaba calado hasta los huesos y aullaba de alegría; seguía sin apoyar bien la pata trasera izquierda. Dejé la bici apoyada en un pino y lo acaricié. Los Maronde estaban en el agua, sumergidos hasta el ombligo. Entre los dos había una colchoneta inflable con toda clase de cachivaches: una cazuela abollada, una pala agujereada, latas de conservas, un manillar de bicicleta. Los saludé con la mano, cogí la manta que llevaba en el portaequipajes y me acerqué a la orilla, donde vi al Gordo completamente desnudo. Estaba hojeando una revista y no me respondió cuando le dije «hola». De hecho, apenas levantó la cabeza. Se sacó un moco de la nariz.

—¡Eh, Juli! —Karl se había agachado y ahora el agua le llegaba al cuello. Extendí la manta. Él levantó una vieja plancha llena de moho—. ¡Lárgate, Juli! ¡Estamos en agosto, no en julio!

—Muy gracioso...

Me desvestí, enrollé la ropa en forma de almohada y abrí el libro que había traído, *El último mohicano*. Zorro se tumbó en el césped a mi lado. Olía ligeramente a salobre, como el lago.

El Gordo levantó la vista.

—¿Qué haces? No puedes tumbarte aquí. Esto es una playa nudista.

—¿Ah, sí? —Miré a ambos lados, pero no vi ningún cartel—. ¿Desde cuándo?

—Desde siempre. ¿Ves a alguien en bañador?

Señalé al perro, pero el Gordo no sonrió. Se rascó los genitales. Franz y Karl arrastraron la colchoneta hacia la orilla. Ellos también iban desnudos, y ya tenían mucho pelo ahí abajo. Lanzaron entre la maleza los cachivaches que habían encontrado en el fondo del lago, y el Gordo chasqueó los dedos.

—Venid aquí y fijaos en el mocoso. ¿No creéis que parece marica con ese bañador de látex?

Los otros dos me repasaron de arriba abajo. Karl aún tenía el antebrazo hinchado del tatuaje que él mismo se había hecho —un corazón atravesado por un relámpago—, y Franz se secó las manos en el trasero y se me acercó. Bizqueaba un poco. Cuando llegó a mi altura, el agua que le goteaba del cuerpo cayó sobre el papel de periódico con el que había forrado el libro.

—¡Eh! —Rodé hacia un lado—. ¡Ten cuidado!

Pero él sacudió la cabeza mojada encima de mí y bamboleó los genitales, mientras su hermano se me acercaba con un puñado de lentejas de agua en la mano. Me levanté de un salto. El Gordo giró la página de su revista.

—O te quitas los gayumbos o te largas. Nosotros hemos limpiado la playa y nosotros decidimos cómo hay que bañarse aquí.

Recogí mis cosas sin decir nada. Karl dejó caer los hierbajos verdes encima de Zorro, al que pareció gustarle, pues se le abrazó a las pantorrillas. Recorrí el sendero trillado que daba la vuelta al lago hasta la siguiente zona de baño, que permitía acceder al agua sin tener que atravesar el cañaveral. Había una pequeña hondonada entre la hierba alta. Cuando me tumbé allí, solo veía el cielo y las copas de los pinos colmadas de piñas. A pesar de que no corría ni un soplo de aire, se movían suavemente.

Estuve un rato leyendo mientras bebía la limonada a pequeños sorbos. Solo oía los chapoteos esporádicos y las risas de los demás, y también un pedo. Luego me quedé adormilado al sol, con el libro en el pecho.

El sol estaba bajo y los insectos me habían acribillado. Me había rascado muchas de las picaduras sin darme cuenta. Cuando el zumbido de los mosquitos que revoloteaban sobre mí empezó a ser más fuerte que el murmullo lejano de los bañistas en el lago grande, me incorporé. El papel de periódico se desprendió del libro. Las tapas beige tenían un rectángulo más claro, era la parte que había quedado tapada por un anuncio de comida para animales domésticos. La ilustración negra de una cobaya debió de haberla protegido del sol.

Cuando bajé al agua, vi que la otra playa estaba desierta. Zorro también se había ido. La hierba aún estaba aplastada en el lugar donde había extendido la manta, y a su lado había un paquete de cigarrillos arrugado. Me llevé la

mano a la frente para ver mejor, pero no había duda posible: la bicicleta no estaba.

Recogí mis cosas y corrí a través de los helechos, llamando al Gordo varias veces. Pero no quedaba nadie entre los árboles. En el musgo había un rollo de alambre, un cartel destrozado con la inscripción «Dirección General de Política Forestal» y un zapato. Registré a fondo la maleza que bordeaba la orilla, oteé entre las cañas e incluso me adentré en la turbia agua verdosa del lago, que apenas permitía ver un palmo más allá. Maldije en voz baja, apreté los dientes y tanteé el suelo fangoso con los pies. No pensé en los cristales rotos. Pero el único obstáculo que encontré fue una vieja llanta de motocicleta con los radios cubiertos de algas.

Me vestí y corrí hacia el lago grande, que las sombras del atardecer ya habían cubierto casi por completo. Solo quedaba un coche, un Ford Taunus, con las puertas abiertas y la radio encendida. Junto al coche había dos parejas tumbadas en grandes mantas, besuqueándose y manoseándose. Vi algunas botellas de cerveza vacías clavadas boca abajo en la arena, el sol hacía brillar las espigas doradas de las etiquetas. Uno de los hombres levantó brevemente la cabeza cuando mi sombra cayó encima de ellos.

—Disculpen, ¿han visto a tres chicos con cuatro bicicletas? También había un perro. Me han robado y tengo que...

—Lárgate, mocoso. —El hombre, que llevaba bigote y una larga melena rizada, miró a la mujer en bikini. Le acarició el vientre y le quitó una pelusa del ombligo—. Nos estás interrumpiendo.

—Ya lo sé. Pero ¿no podrían ayudarme? La bici no era mía, sino de mi padre, y la necesita para ir al trabajo. ¡Ahora mismo! No sé qué tengo que hacer...

Nadie se inmutó. La otra pareja se besaba con los labios muy abiertos. Sus mejillas se hundían hacia dentro. El hombre del pelo rizado metió los dedos por debajo del borde del bikini de la mujer, que cerró los ojos. Di media vuelta y corrí por el camino de tierra hacia la calle, donde había unos conejos sentados, inmóviles. El asfalto estaba caliente. El sol brillaba detrás de los chopos que delimitaban los campos en el horizonte. Me llevé las manos a la boca a modo de altavoz, pero no sabía en qué dirección gritar. Eché a correr.

Llevaba el libro en una mano y con la otra sujetaba las esquinas de la manta, que me había colgado como una capa para que fuera más fácil de llevar. Con la manta ondeando a la espalda, escuchaba mis pasos, el golpeteo de las sandalias sobre el pavimento negro azulado, y me gritaba a mí mismo cuando aflojaba el ritmo. Me crucé con algunos coches, pero ninguno iba en mi dirección.

El patio entre las barracas de la granja de pollos estaba vacío, solo había sombras en los agujeros del suelo, y la luz del crepúsculo hacía parecer aún más blanco el plumón pegado a la valla de tela metálica. Estornudé el pasar por su lado. En los pastos que se extendían a ambos lados de la calle recta había algunas vacas junto a los abrevaderos. Las farolas del puente de la autopista se encendieron. Una familia apoyada en la barandilla saludaba los camiones.

Cuando el sol se hundió tras los escoriales de carbón, giré para entrar en la urbanización. Nuestra casa estaba a oscuras, al menos las ventanas que daban a la calle. Me precipité escaleras arriba y subí los peldaños de dos en dos; en los últimos ya me flaqueaban las rodillas. Marusha estaba de pie en el umbral de su habitación, con una polvera abierta en la mano y un cepillo asomando por el bolsillo de la bata. Meneó la cabeza al verme.

—¡Estaba hecho una furia! —Sonrió con severidad y se fijó en mis piernas llenas de picaduras—. Has tenido suerte de que mi bici no tuviera ningún pinchazo...

No estaba en condiciones de decir nada. Quise abrir la puerta con llave, pero solo estaba entornada. Me apoyé jadeando en la mesita de centro. La casa estaba vacía y a oscuras, y olía a jabón o a loción de afeitado. El paquete de cigarrillos de mi padre estaba en el taburete con el mechero encima. Entonces, mientras recuperaba despacio el aliento, rompí a llorar. Las lágrimas gotearon sobre el periódico sin que pudiera contenerlas.

Más tarde, me preparé una rebanada de pan con mermelada, me tomé una taza de té de menta y me senté ante el televisor. En el primer canal daban una de esas películas en que una mujer americana baja una larga escalera a toda prisa y abraza a alguien que está a punto de ir a la guerra. O que vuelve de ella. En

el otro canal salían dos ancianos hablando. Uno de ellos era un hombre gordo y calvo con corbata, el otro era más delgado y estaba muy nervioso. Sudaba copiosamente y fumaba un cigarrillo tras otro; el cenicero que había junto al micrófono de mesa estaba lleno de colillas. Cada vez que le preguntaba algo, el hombre gordo apuntaba con dos dedos al otro, que lo escuchaba sin dejar de asentir y toqueteándose el cuello de la camisa de vez en cuando. Hablaba con acento de Colonia y tenía los ojos grandes y oscuros, pero la mirada clara. Su nariz era bastante prominente. Por su aspecto parecía un payaso triste, pero debía de ser escritor, pues el entrevistador le preguntó una vez: «¿Y usted, como autor de novelas y cuentos modernos, de verdad cree que...?». Yo no entendía ni una sola palabra de la conversación. Pero la mirada del hombre, su incesante sudor —las gotas le resbalaban desde el mentón hacia el pecho—y su forma de responder reservada, casi tímida pero imperturbable, me empujaron a acercar la silla a pocos centímetros de la pantalla. Sentía la necesidad de saber cómo se llamaba para buscar algún libro suyo en la biblioteca de la parroquia. Pero no mencionaron su nombre, por lo menos mientras conseguí mantener los ojos abiertos.

Apagué el televisor, fui a mi habitación y abrí la ventana. Los pies me ardían después de la larga carrera. Me quité la camisa, el pantalón y el estrecho bañador y me metí bajo las sábanas. Detrás de la calle Fernewald se oía el traqueteo del tren de mercancías y el largo silbido de la locomotora, que de día ahuyentaba a los niños que jugaban junto a la vía y, de noche, a los corzos y conejos que se quedaban aturdidos por la luz de los faros. Me dormí.

Pero las picaduras me molestaban tanto que me despertaba una y otra vez. Las remojé con saliva. Más tarde soñé que mi madre estaba tumbada en una colchoneta inflable, enferma. Iba a la deriva en un lago, y yo me tiraba de cabeza para rescatarla. Pero el agua turbia era poco profunda. Me arañé el pecho y las piernas con las piedras del fondo y emergí de nuevo como si me hubieran despellejado.

Cuando volví a abrir los ojos, una de las expresiones del escritor me resonaba en los oídos: «Respuesta inmunitaria silenciosa». No sabía qué significaba ni en qué contexto la había utilizado; me traía sin cuidado. Me gustaba cómo sonaba. Había algo eternamente consolador en su tono cuando había dicho: «Para eso hay una respuesta inmunitaria silenciosa».

Miré el despertador. Por un momento creí que se había estropeado, pues el tiempo apenas había pasado. Pero las manecillas se movían. Había dejado las cortinas abiertas. La luz de la luna bañaba directamente mi cama. Aparté la manta y me rasqué con las dos manos, cada vez más deprisa.

Oí un ruido en el edificio, probablemente en la planta baja. Tenía costras bajo las uñas. Me pareció que alguien reía, pero debía de ser un pájaro que gorjeaba en el jardín. Me arrodillé en la cama y corrí la cortina. Los ojos de los peluches y muñecas de mi hermana dejaron de brillar, y entonces me di cuenta de que las manecillas luminosas del reloj no señalaban las diez y cuarto, sino las tres menos diez. Un mosquito zumbó muy cerca de mí, y me pegué un manotazo en el oído.

Tuve un mal presentimiento. Tiré más fuerte de la cortina. De repente, el chirrido de las ruedas en los raíles me pareció espeluznante. Me agaché detrás de las plantas. A la luz de la luna, el jardín parecía espolvoreado con cal gris. Por un momento pensé que se trataba de una ilusión óptica. No soplaban ni un ápice de aire, y las hojas de los árboles estaban inmóviles. Había algunas herramientas apoyadas bajo el tejado del cobertizo; las relucientes púas de un rastrillo destacaban entre las sombras, más oscuras que el cielo nocturno. Entonces, el señor Gorny dio una calada a su cigarrillo.

Estiró el brazo atrás, cerró la puerta y dio un paso hacia la luz. Nunca me había fijado en que fumara. El resplandor de la punta incandescente le iluminaba el mentón mientras deambulaba despacio entre los árboles, examinando los injertos que había hecho unos días antes. Llevaba una bata a rayas igual que la de mi padre, y no llevaba el pantalón del pijama o, al menos, no era largo. Sus pantorrillas blancas asomaban por debajo de la bata. Los pies sin calcetines estaban calzados con unos zapatos de calle desatados. Mientras retiraba una hoja dorada de una telaraña, levantó la vista brevemente hacia la casa, en dirección a nuestro balcón, y arrugó la frente. Dio una nueva calada al cigarrillo, arrojó la colilla al bidón para el agua de la lluvia y siguió andando despacio, con las manos en los bolsillos. Algunos de los árboles eran tan bajos que solo le llegaban al pecho. De vez en cuando, olfateaba los tocones injertados y los palpaba. En el cristal de su reloj había un reflejo ciego.

Un fino hilo de humo se elevó desde el bidón vacío. Yo había dejado la habitación casi a oscuras. El pico de la regadera había quedado detrás de la tela y parecía una nariz. La aparté y seguí corriendo la cortina meticulosamente, pero, como solía pasar, se quedó atascada en una planta, un pequeño cactus de largas espinas. La maceta se volcó sobre el antepecho de la ventana casi sin hacer ruido, solo se derramó un poco de tierra. Pero el plato de la base tintineó, y el señor Gorny levantó la vista.

No le vi los ojos, que eran dos concavidades oscuras. Pero él debió de verme como si me alumbrara un foco, al menos hasta el pecho. La pálida aura gris de la luna llena tenía un borde parduzco. Las rodillas me flaquearon y tuve que sujetarme al antepecho. El tictac del reloj sonó más fuerte y luego más bajo otra vez mientras nos mirábamos inmóviles. La sombra del mentón le caía sobre el cuello; la de la punta de la nariz, sobre los labios. El pelo, que solía llevar bien peinado hacia atrás, sobresalía en todas direcciones. Al final, me saludó con un golpe de cabeza. Pero yo no reaccioné, ni siquiera cuando creí que me sonreía. Busqué a tientas la cuerda de la cortina, el pomo con flecos, y antes de tapar la ventana del todo aún pude ver cómo el señor Gorny se sacaba las manos de los bolsillos y cruzaba el césped directamente hacia la casa.

Me puse el bañador con tanta prisa que no acerté el agujero de una de las perneras y me golpeé la rodilla contra la esquina del armario. El dormitorio de mis padres estaba vacío, naturalmente. Sobre la cama deshecha de mi padre había un libro de Jerry Cotton, y la colcha que cubría la mitad de mi madre parecía una lámina metálica a través del espejo del tocador. O la espalda de un escarabajo gigante. Corrí cojeando hacia la sala de estar, cerré la puerta y escondí la llave en el frutero.

Debió de venir por el sótano. Las bisagras de la verja chirriaron. No encendió la luz de la escalera, pues la rendija de debajo de la puerta no se iluminó. Supuse que andaba descalzo porque no oía sus pasos, solo el crujir de algún peldaño, ocasional y muy leve, como si estuviera subiendo por la parte interna, más estrecha.

Me senté en el sofá con las manos dobladas entre las rodillas, respirando con la boca abierta para no hacer ruido. Al siguiente crujido, que sonó claramente más cerca, cerré los ojos. Notaba los latidos de mi corazón como

si alguien me estuviera martilleando la garganta por fuera. Los intestinos se me removían, necesitaba ir al baño.

Pero luego me asaltó la idea de que quizá no hubiera cerrado bien la puerta por culpa de las prisas. Muerto de miedo, me levanté y estiré el brazo. Los dedos me temblaban. Las tablas crujieron de nuevo, el felpudo chocó contra la puerta, sentí —o imaginé que sentía— un olor a loción de afeitado. Y justo cuando cerraba la mano en torno a la manecilla, noté que alguien la presionaba desde fuera y me quedé petrificado.

La presionaban hacia abajo muy despacio. Di un respingo, como si hubiera entrado en una bañera demasiado caliente que en un primer momento me había parecido que estaba fría. La puerta estaba cerrada con llave, la manecilla se movió varias veces. El resplandor de la luna parecía desviarse de ella. No me quedé escuchando los susurros y murmullos que se oían en el rellano, sino que retrocedí de espaldas hacia la cocina. El fregadero estaba lleno de platos y cubiertos. Un cuchillo de cocina con el mango de madera se mecía ligeramente cada vez que le caía encima una gota de agua del grifo. La puerta del balcón estaba abierta, pero la ventana de Marusha, no. Dentro no había luz.

Aun así, salí al balcón y golpeé el cristal; un leve tamborileo con las yemas de los dedos que quedó ahogado por el estruendo del tren de carbón que pasaba traqueteando bajo los puentes. Pero algo se movió tras la ventana. Me quedé quieto bajo la sombra inclinada del tejado. Una de las hojas de la ventana se abrió, al principio solo un resquicio. Empecé a jadear, aliviado, e intenté tragar saliva, pero no pude. No vi a Marusha, pero la oí susurrar algo incomprensible. La muchacha tiró de la tela roja para descorder la cortina. De repente, la luz de la luna arrancó del espejo un destello penetrante como un grito. Me agaché y me escondí bajo la mesa, que olía a la plastilina de mi hermana.

—¿Y qué? —rio Marusha—. No pasa nada. Sujétate aquí...

Aplasté con la mano un copo de los cereales. Quienquiera que estuviera encima de la mesa pesaba mucho, pues la madera se combó ligeramente y las patas torneadas crujieron. Entonces, un pie apareció sobre la silla y el otro se posó en el suelo. Las musculosas pantorrillas estaban surcadas de pequeñas

cicatrices, negras de carbonilla, y los dedos gordos de los pies eran grandes y estaban arqueados hacia dentro, como los míos. «Dedos martillo.»

—Buenas noches. Hasta mañana.

Mi padre también habló en voz baja:

—Lávate —dijo. Acto seguido, fue a la cocina y abrió la nevera. Iba completamente desnudo; llevaba la ropa bajo el brazo y los zapatos en la mano. Cogió algo del compartimento lateral, probablemente un trozo de queso, y cerró la puerta. No me vio. Bebió un sorbo de agua del grifo y se fue a la cama.

Ya no pude dormir más. En algún lugar de Kleekamp cantaron los gallos, y el sol aún estaba muy bajo cuando me vestí y metí cuatro cosas en la bolsa de deporte: calcetines, ropa interior, *Oliver Twist*. Luego llené un antiguo tarro de pepinos con la sopa de lentejas que la señora Gorny nos había preparado para la siguiente semana y corté una rebanada de pan. A través de la puerta entornada del dormitorio vi a mi padre, tapado solo con una sábana. Estaba tumbado boca abajo con una pierna doblada, y por un momento pensé que estaba despierto. Pero solo hacía rechinar los dientes, como solía hacer cuando dormía. Cerré la puerta y bajé la escalera tan sigilosamente como pude.

La cazadora todavía me venía un poco grande, me llegaba casi hasta el dobladillo del pantalón corto. Las sombras de los setos y las cercas eran alargadas, el rocío centelleaba en el césped. El pequeño Schulz estaba sentado en pijama en el balcón, con una gran taza de borde dorado entre las manos. Tenía los coches de juguete alineados en la barandilla, uno tras otro. Uno de los camiones llevaba un panecillo en el remolque. Me saludó con la mano y yo le devolví el saludo.

Frente a la casa de los Maronde no había ninguna bicicleta, y tampoco en el jardín del Gordo. Crucé la calle Dorstener y el campo de fútbol. Cuando arrastraba los pies por la gravilla roja, se levantaban nubes de pol-vo. En el otro lado del campo había un hombre empujando una carretilla oxidada a lo largo de una línea lateral. Por delante de las ruedas, la línea estaba descolorida. Por detrás, era de un blanco reluciente.

Cuando entré en la iglesia, el padre Stürwald consultó el reloj. La luz de la mañana proyectaba los colores del arcoíris en la cruz de cristal que colgaba de la cúpula con dos cables metálicos.

—¿Qué te pasa? —Estaba doblando la estola—. ¿Es que no tienes casa? Son las siete menos diez. Además, hoy no tienes misa, ¿no?

—No. Hasta el domingo que viene. He venido a confesarme.

—¿Hoy? Las confesiones son los sábados, hijo.

—¡Y también antes del oficio matutino!

—Solo a veces, y si viene alguien. Pero ya lo ves: no hay nadie.

—¿Cómo que no? ¡Estoy yo!

Cerró los ojos un momento y suspiró. Luego abrió la puerta semicircular del confesionario. La junta de goma hizo un ruido parecido al de descorchar una botella, como si dentro hubiera el vacío.

—Está bien, pasa. Pero date prisa.

Me arrodillé en el banco acolchado, pero dejé la cortina descorrida. El cura volvió a colocarse la estola y me bendijo a través del enrejado. Olía a humo.

Me santigué.

—Admito mis pecados con arrepentimiento y humildad: he sido desobediente, he mentado, he robado y he sido impuro. Amén.

—Un momento, no tan deprisa —susurró Stürwald—. ¿Qué es lo que robaste?

—Bueno, en realidad no robé nada. Lo dejé anotado en la cuenta de mis padres.

—¿Y qué era? ¿Chocolatinas? ¿Chicles? ¿Revistas?

Negué con la cabeza.

—Cerveza y cigarrillos. Y una botella de Doornkaat.

El cura hizo una breve pausa. Luego se inclinó hacia delante.

—Ajá. ¿Y qué hiciste con todo eso?

—Lo regalé —dije—. Porque quería seguir siendo miembro del club de animales, y los demás me habían dicho que...

—¿El club de animales?

—Sí, cosas nuestras. Ahora ya casi no quedan animales, pero llegamos a tener incluso una cotorra ninfa. Y un perro de caza que todavía tenemos. Tiene

un defecto en las articulaciones, pero es de pura raza. Y cuando la gata tenga su camada, seremos aún más.

El hombre carraspeó impaciente.

—Muy bien. ¿Y lo de ser impuro?

Tragué saliva y guardé silencio. Él se subió el reloj de pulsera, y sonó como si el silencio tuviera de repente pequeños dientes.

—Venga —insistió—, ¿por qué dices que has sido impuro? ¿Tú solo o con otra persona?

—¿Yo? De las dos formas.

—¿Y cómo fue con la otra persona? ¿Quién empezó?

—¿Que quién empezó? ¡Yo no!

—¿Era una chica o un chico?

—Una chica.

—¿Y qué hicisteis?

—No lo sé...

—¿Cómo que no lo sabes? No me hagas arrancarte las palabras de la boca... ¿Os tocasteis?

—Sí, pero vestidos. Ella me acarició la mano, así por dentro. Y nos besamos. Mejor dicho, yo quería besarla. Con lengua.

—Ya. ¿Y eso fue todo?

No respondí. El hombre movió los dedos entrelazados, y sus articulaciones crujieron.

—Bueno, quizá es un poco pronto para estas cosas, pero no tienes por qué confesarte con tanta prisa, Julian. Podrías haberlo hecho el sábado. A tu edad, cada vez tendrás más tentaciones parecidas, ¿comprendes? Pero es normal, y no todo se convierte en pecado inmediatamente. Lo importante es que no pierdas de vista a Dios. ¿Qué decimos en el padrenuestro? «No nos dejes caer en la tentación...» Esto es muy bonito, pero el texto original de la oración dice otra cosa: «Y guíanos en la tentación...». ¿Ves la diferencia?

—Hum.

Agaché la cabeza y me toqueteé las uñas de los dedos. La gente empezaba a llegar a la iglesia, la puerta chirriaba. Alguien tosió. El cura se acercó más al enrejado, tanto que podía verle los pelos de la oreja y la caspa sobre el hombro. Carraspeé.

—¿Señor Stürwald?

—Te escucho, hijo. Te escucho.

—Tengo una pregunta. Más bien una petición. Ahora que he confesado mis pecados, ¿podría confesarme también para otra persona?

—¿Qué dices que quieres hacer? ¿Para quién?

—No puedo decirlo.

—¿Y por qué quieres confesarte para otro? Debería hacerlo él mismo, ¿no?

—Es que no viene a la iglesia. Nunca.

El cura meneó la cabeza.

—¿Y crees que puedes...? ¿Qué ha hecho? ¿Conoces sus pecados?

—Sí. Eso creo.

—¿Y cuáles son?

Cogí aire.

—Verá... De hecho, es un buen hombre. Nunca nos pega y nos da dinero para la limonada. Pero también ha sido impuro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estabas ahí?

—¿Yo? ¡No, por el amor de Dios!

Él se tironeó de la oreja.

—Veamos, hijo. Escúchame. Te seré muy sincero: nadie puede confesarse por otro. Esto hay que hacerlo en persona. Porque el arrepentimiento es parte de la confesión, como ya sabes. Si no, no tendría ningún sentido. Y no puedes arrepentirte de los deslices de los de-más.

Tragué saliva.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

—¡Julian! ¿Qué clase de pregunta es esa? Es lógico, ¿no? Supongamos que tu hermana le rompe la muñeca a una amiga a propósito. Tú no puedes arrepentirte por ella.

—¿De verdad? —Rasqué con el dedo el barniz del enrejado, que era más opaco a la altura de la boca—. Sí que puedo... ¡Claro que puedo!

—No, hijo. Rotundamente no. Puedes pedirle a Dios que perdone al culpable, que lo lleve por el buen camino y demás. Pero no puedes admitir sus pecados y arrepentirte de ellos. Y yo no puedo darle la absolución haciéndote pagar a ti la penitencia. ¡Sería absurdo! ¿Es que no lo entiendes?

Reflexioné brevemente y luego meneé la cabeza.

Él se pasó ambas manos por el pelo.

—Es suficiente por hoy, ya hablaremos de esto con más calma. La gente está esperando... ¿Querías algo más?

No dije nada, y él golpeó el tabique divisorio.

—¡Oye! Baja de las nubes.

—Sí. O sea, no. La bicicleta. Perdí su bicicleta.

—¿La bicicleta de quién?

—Del hombre al que no le perdonaré los pecados.

—Julian, ¡ya basta! ¡No puedo hacerlo! —Una gotita de saliva se le escapó de entre los labios y sus gafas relucieron tras el enrejado—. ¡Y tú no puedes retrasar la misa! —Levantó dos dedos e hizo la señal de la cruz—. *Ego te absolvo*. Reza dos padrenuestros y un avemaría.

—¡Gracias a Dios! —susurré, y me levanté. El organista había empezado con una improvisación tranquila. Recorrí toda la iglesia y me arrodillé en el último banco. Había un grupo de ancianas sentadas en la sala moderna de columnas inclinadas, observando al sacristán mientras encendía las velas. La Luz Eterna arrojó un resplandor rojo sobre la pared encalada, y yo recé dos avemarías y cuatro padrenuestros. Después, salí al exterior.

Todas las líneas del campo de fútbol habían sido repintadas. Una ráfaga de viento había barrido la cal de uno de los puntos de penalti, que estaba un poco desdibujado; parecía una cabeza con canas. El hombre estaba sentado en la carretilla bebiendo de un termo. Esquivé la línea lateral dando un paso claramente amplio para no pisarla. Él levantó la mano y me saludó.

Empezaba a hacer calor. Me quité la cazadora y la embuté en la bolsa. Mientras me acercaba a la casa de Pomrehn, vi de lejos que la barraca ya no estaba. Entre el césped asomaban restos carbonizados, algunos de los cuales todavía humearon cuando revolví las cenizas con un palo. Crucé el patio y llamé a Zorro. No apareció. Pero un pájaro graznó y revoloteó entre el follaje de los árboles, y por un momento me pareció ver el plumaje gris de la cotorra ninfa.

El viejo Pomrehn estaba sentado junto a la ventana de la cocina, liando un cigarrillo. Sobre la cocina de carbón fría había una botella de cerveza. Subí al porche.

—¡Hola! ¿Quién ha quemado la barraca?

El hombre se encogió de hombros y humedeció el engomado con la lengua. Aunque su pelo parecía fino, en las cejas tenía unas cerdas gruesas como patas de escarabajo.

—¿Quién va a ser? —Prendió una cerilla y dirigió la llama hacia el cigarrillo—. Tus compañeros, claro. Están como una cabra. Y también estuvieron a punto de quemar al chucho.

—¿A Zorro?

Él expulsó el humo y asintió.

—Ya lo habían rociado con gasolina, querían verlo correr como una antorcha ardiente a través del campo de cereales. Por suerte, tenía uno de los listones del tejado justo al lado. No creo que vuelvan en una temporada... ¿Adónde vas con esa bolsa? ¿Te vas de viaje? —Sonrió—. ¿A ver al viejo Manítú?

—Ni idea. Puede que me vaya. ¿Sabe dónde está el perro ahora?

El viejo parpadeó, deslumbrado por el sol, y dio otra calada al cigarrillo. Las mejillas se le hundieron. Luego escupió un poco de tabaco.

—Qué tontería... Lo de irse, quiero decir. ¿De qué te escapas? ¿Has hecho alguna trastada?

No respondí. Escarbé con la sandalia entre las chapas tiradas ante la ventana. Muchas brillaban, otras ya estaban oxidadas. Él dio un trago a la cerveza.

—Eres Tecumseh, ¿no? Y yo soy el viejo Gerónimo y te digo: no hay huida posible. Dondequiera que vayas, seguirás estando en el mundo, joven. Y el mundo siempre es igual. Así que quédate donde estás y, cuando se avecine tormenta, piensa: «Pasará. Incluso las peores cosas acaban pasando».

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. ¿Quién podría hacerte nada? El universo es perfecto, ¿sabes? No puedes quitarle ni añadirle nada. Estás muerto desde hace tiempo y vivirás para siempre. —Se dio un golpecito en la sien—. Y si has escogido ser libre, no puede pasarte nada. Jamás.

Cuando doblé la esquina de nuestra calle, la vi de lejos y eché a correr. El pesado tarro de cristal que llevaba en la bolsa de deporte me golpeaba la espalda a cada paso que daba, pero hice caso omiso del dolor. Atajé el camino saltando por encima de los setos. Era nuestra bicicleta la que estaba ante la puerta. Los neumáticos estaban intactos, la bomba con mango de madera seguía colgada en el soporte y no parecía que faltara ninguna herramienta en la funda. Lo único que no estaba era la tapa del timbre, que llevaba el dibujo de una hoja de trébol.

Subí corriendo las escaleras. La puerta de casa estaba abierta. Mi padre estaba sentado en el sofá con su pantalón de pana y una camiseta negra de manga corta, y apenas levantó la vista cuando entré. Estaba leyendo el documento que tenía encima de la mesa. Carraspeé y me quedé en la puerta.

—Lo siento, papá. Perdóname. Me despisté un momento y, cuando miré otra vez, ya no estaba. Creo que fueron los demás chicos del... Lo que quiero decir es que la próxima vez utilizaré el candado, te lo prometo. Y te compraré una tapa nueva para el timbre. Con el dinero de mi paga o lo que sea. Iré a Sterkrade, a la tienda de bicis que hay en la estación. No soy muy caras y...

Mi padre arrugó la frente. Ni siquiera parecía haberme escuchado. Echó un rápido vistazo a la cocina y dio la vuelta al documento. Yo, que todavía tenía la mano en la manecilla de la puerta, me asomé un poco. El sol irrumpía a través del cristal pulido del armario, y detrás de él brillaban las tablas enceradas y un par de zapatos marrones. De repente, el miedo me recorrió el cuerpo entero desde la raíz del pelo como una descarga eléctrica. El señor Gorny estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos sobre el pecho y los tobillos cruzados. Llevaba traje y una camisa azul cielo. Ignoró mi tímido «buenos días», como si no me hubiera visto. Su boca era una estrecha línea; apretaba los dientes y tenía la mandíbula agarrotada. El silencio en la sala de estar era cada vez más tenso. Di un paso al lado para apartarme del campo de visión de los dos hombres.

Mi padre estaba pálido; con el pulgar y el índice se reseguía las arrugas verticales que le surcaban las mejillas. Cerró los ojos por un momento.

—Está bien, Konrad. —Con un golpe del dedo, tiró el documento de la mesa y el papel planeó hasta aterrizar en la alfombra—. No hay nada más que decir, ¿no?

Se levantó con la respiración agitada y señaló la puerta con la mano abierta. Era más alto que el señor Gorny y más guapo. El pelo de la nuca se le rizaba, como siempre que llevaba mucho tiempo sin ir al barbero; la camiseta se le ceñía al cuerpo y unas gruesas venas le recorrían los brazos. Solo le temblaba la mano con la que buscaba los cigarrillos. Pero era un temblor tan ligero que probablemente pasó desapercibido a ojos del señor Gorny.

—Y ahora, ¡lárgate!

Pero el señor Gorny no se movió, por lo menos no inmediatamente. Se limitó a levantar el mentón y entornar los ojos.

—Escúchame... —Hurgó en el bolsillo del pantalón e hizo sonar las llaves. Hablaba como si le costara separar los dientes—. No tienes por qué ponerte impertinente. Podemos solucionarlo de otra forma. Con una llamada basta, ya lo sabes. Solo son tres números.

Mi padre asintió. Fue un gesto triste, como si la cabeza le pesara tremendamente.

—Vale, haz lo que quieras. No te lo puedo impedir. Y ahora, vete. No volveré a decírtelo.

Gorny se arremangó el puño izquierdo de la camisa como si quisiera consultar el reloj, pero no lo llevaba. Se rascó rápidamente la marca roja de la muñeca. Mientras tanto, examinó las paredes y el suelo de la estancia como si estuviera tomando medidas. Se apartó del marco de la puerta, donde aún estaba mi dibujo a lápiz, y salió al rellano sin prisa.

—Pues bien. —Resiguió el listón que separaba el friso del empapelado y se examinó el dedo. Luego miró la pequeña ventana acabada en punta. Mi madre había decorado el alféizar con un jarrón de siemprevivas—. Os quiero fuera a fin de mes.

Dejó la puerta abierta y bajó las escaleras. Yo alargué el brazo hacia la manecilla, pero mi padre se volvió y la empujó con un puntapié tan enérgico que la puerta rebotó, se abrió de golpe otra vez y estuvo a punto de chocar con el armario. La sujeté.

—¿Qué ha querido decir con eso?

Él meneó la cabeza con expresión reflexiva mientras contemplaba el ambientador antitabaco, la lechuza de ojos amarillos en la que se reflejaba la ventana de la sala de estar. Me volví y encontré el documento bajo la silla.

Pero cuando iba a agacharme para recogerlo, mi padre me puso la mano en el hombro y me llevó a la cocina.

—Tengo que irme. ¿Me preparas los bocadillos?

Empezó a quitarse la camisa mientras iba al baño, y yo saqué la hogaza de pan del cajón. La manivela de la máquina de cortar rechinaba y me daba dentera. Cuando ya tenía seis rebanadas untadas con margarina, me di cuenta de que no había embutido. La nevera estaba vacía. Me sequé las manos en el pantalón, salí al balcón, me apoyé en la barandilla y bostecé. Al abrir la boca, se me escaparon diminutas gotas de saliva.

Un tren silbó en el valle. El chirrido de las ruedas fue aumentando y no parecía tener fin. Era un largo tren de carbón, de los que aplastaban los clavos que dejábamos en los raíles para aplanarlos hasta que ya no podíamos utilizarlos como flechas, pues quedaban finos como el papel. Pero los peniques se podían doblar en forma de rosa. Me aparté de la barandilla y me senté en la silla. De repente, me sobresalté al notar su presencia tras la cortina.

—¡Pero bueno! ¿Por qué estás tan asustadizo? —murmuró—. ¿Mala conciencia?

Pero ella no corrió el visillo y yo no le respondí. Seguí mirando al frente, al jardín, donde algunos paros cazaban entre los arbustos y la señora Gorny tendía la colada. Entre la ropa vi la camiseta de deporte con el emblema del águila. Estaba cansado. Me restregué los ojos y deseé en silencio que se fuera o cerrara la ventana. Pero ella se quedó detrás de mí. La oía mascar chicle y olía su perfume, que me gustaba más que el de mi madre. Aunque se hubiera echado demasiado.

—Si no hiciera tanto calor... —Se oyó el crepitar de un papel; luego encendió una cerilla—. Pero mañana va a llover.

Yo seguí callado, me limité a levantar los hombros.

—Que sí, que sí. —El humo atravesó la cortina—. Cada vez que pasa un tren de carga tan largo como este, al día siguiente llueve.

Entonces mi padre entró en la cocina, vestido y afeitado. Me levanté y miré la ventana de reojo, pero ya no la vi. Quizá se había sentado en la cama. Mi padre tenía restos de espuma en la oreja. Señaló las rebanadas de pan.

—¿Qué hay de embutido?

Cerré la puerta del balcón.

—Nada. La nevera está vacía. Pero si me das algo de dinero, puedo acercarme corriendo al súper y comprar algo.

Él resopló.

—Eres un buen chico. Pero hoy es veintitrés, estará cerrado. Echa un poco de sal y listo.

—¿Por qué te vas tan temprano? ¿Ha pasado algo?

—No, no te preocupes. Tengo que hacer un par de recados. Y luego iré al gremio.

—Puedes llevarte también sopa de lentejas fría. Mira. —Saqué el tarro de la bolsa de deporte—. Ya lo tengo preparado.

—Buena idea. No olvides la cuchara.

En el armario encontré un bombón de los que venían con el paquete de café. Lo envolví con el pan. Una vez preparada, dejé la bolsa en el sofá y me senté en el reposabrazos. Él se ató los zapatos con doble nudo. Las manos ya no le temblaban.

—Papá, ¿qué quería el señor Gorny? ¿Nos tenemos que ir de casa?

Las pinzas para sujetar el pantalón hicieron «clic» cuando se las colocó en las perneras.

—Bueno, eso parece.

—Pero ¿por qué? ¿Es por mi culpa?

Él levantó la cabeza.

—¿Cómo? ¿Por qué debería ser culpa tuya?

Me encogí de hombros y cogí su chaqueta de la percha.

—Entonces, ¿por qué?

—Verás... Eres demasiado joven para entenderlo.

—¿Y a quién quería llamar? —insistí—. ¿A la policía?

Él no me miró.

—¿A la policía? ¿Por qué?

—No lo sé. Ni siquiera tiene teléfono, ¿no?

Ahora mi padre asintió y arqueó una ceja. En sus ojos había una chispa de viveza.

—Oh, puede hacerlo con el acordeón. Es muy sencillo si sabes tocar las teclas adecuadas.

Sonreí, y él también esbozó una de sus inusuales sonrisas, que dejó al descubierto su bonita dentadura. Se colgó la chaqueta del hombro con un golpe de muñeca y se fue. Pero apenas había salido al pasillo cuando abrió la puerta de nuevo, solo un poco. Metió el brazo por la rendija, sacó la llave de la cerradura y se la metió en el bolsillo.

Salí de nuevo al balcón y miré cómo se alejaba. La ventana de Marusha estaba cerrada. Tras la cortina solo se veía el reflejo del espejo. Cuando mi padre llegó al otro lado de los campos segados y giró hacia la carretera, volvió la cabeza y lo saludé. Él levantó la mano y yo me froté enérgicamente la oreja con la esperanza de que me imitara. Había olvidado decirle que se limpiara los restos de la espuma de afeitar. Pero él se adentró en el bosquecito de alisos, y las luces y sombras del follaje parpadearon en su espalda. Luego lo perdí de vista.

Al día siguiente llovió, aunque no muy fuerte. Por la tarde regresó el calor sofocante. En cuanto el abuelo Jupp aparcó el coche ante la puerta de casa, la calle se llenó de niños, como siempre. Sophie fue la primera en bajar. Saltó a la acera y me agaché para que pudiera darme un beso.

—¡Juli! ¿Sabes qué? Ya sé montar sin silla. Tenía un poni con manchas que se llamaba Canica. Tenía un hocico muy muy suave, y cuando comía un terrón de azúcar de mi mano, me hacía cosquillas con los pelitos. ¡Y también he tenido novio! Siempre me daba la mitad de su pan de pasas, a veces un poco más. ¿Y sabes cómo se llamaba? Un nombre rarísimo —bajó el mentón, riendo—, ¡se llamaba Ole! ¿Lo habías oído alguna vez?

Me dio un beso y yo le acaricié el rizo que le caía sobre la frente.

—Anda, ¡te han salido un montón de pecas! Y tienes el pelo más claro.

Ella asintió con seriedad.

—Es por el mar. Pero no me he bañado mucho. Estaba lleno de pelusas, esas cosas viscosas.

—Se llaman «medusas».

Me levanté y cogí el bolso de mi madre. Llevaba su traje ceñido y una blusa blanca. Me saludó con una sonrisa triste. Tenía el contorno de los ojos enrojecido y entre sus dedos asomaba el borde de ganchillo de un pañuelo.

—¿Has vuelto a crecer?

Sonreí y me aparté el pelo de la frente. No se había pintado los labios, y en las mejillas le habían salido más venas de esas que llaman «venas de araña». Todas las ventanas de los Gorny estaban cerradas a pesar del calor. Mi madre recorrió la calle con la mirada, pero no había ningún vecino. Ningún adulto, por lo menos. El abuelo Jupp sacó la maleta de la parte trasera y cerró la puerta.

—Venga, ¡todos arriba! Hoy todavía tengo que hacer un traslado.

Lo primero que hizo mi madre una vez en casa fue examinar las plantas y palpar la tierra de las macetas. Sophie entró corriendo en nuestra habitación y tiró la maleta encima de la cama.

—La abuela siempre me hacía tortitas de patata, Juli. Cuando le dije que me gustaban, me hizo unas cuantas. Las freía con manteca. ¿Y tú? ¿Qué has comido?

Me senté en la esquina de la cama y me rasqué la rodilla.

—Pollo. Pollo asado con patatas fritas, todos los días. A veces solo mordisqueaba la piel, si estaba crujiente.

Ella me lanzó una mirada incrédula.

—¿En serio? ¿Dónde lo comprabas? ¿En KleineGunck?

Asentí. Ella levantó sus estrechos hombros e hizo una breve mueca adelantando el labio inferior.

—En fin, no hay nada que hacer. ¿Puedo contarte una cosa?

—¿Un secreto?

—No, puede saberlo todo el mundo. —Se hurgó la nariz con el dedo—. Tengo el alma bonita.

—¿Tú? ¿Quién te lo ha dicho?

—La madre de Ole, quién si no.

—¿Y eso cómo se puede saber? ¿Qué es el alma?

—No seas tonto, hijo mío. Eso lo sabe cualquiera. El alma es lo que hace que un pájaro cante. ¿Y quieres que te cuente otra cosa?

—No, gracias.

—Te lo diré de todas formas —susurró—. ¡Nos mudamos! Viviremos en una casa nueva.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Muy pronto. ¿Y sabes por qué?

—Ni idea. ¡Dímelo tú!

—Creo que es porque somos menores de edad.

—¡Dios mío! ¿De dónde has sacado eso?

—No lo sé. Mamá se lo ha dicho al abuelo Jupp en el coche. «Cuando eres menor de edad y haces tonterías, te echan de casa.» ¿Has hecho alguna tontería?

Negué con la cabeza.

—Yo tampoco. ¿Y qué es ser menor de edad?

—Bueno, cuando eres joven.

—O sea que yo soy menor de edad, ¿no?

—Sí, igual que yo.

—¿Y Marusha también?

—Ella también. No eres adulto hasta los dieciséis años, creo. O quizá todavía no. Pero entonces ya puedes fumar, ir en moto y esas cosas.

—¡Yo también he fumado!

—¿Tú?

Ella presionó los cierres de la maleta hacia abajo.

—Con Ole. Su padre tiene una pipa blanca, hecha de espuma de mar. La llenamos con hojas secas del pasado otoño. Pero no sabía muy bien. Yo solo tosí. Y ahora...

Los cierres se abrieron con un chasquido y Sophie levantó la tapa y sacó un paquetito de debajo del osito de peluche. Era papel de periódico atado con su goma de saltar.

—Te prometí que te traería conchas, ¿te acuerdas? Pero no había. Y las que había eran muy pequeñas y se rompieron en la bolsa de la playa. ¡Y la estrella de mar apestaba como un *askari*! Así que...—Estiró los brazos hacia delante—. ¡Te he traído esto! De nada. Con mucho gusto.

El periódico era el *Kieler Nachrichten*. Enseguida adiviné por el tacto lo que contenía el paquete, pero fingí sorpresa.

—¡Qué pasada! ¿Una herradura? Siempre he querido tener una. —Debía de ser de un caballo de granja. Era grande y estaba oxidada, y tenía una hilera

de agujeros cuadrados. Una de las dos puntas estaba rota—. ¿De dónde la has sacado?

—¡De Ole! Su padre es herrero. Te traerá suerte, ¿sabes? Yo también tengo una.

Me agaché, la abracé y le di un beso en la mejilla. Ella sonrió. Olía a caramelo de frambuesa. Entonces nuestra madre abrió la puerta.

—Eh, ¿qué pasa aquí?

Le enseñé la herradura.

—Le estaba dando las gracias.

Luego me levanté y ella me miró con suspicacia. Seguía teniendo los ojos húmedos.

—Salid a decirle adiós al abuelo Jupp.

Salimos a la sala de estar. El abuelo estaba de pie, con los brazos cruzados sobre la barriga y la espalda apoyada contra la ventana. Su mirada paseaba sin descanso por la sala. La visera de su gorra de marinero despedía un brillo grasiento.

—A ver, yo creo que con un camión de siete toneladas y media bastará. Para esos cuatro trastos... Esto no es nada. Vendré el sábado temprano y el domingo ya estaréis desayunando en la nueva casa. Es preciosa, ya os lo he dicho. Con calefacción central. Os gustará.

Mi madre asintió. Pareció que quería decir algo, pero solo hizo una inspiración temblorosa con el pañuelo bajo la nariz. El abuelo Jupp se abrochó la chaqueta.

—Vamos, hija, ¡haz de tripas corazón! Estas cosas pasan. Y más en las mejores familias que en las peores. Los hombres son ciervos, necesitan una manada. ¿Crees que yo era diferente? Martha tuvo que aguantar de todo. De hecho, para ser exactos, así le ahorré también mucho sufrimiento. En resumen: ¿hay que preocuparse por eso? ¿Merece la pena? Al final acabaremos todos en la misma cama, bajo tierra.

Mi madre se sorbió los mocos y tragó saliva. Sophie le cogió la mano. Cuando ella la miró, vi por primera vez dos arrugas verticales entre sus cejas, muy delicadas, como las venas que recorren la superficie de una hoja.

—¿Qué pasa, mamá?

Ella meneó la cabeza y guardó el pañuelo bajo el puño de la americana.

—Nada, pequeña, no es nada. Solo me preguntaba si podremos aprovechar las cortinas. Están hechas a medida.

—¡Venga ya! Si no entran, las haremos entrar. —El abuelo Jupp me pasó la mano por el pelo—. ¿Verdad, pequeño lavador de cadáveres? ¿Te gustaría venir a ayudarme otro día?

Notaba el peso de su mano en la cabeza. La aparté y dije:

—No.

Su risa sonó un poco obscena.

—Lo entiendo. No pago nada. Y los muertos son aburridos de narices. Ahí tumbados, sin abrir la boca. Podrían contarnos algo, pero no. Ponen esa cara de amargados, dejan que les doblemos las manos y les peinemos las cejas, y ni siquiera nos dan las gracias. En fin, familia, hasta el sábado. ¡A cuidarse!

Bajó despacio, un peldaño tras otro. La escalera crujía. Mi hermana y yo lo seguimos con la mirada mientras se metía a presión tras el volante del Mercury y sacaba un puro de la guantera. Empezaba a oscurecer, pero no encendió las luces. Al final de la calle, giró despacio. Las ventanas y las luces de los salones y cocinas de alrededor se reflejaron distorsionadas en la pintura de la carrocería. El motor casi no hacía ruido.

Para cenar había ensalada de patata y pechuga de ganso fileteada. Mi madre también había traído manteca, medio jamón y salchichas y truchas ahumadas de la granja, pero ella no comió nada. Se sentó a nuestro lado y fumó. En el cuello de la blusa tenía una mancha gris claro, quizá de una lágrima mezclada con rímel. De repente, me miró.

—¿Ha llegado alguna carta? ¿Del Spar?

Clavé la mirada en el plato sin decir nada y ella sacudió la ceniza del cigarrillo y se inclinó hacia delante.

—¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Te has atragantado? ¡Sophie, deprisa! ¡Golpéale la espalda a tu hermano!

Entonces hice un gesto negativo con la mano y bebí un poco de leche.

—Estoy bien, gracias.

—Tened cuidado, ¿entendido? Puede que en la pechuga haya pequeños huesos. La abuela no es carnicera, descuartiza la carne igual que corta la madera. Estad atentos.

Suero de mantequilla, estaba helado. Hacía un ruido duro al tragar.

—¿Por qué del Spar? —dije sin apartarme el vaso de la boca, y mi madre agitó la mano sobre la mesa. Pero el humo apenas se movió.

—¿No te lo conté? Presenté mi candidatura. Buscan un empleado a tiempo parcial. Dios sabe que nos vendría bien el dinero. Ahora más que nunca.

Después de cenar recogió la mesa, pero no fregó los platos. Se sentó con nosotros en el sofá y echamos un par de partidas al cuarteto animal. Pero ella tenía la cabeza en otra parte. Colocó los ungulados de dedos pares junto a los felinos y tuvo el conejo blanco dos veces, pero no nos lo dijo. Luego vimos el programa *Hier und Heute*. Pero antes del telediario nos mandó a la cama y, cuando terminamos de cepillarnos los dientes, apagó la luz.

Yo aún no tenía sueño, y estuve un buen rato esperando en vano que Sophie se durmiera. Normalmente lo notaba por su respiración. Luego encendía la linterna y me ponía a leer. Pero Sophie se incorporó.

—¿Juli? —susurró.

—¿Hum?

En la habitación solo había una estrecha franja de luz. Aun así, le vi los grandes ojos brillando como el nácar.

—¿Sabes qué? No quiero mudarme.

—¿Por qué no? La casa nueva es bonita.

—¿Tú ya la has visto?

—No. Pero papá dice que cada uno tendrá su habitación.

—¿Tiene jardín?

—No lo creo. Pero aquí tampoco tenemos.

—¡Que sí!

—No, ese no es nuestro. Y prefiero no tener jardín que tener uno que no nos pertenece.

—Pues yo sí quiero uno. ¿Dónde jugaremos si no?

—El descampado está justo detrás de la urbanización. Y la Colina de los Idiotas. Allí puedes ir a patinar. Y tampoco está lejos de la escuela.

—¿Ah, no? Vale. Pero solo me iré a vivir a la casa nueva si tiene balcón. Y un portarrollos para el papel higiénico tan bonito como el de aquí. En casa

de la abuela, los rollos estaban en el suelo y no había cisterna. Todo iba a parar abajo y olía fatal.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial el portarrollos de aquí?

Ella se tumbó de nuevo.

—¡Venga, ya lo sabes! Ese azulejo que se gira y se mete para dentro. Me gusta mucho meter un rollo nuevo. Encaja perfectamente. ¿Crees que en la nueva casa habrá uno?

—Seguro que sí —respondí—. Todas las casas son iguales.

Sophie exhaló por fin un suspiro de alivio. Luego se tapó los ojos con el brazo y se durmió en el acto.

Estuve leyendo un rato y luego me levanté procurando no hacer ruido para beber un vaso de leche. Recorrí el pasillo de puntillas. El brillo de la farola de la acera de enfrente alumbraba tenuemente la sala de estar. La falda y la blusa de mi madre estaban colgadas en una silla, y las medias se balanceaban en el respaldo de la otra. Ella yacía en el sofá, bajo una manta de lana. Sus hombros desnudos se veían blancos bajo la débil luz. Aún llevaba el collar de perlas. No vi ningún cigarrillo, ni entre sus dedos ni en el cenicero, pero no dormía. Giró la cabeza.

—¿Qué te pasa? —susurré—. ¿Duermes aquí?

No le veía los ojos. Ella tragó saliva y se volvió de nuevo.

—Vete a la cama —murmuró. Di un paso más. Las tablas crujieron. Pero de repente ya no me atrevía a ir a la cocina. Abrí la puerta del cuarto de baño y bebí agua del grifo. Luego volví a la cama.

El hombre abrió la barrera. Aquella parte de la galería aún no se había explotado del todo. Habían esparcido sal para fijar la carbonilla explosiva, como se solía hacer en condiciones de alta humedad. Sal que cristalizaba con el tiempo y seguía desarrollando nuevas partículas de polvo en su interior. Las costras se resquebrajaban bajo sus zapatos, el sabor en los labios se volvió más intenso, y pronto tuvo la sensación de que toda la galería, el suelo, los realces y el techo —y también algunas de las herramientas— estaban congelados, cubiertos de escarcha. Un mosquetón imposible de mover. Un guante tieso y arrugado. Dondequiera que mirase, todo refulgía bajo la luz de

la linterna frontal, a veces con un resplandor tan blanco que lo deslumbraba. Como si aquello fuera una fuente de luz, luz joven en diminutos cristales.

El suelo descendía. El hombre se sujetó a las mampostas, que ni siquiera parecían de madera. Se encontraban a derecha e izquierda del haz de luz de su linterna como una larga hilera de columnas de alabastro. Se humedeció los labios de nuevo. Reinaba un profundo silencio. Cada vez que se detenía y sus zapatos dejaban de rechinar solo oía el silbido del pozo de ventilación, muy por detrás de él. El aliento le ardía en la nariz. Entre dos mampostas había una jaula ligeramente aplastada. No era una ratonera; pudo distinguir la percha y el comedero. Cuando se agachó y cerró la puertecita, la sal se desprendió de los barrotes y las bisagras. Pero no pudo moverla más.

Su padre se lo había contado, aunque también él lo sabía solo de oídas. Los mineros de antaño, que no confiaban en las lámparas de seguridad ni en los aparatos de medición modernos, siempre se llevaban pájaros cantores bajo tierra, preferentemente canarios. Eran animales tan sensibles que enmudecían a la menor fluctuación en el nivel de oxígeno, como en el caso de un escape de gas, y se desplomaban inconscientes en el suelo de la jaula. Entonces era el momento de correr, ¡correr y abrir todas las esclusas de aire!

El carbón del fondo del frente de arranque también estaba blanco de sal. Encendió la lámpara de repuesto y la dejó en el suelo. La roca tenía prácticamente el mismo aspecto, la grieta apenas había crecido. Pero ya no goteaba, y el suelo y las paredes laterales estaban casi secos. Solo vio un poco de agua estancada en algunas hendiduras. Se detuvo bajo el último estrato y aguzó el oído. Allí, tras la curva del viejo frente de arranque, ni siquiera se oía el aire. Levantó la cabeza para que la luz de la linterna frontal alumbrara el interior de la grieta.

Las sillas estaban sobre el sofá; las cortinas, descolgadas y la alfombra, enrollada. Sophie, arrodillada en el suelo, rebuscaba en una caja llena de libros, revistas y álbumes. Mi madre cogió la bolsa de la compra de mi mano y la sopesó. Yo asentí.

—La señora Kalde te envía recuerdos. No me ha dado cerveza y quiere que vayas a...

—Sí, sí, pero ahora no. Ayúdame con la mesa.

Salimos al balcón. El sol se ponía al otro lado de la mina y el rojo del crepúsculo se reflejaba en la ventana entornada de Marusha. La muchacha estaba planchando en bata, pero mi madre la ignoró y me advirtió con una severa mirada que no mirase en dirección a la habitación. Al póster de Graham Bonney todavía le faltaba un pie. Cogimos la mesa del balcón entre los dos y la llevamos a la sala de estar. Sophie se levantó de un salto.

—¡Mira lo que he encontrado, mamá! Julian en la nieve, ¡en pantalón corto! ¿De cuándo es?

Era una fotografía del tamaño de una postal y la imagen estaba enmarcada en un óvalo. Mi madre puso los platos en la mesa y arrugó las cejas pintadas.

—¡No seas boba! ¿Es que no ves que es una fotografía antigua? —Se la quitó y echó un vistazo al reverso—. 1936. Tu padre tenía doce años.

—Pero es igual que Juli, ¿no? El pelo, los ojos... ¡Idéntico! ¿Por qué iba en pantalón corto? Era invierno.

—Antes era costumbre. Pero lleva calcetines largos, ¿ves? Vuelve a ordenar todo eso, por favor.

Repartió los cubiertos y me lanzó una rápida mirada de reojo. Un mechón de pelo se le balanceaba sobre la frente. De repente, habló en voz más baja, para que mi hermana no la oyera.

—Dime, ¿qué más ha pasado mientras yo no estaba? ¿Quién ha estado en casa?

Di un paso atrás y me encogí de hombros. Luego me agaché y ayudé a Sophie a ordenar los libros.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quién iba a venir? Nadie.

—¿Ah, no? —Señaló el rincón junto al armario de la limpieza—. ¿Y esto qué es?

Volví la cabeza. Encima de una silla estaba la estación meteorológica y debajo, la escoba y el recogedor.

—¿Qué quieres decir?

Ella apretó los dientes, solo los de un lado, y empalideció. Todo su cuerpo se tensó y las cuñas de corcho de sus sandalias repiquetearon en las tablas del suelo cuando rodeó la mesa y me apartó de la caja.

—¡Lo que quiero saber es que es eso que he recogido con la escoba!

Me protegí la cara con el brazo.

—No tengo ni idea. ¿Qué es? ¿Pelo?

—¡Pues claro! Eso ya lo sé, idiota. Pero ¿de quién es? ¿De un animal? ¿Has metido un chucho en casa?

Intenté zafarme, pero la presión de las uñas en mi brazo no hizo más que aumentar.

—¡No! Bueno, sí. Un día. Zorro. Es un perro de caza del club de animales. Muy bien educado. Solo lo traje para bañarlo...

—¿Qué has dicho? —Me sacudió violentamente y entornó los ojos—. ¡No me lo puedo creer! ¿En nuestra bañera? ¿Dónde nos bañamos todos los días y donde pongo en remojo mis medias y mis bragas? ¿Ahí metiste un asqueroso y piojoso...?

—¡Fregué la bañera! ¡Con agua caliente y lejía! Dos veces.

Tenía los ojos fríos como el cristal y sus labios se habían convertido en una delgada línea. Me empujó al rincón y abrió el cajón, pero las cucharas de madera ya estaban guardadas. Tuvo un breve momento de vacilación y luego se enfadó aún más por haberlo olvidado. Con un solo movimiento, cerró el cajón con un golpe de cadera y se agachó para recoger la escobilla de mano. Las cerdas estaban sucias y enmarañadas, pero el lomo oscuro brillaba como si fuera nuevo, salvo por un par de marcas semicirculares. Tiempo atrás, yo había utilizado la escobilla para clavar las chinchetas del póster a la pared. Mientras ella tomaba impulso, se me escapó la primera gota de orina.

Intenté agacharme, pero me tenía firmemente sujeto. Su cara estaba muy cerca de la mía, y mientras hablaba solo le veía los dientes de abajo. Y el latido de la arteria carótida.

—¿Es que no puedo confiar en ti ni una sola vez? Te dejo unos días y no haces más que disparates. La casa hecha un asco, las plantas, secas, la escalera, llena de tierra y, encima, vas y traes una bestia inmunda y lo dejas todo perdido de pelo... —La blusa le olía a lavanda. Cambió de nuevo la postura y abrió las piernas tanto como se lo permitía la falda de tubo—. ¿Por qué aquí estoy siempre enferma? ¿Eh? ¿Por qué siempre estoy que me subo por las paredes? A veces me entran ganas de...

Escondí la cara, doblé una rodilla y me protegí el trasero con la mano libre. Pero en aquel rincón apenas había espacio. Mi madre golpeó primero

los fogones y luego, el atizador que colgaba de la barra. Tintineó contra el esmalte.

—¡Para, mamá! ¡Por favor, déjalo!

La voz de mi hermana contenía un tono de súplica. Empezó a agitar la fotografía en el aire, como si quisiera desviar nuestra atención, y por un instante vi mi propia cara parpadeando entre luces y sombras. La silueta entre la nieve. Las palomas volaban bajo el crepúsculo y las dos ruedas de la torre de extracción, que hasta entonces habían estado girando en sentidos opuestos, se detuvieron.

—¡Pero si ya nos vamos de esta casa!

Mi madre hizo una inspiración tan profunda que las aletas de la nariz se le hincharon. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Abrió los labios y aflojó la mano con la que me agarraba. Yo retrocedí entre el armario y el fregadero. Ella, con manos temblorosas, bajó la escobilla y la dejó caer sobre los fogones.

—¿Qué ha sido eso? —Sophie se volvió, pero mi madre no le hizo caso. Cogió un cigarrillo del paquete, salió al balcón y lo encendió. Tiró la cerilla por la barandilla—. ¡Otra vez! —Mi hermana señalaba el rincón con los ojos muy abiertos. Las copas tintinearón, solo un momento, como si alguien hubiera chocado contra la vitrina. Aguzamos el oído esperando oír un camión en la calle, pero solo había silencio.

Me encontraba mal. Me senté sobre la caja de los libros y mi hermana me rodeó los hombros con el brazo y hundió la nariz en mi oreja. Sus susurros eran como pequeñas mariposas.

—La herradura te ha traído suerte, ¿verdad?

Su aliento tenía un olor dulce. Asentí, me sequé el sudor de la frente y me froté los dedos en la camisa. En el pantalón, ni una mancha.

Ella sujetó la foto a la altura de mi cara. Movié la cabeza primero a la izquierda y luego a la derecha, y se mordisqueaba el labio inferior mientras me comparaba con el joven de la fotografía. El azul de sus ojos pareció aclararse aún más. De repente, levantó un dedo y esbozó una amplia sonrisa. Yo también había oído el tintineo de las llaves, el chasquido de la puerta, los pesados pasos subiendo las escaleras. Sophie empezó a girar en círculos.

—Mamá, ¡haz la cena! ¡Ya viene papá!

Un resplandor y un brillo cristalino. El hombre acopló una broca al martillo y arrastró el tubo de aire por el suelo. El pistón principal chasqueó en el cilindro. Abrió la caja que contenía el material de detonación y contó las cápsulas de aluminio. Estaban envueltas en fundas de poliestireno y bastarían para abrir dos agujeros de varios metros de profundidad. Suficiente para una explosión mariposa. Puso el martillo en un carretón de perforación y lo empujó hacia la pared del fondo de la galería. Así podría arriesgarse a provocar un derrumbamiento y no tendría que estar bajo la tabla del alto.

Hacía calor. Se quitó la chaqueta y siguió trabajando en camiseta interior. Cuando abrió la válvula de aire comprimido, el retroceso no fue tan fuerte como esperaba. Pudo mantener el martillo junto al tubo en la dirección adecuada. La punta penetró la roca con un chirrido, que se fue convirtiendo en un ruido atronador a medida que aumentaba la profundidad del agujero y el polvo de la perforación se acumulaba en el suelo, primero gris, luego negro y, finalmente, otra vez gris rojizo. Al cabo de una hora, durante la cual no perdió de vista la tabla del alto, ya había hecho el primer agujero y estaba satisfecho. Del techo no se había desprendido ni una pizca de sal. Movié el carretón un metro y se dispuso a perforar el segundo agujero.

Cuando la punta ya había entrado lo bastante como para mantenerse sola en aquella posición, retrocedió hasta detrás de la estación hidráulica y encendió el disparador, comprobó la tensión y tendió el cable. El taladro ya había penetrado hasta el muelle de sujeción en la roca, probablemente carbón-vapor, pues el polvo que caía delante de las ruedas era negro. Cerró la válvula y sacó el carretón de la galería. Después cogió las cargas de la caja —una por una, con ambas manos— e introdujo cinco en cada agujero. Luego metió las cortas cápsulas detonadoras, rellenas de fulminato de mercurio y conectadas con finos cables; y, a continuación, dos cargas más. Para terminar, cerró los agujeros con un tapón de barro de unos treinta centímetros de largo que estaba en un cubo junto a la caja y lo fijó golpeándolo con el mango del mazo.

Sopló para apartar el polvo del cristal resquebrajado de su reloj. Aún tenía tiempo. La explosión no se autorizaría hasta media hora más tarde, las puertas de ventilación todavía estaban abiertas. Se quitó las manoplas y se

sentó junto a la caja de munición, ahora vacía. Se reclinó y apagó la luz del frontal para ahorrar batería.

La repentina oscuridad le cayó sobre los párpados como una mano fría. Su sudor estaba más salado de lo habitual. Oyó su propia respiración en el silencio, cruzó los brazos sobre el pecho y reflexionó, cansado, sobre la expresión «explosión mariposa». Pensó que él aún no lo había hecho nunca. Aquellas cosas solo salían en el manual. Sus barrenos tenían toda clase de formas, pero nunca parecían una mariposa. Dejó el casco a un lado y se quedó dormido.

Fue un sueño superficial que duró apenas unos minutos, pero cuando se despertó —algo se había movido cerca de él— intentó abrir los ojos en vano durante unos segundos, hasta que se dio cuenta de que ya estaban abiertos. Encendió la linterna frontal.

Calor. Las puertas de ventilación se cerraron una tras otra. Y entonces, en el súbito silencio, lo oyó de nuevo. Contuvo el aliento, se levantó y se acercó al techo. Se sujetó en una mamposta y el casco rozó el último travesaño, que ya estaba un poco hundido, un pino agrietado bajo las brechas de los salientes. La sal se le deslizó por la nuca. Pero él quería acercarse más al ruido, aquel leve zumbido, o lo que fuera. Adelantó la cabeza, escuchó...

No oyes la roca que te cae encima. A pesar de las punteras de metal y el pesado material del cinturón, das un paso rápido, casi ligero, como si quisieras retroceder un segundo. Pero en realidad ya has perdido pie. El casco cae delante de ti, la linterna se rompe, su luz arde por un instante bajo la sal. Después, todo se vuelve oscuro.

Lo último que hice fue arrancar el póster de pájaros de la pared. Llevaba años colgado al sol y se había descolorido un poco. Lo enrollé, lo guardé en la caja del pasillo y barrí la habitación. En un rincón había un pedacito de papel de calcar con el que Sophie copiaba los dibujos de sus cómics de *Fix y Foxi*, además de algunas conchas rotas. Y entre las ranuras de las tablas caoba del suelo se habían atascado dos peniques y una horquilla para el pelo que no pude sacar. De repente, la habitación me pareció muy grande. La pared no estaba empapelada y la pintura se veía más clara en el lugar que había

ocupado el póster. Pasé la escoba hasta el umbral y volví la cabeza de nuevo. En la habitación no quedaba nada, incluso habíamos desenroscado la bombilla del portalámparas. Silbé para oír cómo resonaba y me gustó mucho. Silbé un poco más alto, llegué a improvisar una especie de trino en varias tonalidades, y las nubes se apartaron despacio de la ventana. El sol irrumpió en la habitación; las motas de polvo revoloteaban dentro de los rayos de luz y, de repente, todos los pájaros —paros, camachuelos y oropéndolas— volvían a estar ahí. Delicados y grises, como una marca de agua en la pared.

«Siempre hay un momento en la infancia cuando la puerta se abre y
deja entrar al futuro»
GRAHAM GREENE

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha
dedicado a la lectura de *Luz de juventud*.
Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así
ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de
nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en
www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en
www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará
información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones
y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus
opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Ralf Rothmann nació en 1953 en Schleswig y creció en la cuenca del Ruhr. Al finalizar la educación obligatoria, y tras un breve paso por la escuela de comercio, empezó a trabajar como albañil. Después de varios años en el sector de la construcción, desempeñó diferentes oficios –impresor, enfermero o cocinero, por mencionar algunos– antes de dedicarse por completo a la escritura. Vive en Berlín desde 1976. Poeta y dramaturgo, es conocido sobre todo por sus novelas y ha recibido algunos de los premios más importantes de la literatura alemana, como el premio Heinrich Böll en 2005, el Max Frisch en 2006, el Walter Hasenclever en 2010 o el Friedrich Hölderlin en 2014. Entre sus obras más importantes destacan *Wäldernacht* (1994), *Milch und Kohle* (2000), *Junges Licht* (2004) y *Morir en primavera* (2014).

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Luz de juventud*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[La primera mano que sostuvo la mía](#), Maggie O'Farrell

[Un debut en la vida](#), Anita Brookner

[El corazón de los hombres](#), Nickolas Butler

Libros del Asteroide 

Ralf Rothmann
Luz de juventud
Traducción de Marina Bornas

